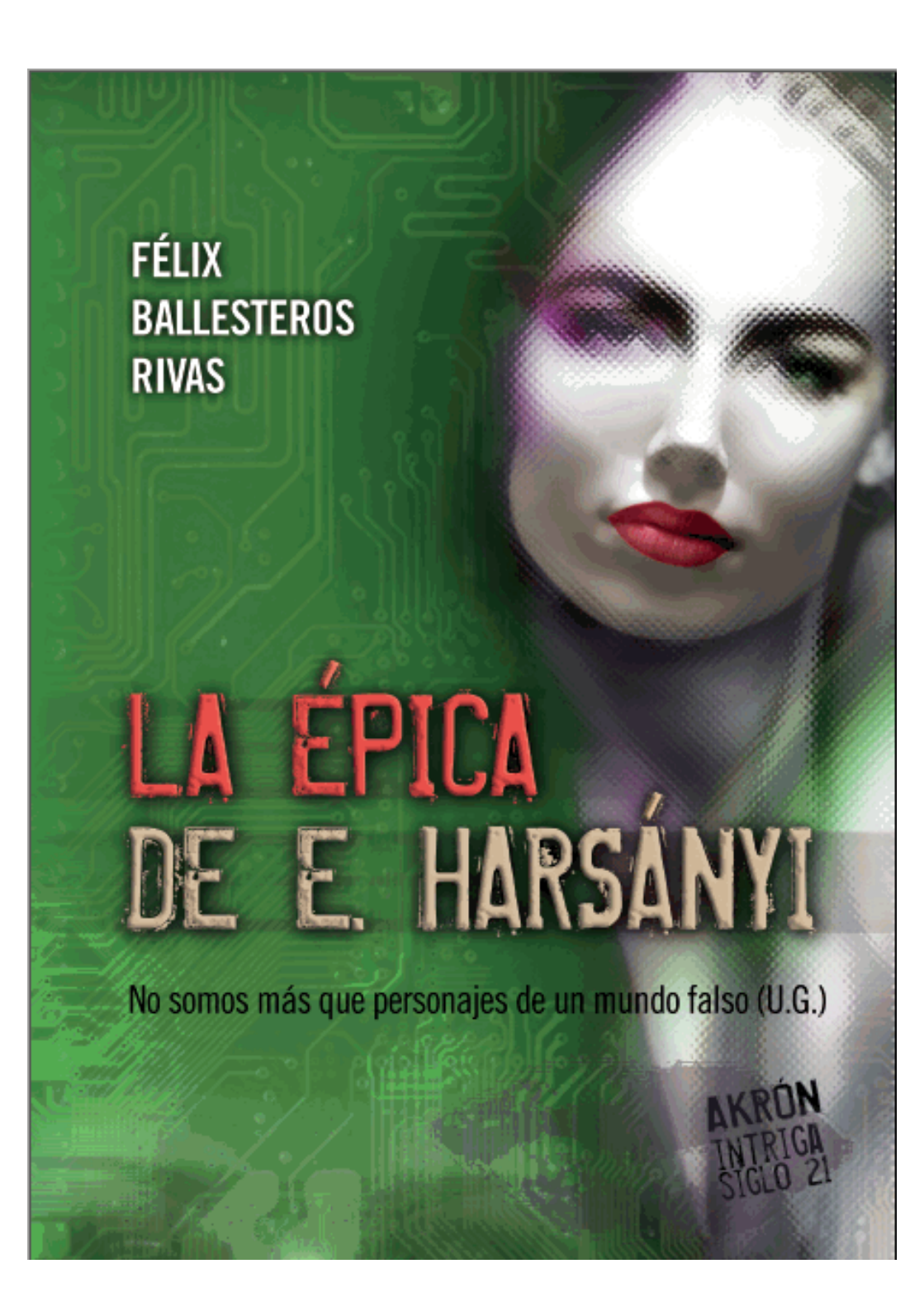




FÉLIX
BALLESTEROS
RIVAS

LA ÉPICA DE E. HARSÁNYI

No somos más que personajes de un mundo falso (U.G.)

AKRÓN
INTRIGA
SIGLO 21



FÉLIX BALLESTEROS RIVAS
(Madrid, 1953)

LA ÉPICA DE E. HARSÁNYI

No somos más que personajes de un mundo falso (U.G.)

FÉLIX BALLESTEROS RIVAS

EDICIÓN DIGITAL OBSEQUIO DE
LA CRÍTICA A SUS LECTORES

**IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES
VACACIONES DE VERANO 2016**

© Ediciones El Criticón, Madrid (España)
2016

AKRÓN

2008

© *La épica de E. Harsányi*, Félix Ballesteros Rivas, 2008

© Editorial Akrón, S.L, 2008

Apartado de Correos N° 134

24700 Astorga, León

(España)

www.editorialakron.es

info@editorialakron.es

Primera edición: Noviembre 2008

ISBN: 978-84-936725-8-4

Depósito Legal:

Impresión y encuadernación: Gráficas Varona S.A.

Impreso en España

Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño de Editorial Akrón

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del autor y del editor. Todos los derechos reservados.



EA0028

LA ÉPICA DE E. HARSÁNYI

No somos más que personajes de un mundo falso (U.G.)

FÉLIX BALLESTEROS RIVAS

LA CRÍTICA

A todos esos amigos que la vida va apartando de nuestro camino, que parecen olvidados, pero que están ahí.

Porque somos lo que somos gracias a todos ellos.

Espero que se diviertan con esta locura quizá más cierta que falsa pues, aunque yo crea que es falsa, el / la protagonista cree que es cierta y falsa a la vez... Y ella / él es quién ¿en realidad? vive mientras leemos esta parodia de lo que es falso... o de lo que es cierto.

ÍNDICE

PREÁMBULO TRÁGICO	9
DEÁMBULO ÉPICO	17
El pollo	19
El águila	27
Las cucarachas	43
El pavo	67
La leona	79
La ardilla	103
El oso	115
El jabalí	129
El murciélago	137
Las hienas	151
Los ratones	161
Mamá oca	181
La cabra	195
La gatita	215
La cabra (2)	235
El asno	251
La cabra (y 3)	279
El águila (2)	299
El oso (2)	319
POSTÁMBULO DRAMÁTICO	325

PREÁMBULO TRÁGICO

LA CRÍTICA

Me llamo Elie Harsányi, hoy he cumplido los cincuenta años, me siento viejo y calvo y es el momento de tomar una decisión acerca de mi existencia y del lugar que ocupo en este mundo.

No se rían, por favor, pues ya he enterrado demasiadas ilusiones en el vano intento de hacerme un lugar en la vida como escritor y, ahora, después de diez años de dilapidar la herencia de mis padres, tengo que hacer algo. Lo que sea. Algo drástico.

Algo efectivo.

Sí, cierto es que los amigos, los pocos que me quedan, me dicen que mis poemas tienen una fuerza muy por encima de todo lo que se ha escrito en húngaro en los últimos años.

Pero todavía nadie se ha decidido a publicarlos.

Los tomos y más tomos de poesía épica que se amontonan en el estante de al lado de mi mesa me están gritando que no son nada, que nadie los aprecia, que no están vi-

vos... porque nadie puede oírlos. Porque no han sido publicados.

Porque nadie puede acudir a ellos cuando se siente triste, cuando se siente solo.

Los húngaros tenemos una bien ganada fama de tristes y de ser algo solitarios. Quizá es por eso por lo que nos gusta la poesía épica, para sentir cómo otros han vivido la derrota, cómo otros, en el pasado, han afrontado la agonía del fracaso.

Nosotros, que no hemos ganado ninguna guerra.

A mí, mis poemas me han consolado de la derrota que ellos mismos han provocado. Como una serpiente que se muerde la cola me han rodeado, me han asfixiado, me han encerrado entre cuatro paredes de manera obsesiva. Y a la vez me han hecho volar lejos, incluso lejos de mí mismo, muy por encima de mis miserias y limitaciones.

En alas de la serpiente he sido un héroe, he recibido el cariño de mis semejantes, la admiración de las mujeres más hermosas y he pasado a la Historia en letras de oro y fuego...

Pero cuando después —exhausto por el esfuerzo, agotado el impulso, vaciada el alma—, dejaba la pluma y miraba alrededor, el triste descubrimiento era que mi lugar en este mundo es una habitación cochambrosa, que conoció mejores días pero a la que el abandono, la incuria y mi obsesión por seguir escribiendo sin preocuparme de mis rela-

ciones sociales o del orden de mi entorno, han llevado a ser el cubil de un hombre enfermo. Ocupo una madriguera en la que hace mucho que nadie más se atreve a entrar; tan sólo las pocas plantas que mantengo con mimo le dan un escaso aspecto de algo lejanamente habitable, aunque mi simple presencia anule cualquier atisbo de belleza que haya alrededor.

Quizá la decisión que debería tomar es la de vender la casa y cambiar de aires. Porque el viejo caserón es grande, el resto de las habitaciones todavía están bastante presentables, es una buena zona y todo Balatonfüred es ahora un pueblo próspero, gracias al desembarco de los turistas alemanes y austriacos con sus poderosos euros. Y desde las habitaciones de arriba se ve el lago y también, aunque de refilón, se divisa la colina de Tihany.

Sí, podría obtener un buen precio por la casa, aunque no muy alto, porque tener el cementerio enfrente no es algo que le guste a nadie.

Pero, aunque la vendiese bien, ello no sería un paso adelante. Sería desprenderme de la casa de mi familia y, total, ¿para qué?: para seguir escribiendo obsesivamente unos cuantos años más, sólo que en otro cubil de menos categoría.

No.

No: tengo que buscar otro camino, hacer algo realmente diferente.

¡Si consiguiera vender mis poemas! Esa sería la mejor de las victorias.

Pero los húngaros nunca hemos ganado una batalla. A lo más, hemos contribuido a las victorias de otros ofreciéndonos como soldados, ¡los Húsares!, de gloriosa memoria...—dejemos la épica a un lado.

Eso sí... hemos contribuido a las victorias de otros... ¿Sí?

¡Sí!, por ahí podría venir la solución: contribuir al éxito de otro.

Como escritor soy un fracasado, pero quizá a través de otro que escriba sobre mí sí que podría alcanzar la inmortalidad. Al fin y al cabo, en este momento, quien está escribiendo estas líneas es otro escritor, otro plumífero hablando de mi triste caso.

Sí, sí... ¡sí! Si contribuyo al éxito de éste que está escribiéndome, si dejo de ser una persona —desastrosa pero persona— y me convierto en un personaje —brillante y atractivo aunque personaje—, si consigo que él llegue a publicar mi historia... yo habría conseguido lo que llevo tantos años persiguiendo. Ese puede ser el camino para que el apellido Harsányi llegue a las librerías, acompañe a los solitarios y consuele a los tristes.

De acuerdo. Así lo haré. Esa es la decisión que buscaba.

—Oye, escritor.

—¿Sí?...

—Oye...

—Sí, dime.

—¿Estás de acuerdo?

—Es posible.

—¿Sólo posible?

Claro que para ello, para que este escritor se ocupe de mí y tenga éxito, yo debería ser un personaje atractivo y... ¿lo soy?

¿Alguien querrá comprar libros que hablen de un triste y desarrapado escritorzuelo, calvo, un poco patizambo, último miembro de una ilustre familia venida a menos, un vago que ha ido exprimiendo la fortuna de sus antepasados, una fortuna amasada por el apasionante método de criar inmensos rebaños de ovejas por la Gran Llanura Húngara?

Tengo que darle a este escritor algo mejor, más comercial, algo mucho más atractivo.

Lo bueno de dejar de ser una persona para ser un personaje es que el personaje es mucho más flexible, se puede definir de cualquier forma concebible para asegurar la fluidez de la narración, el interés de la trama y esa flexibilidad puede compensar muchas cosas. Por ejemplo, puedo tener la edad que quiera, el pasado que sea necesario para el argumento...

—Oye, escritor, ¿así mejor?

—Desde luego, mucho mejor. En principio tiene posibilidades.

Para empezar, a partir de este punto, dejo de ser un varón de cincuenta años y paso a ser una mujer de treinta... y muy guapa.

¡Sí!, hecho, ¡ya está!, mucho mejor. Así... huunnnnmrr ¡sí!, ¡argg!: ahora me siento estupendamente.

Ha sido como pasar una puerta, una transformación indolora, pues el papel lo aguanta todo, y a partir de ahora tengo un cuerpo estupendo del que voy a disfrutar todo lo que pueda y una vida por delante llena de buenos momentos.

Y mientras pienso el resto de los rasgos que le voy a ofrecer a este escritor para seducirle a él y a sus lectores, para hacerle llegar hasta el final, para que su libro tenga éxito... ahora me voy a la playa del pueblo a estrenar mi nueva figura. Y me voy a llamar, a partir de ahora, Edit Harsányi. Elie ha muerto ¡adiós Elie!

Y me pondré en la zona naturista. ¡Toma!

DEÁMBULO ÉPICO

LA CRÍTICA

El pollo

Bueno, volver a casa ya no era lo mismo tras La Gran Decisión.

Iba yo pensando que quizá me había pasado un poco en mi cambio de vida, porque el cuerpazo que me había puesto la verdad es que llamaba bastante la atención. Incluso andar era una nueva experiencia, con los pesos distribuidos de una manera tan diferente por el cuerpo.

Aquel primer día, aquellas primeras horas tras mi transformación, estaba deseando llegar para encontrar un espejo y volverme a ver a mis anchas.

La playa había estado ideal. En un par de días, al llegar el fin de semana, el lago se pondría imposible con todos los que llegarían de Budapest a tomar el sol, pero de momento estaba muy agradable. Incluso me había dado el gusto de que discutiera la pareja de al lado por mi causa. El pobre chico no podía evitar mirarme y jera un placer tan intenso el que lo hiciese!

Cincuenta años siendo Elie –alguien tan gris que apenas destacaba sobre el asfalto– se merecían un buen desquite,

la verdad. No creo que se me pueda llevar la contraria en esto.

Por primera vez en muchos años, seguramente por primera vez en mi vida, estaba llena de proyectos: a todos los efectos yo iba a ser la hermana casquivana de Elie, del tristón Elie, de regreso de mis viajes de ¿estudios?, ¿por trabajo? Ya lo decidiría.

Lo que tenía claro es que no habría estado casada, que ni hijos ni nada que significase estabilidad figuraría en mi biografía. ¡Ya tuve bastante estabilidad como Elie!

Adiós Elie.

La calle seguía teniendo las mismas casas a los lados, lujosas, con verjas de hierro, hiedra centenaria, arquitectura de otros tiempos y con los mismos vecinos desde hacía medio siglo, cuando menos. Pero ahora me parecía un paseo agradable y romántico, con juegos de luces y sombras muy equilibrados y mi casa la más bonita de los alrededores.

Pero ese coche... ¿qué hacía ese coche delante de mi puerta? El muy estúpido lo había dejado al sol y estaba sentado dentro. Por muy Jaguar X-Type que fuera, se estaba cociendo.

Me vio llegar y se bajó. Sí, estaba tan sudoroso que parecía un pollo mojado.

El pollo me había visto llegar por su espalda, lo cual implicaba que estaba muy atento al retrovisor. Edit, me dije, tienes que estar a la altura de las circunstancias: este tipo te estaba esperando y puede ser algo muy serio.

El joven del Jaguar –no pasaba de los treinta, despeinado en flequillo, moreno de pelo y pálido de piel, color acelga fresca en general– se había bajado por la puerta del conductor y, para cuando rodeó el morro del coche e intentó abordarme, yo ya le había sobrepasado y le hice dar un par de zancadas para alcanzarme mientras metía la llave en la verja de mi casa, la última del callejón.

–Perdone, estoy buscando a E. Harsányi ¿Usted...? –el sudoroso hablaba casi con miedo, no sé si miedo de equivocarse, miedo de acertar o miedo de que me lo comiera con patatas

–La misma que viste y calza. Soy *Edit Harsányi*.

No pareció que captase la ironía del '*viste y calza*', pero la verdad es que iba yo muy poco vestida, apenas un veraniego trapillo de tirantes que dejaba muy claro que no llevaba sujetador y, lo que es 'el resto de la ropa interior', no me había molestado en ponérmela al salir de la playa. Para rematar la idea, había decidido que mis pies eran lo bastante curtidos como para volver descalza hasta casa.

Él, en cambio, iba con una camisa y un pantalón, pero dejando muy claro que su ropa era de lo más formal, tanto la camisa –blanca, de manga corta, sin bolsillo y todavía con rastros de que por la mañana estuvo bien planchada–, como el pantalón, que era la mitad de un traje oscuro cuya chaqueta descansaba en el asiento del Jaguar... casi seguro que con la corbata en un bolsillo, y me imaginaba que era una corbata negra o roja.

Y el Jaguar terminaba de explicarme que era un tipejo de poca categoría, o que trabajaba para una organización de medio pelo, porque se había preocupado de comprarse un británico Jaguar X-Type, en vez de un germano Ford Mondeo –mismo chasis, mismos motores, misma geometría de suspensión, diferente imagen– pero no había pagado el extra de los faros de Xenon –unos 600 € de sobreprecio– aunque sí el de la tapicería de cuero color crema. En fin, quizá alguien que gustaba de aparentar pero, en el fondo, era un poco rata.

Y que no acostumbraba a tratar con gente observadora.

–Perdone que le moleste... –me hablaba en húngaro, con acento de pueblo.

–De momento no has conseguido molestarme, pero si te empeñas en que hablemos al sol lo conseguirás. –mis palabras le ocasionaron un rotundo rubor facial y una clarísima duda entre decirme que nos cobijásemos a la sombra de la acacia espinosa que teníamos a un par de metros o invitarme a una coca cola en el restaurante del principio de la calle.

–Será muy breve –no se decidió por ninguna de las dos opciones–. A la Organización que representa mi bufete –pronunció ‘*Organización*’ con un respeto religioso, casi llegando a un respeto bancario– le consta que tiene usted experiencia en el mercado de los circuitos integrados.

–Algo –había que animarle a seguir, pero no estaba yo por la labor de dar ninguna información, ni de facilitarle su tarea: era enternecedor verle temblar y dudar.

–En ese caso, quisiéramos proponerla –su gramática era de pueblo, podía ser titulado en algo, pero su cultura no parecía a la altura de ningún título– un trabajo que, creemos, será de su interés.

–Primero, chaval, ningún trabajo es de mi interés –el miedo se dibujó en su mirada: iba a llevarse un rapapolvo si, después de esperarme quién sabe cuánto tiempo, volvía a su oficina con un ‘no’–. Aunque puede que sí me interese alguno de sus efectos colaterales, como, por ejemplo, la paga –una esperanza alivió el universo particular del sudoroso, por lo tanto, sí: había una buena paga–. Y, segundo, ¿me lo vas a proponer aquí y ahora? No sé si te has fijado: sol de mediodía, primavera, casi verano, hora de comer, una acera poco confortable para hablar de negocios...

–No, claro, pensaba...

–¡Pensabas! –pobre, ¡qué cara ponía!: me estaba pasando de la raya– Vale, seguro que piensas, perdona, sigue –bueno, esto le debería dar un poco de autoestima, al menos la suficiente como para terminar su frase.

–Tengo el encargo de pedirla que me acompañe al despacho, para hablar allí del asunto con detalle –el vaivén le había puesto un poquito serio al chaval, pero no por eso se expresaba mucho mejor.

–A la hora de comer... –dejé la frase en suspenso durante todo un segundo y parpadeé– ¿Coméis en un despacho?

–Es que estaba previsto que fuera más pronto –el angelito suspiraba con pesar mientras hablaba; le faltaba poco para dar pataditas de protesta contra la acera y se le solta-

ba la lengua con un acento cada vez más rural–, pero no la he encontrado por ninguna parte, incluso he preguntado en la playa –me miraba de arriba a abajo sacando la conclusión, muy facilona, de que venía de bañarme–, pero no la vi por ningún lado y he tenido que esperar a que volviese –pobre: seguro que no se había atrevido a mirar en la zona nudista–. Además, la descripción que me dieron de usted estaba muy equivocada.

–Buen chico. Mira, vamos a hacer una cosa: mientras yo me visto un poco –al separar el vestido de mi piel, con dos dedos, para señalarle que no era la ropa adecuada para una reunión de negocios... estoy segura que la luz entró de una forma provocadora sobre mi pecho haciendo un juego de transparencias claramente turbador para un alma cántara como la del abogadillo que tenía delante–, tú llamas a tu oficina y cambias la cita: si esto es tan importante como para tenerte toda la mañana buscándome, lo más propio será que me invitéis a comer mientras me lo contáis. ¿Quieres pasar a llamar por teléfono?

–¡No, no, no! –confirmado: tenía miedo de que me lo comiera con patatas–, tengo el móvil.

–Vale, tú mismo. Salgo en diez minutos.

Bueno, él al sol y yo a la ducha.

–Oye, tú, el escritor.

–Sí, dime.

–De momento vamos bien. Tiene buena pinta.

–Sí. Yo creo que va cuesta abajo.

- Pero además espero pasármelo bien, ¿vale?*
–*¿Estás pensando en comerte a este recadero?*
–*No, pobre, es un pipiolo. Ya me pondrás delante alguien
de más empaque.*
–*Cuenta con ello.*
–*No, yo me refería a que el asunto ese de los circuitos de
memoria puede ser interesante.*
–*Ha dicho ‘circuitos integrados’.*
–*Bueno, da igual si son de memoria o CPU, pero el caso es
que me gusta. Vas bien, chaval.*
–*Gracias. Oye, ¿te vas a duchar?*
–*Sí: hacía calor ahí en la acera.*
–*Sería mejor que tuvieses el pelo corto, así sales
enseguida y se te seca antes de la reunión.*
–*Vale: soy rubia y de pelo corto. ¿Conforme?*

A la salida había encendido el motor del Jaguar y el aire acondicionado lo había dejado habitable. Incluso el chico se había puesto la chaqueta y la corbata que, efectivamente, era negra.

No se le había ocurrido darle la vuelta al coche.

–Oye, ¿cómo te llamas?

–Sven –incluso resoplaba maniobrando el volante para girar en la calle tan estrecha.

–Y, ¿dónde vamos, Sven?

–Hemos quedado para comer en una de las terrazas del embarcadero del transbordador, si no le parece mal.

–¿Tus jefes vienen de Siófok?

–No, de Budapest, pero tenemos oficina en Siófok y la reunión estaba prevista allí.

Alardear de tener oficinas en Siófok, provincia de Somogy, y no tenerlas en Balatonfüred, era toda una ofensa a una provinciana de la región de Veszprém, pero el chaval no debía de estar al tanto de los matices del provincianismo local.

Era otro dato.

El águila

Atravesar el lago Balaton –unos 80 Km. de largo en sentido Este-Oeste y unos 7 de promedio en sentido Norte-Sur– no es ninguna hazaña, pero los trasbordadores que lo cruzan por su punto más estrecho, entre la península de Tihany y Siófok, hacen que parezca algo serio con sus llegadas deteniéndose a fuerza de motor. Total los coches se suben a la cubierta corrida por un extremo y se apean por el contrario al llegar al otro puerto. Nada de maniobras de giro en dársenas estrechas ni cruzar la barra del puerto para afrontar el oleaje.

Quizá impresionan más porque no hay ningún otro barco de motor en todo el lago. En el Balaton son ellos los únicos que hacen olas.

En el puertecillo del extremo de la península de Tihany teníamos mesa reservada en la calle de salida, en la terraza de sombrillas color rosa frente a las tiendecitas de recuerdos para turistas. Todo un poco cándido, el típico lugar pensado para hacer agradable el día a los que tienen

perras para gastar, pero pensado con poca imaginación y con una estética de estrechas miras.

Como Elie, yo no había comido nunca allí, pero lo que se veía sobre las otras mesas tenía buen aspecto.

Mientras aguardábamos, Sven se pidió una cocacola – ¡lo sabía!: tenía cara de cocacola– y yo me pedí un vermú blanco. Incluso el chaval se estiró un poquito y pidió unas aceitunas.

No tuvimos que esperar gran cosa, pues en el siguiente trasbordador llegó el comensal que faltaba: nada más verle no tuve ninguna duda de que era él: era el único que vestía con traje y maletín.

Y llegó a pie.

Yo estaba atenta al coche que trajera, porque si lo habían comprado sin regatear tanto como con el Jaguar podía ser la señal de que era un socio del bufete en lugar de un empleado. De hecho estaba convencida de que, además, sería un Mercedes.

Por otro lado, tanto hablar Sven en plural de '*los responsables del bufete*', me había hecho esperar a dos o tres abogados dispuestos a pelotear en una larga negociación, pero se presentó sólo uno aunque, eso sí, valía por una docena de Svenses.

Podía tener los cincuenta, pero con pinta de que todos y cada uno de esos años los había utilizado para afilar la lengua, completar su aureola, sacarle brillo a su sonrisa y hacer profunda su mirada. Y parecía que necesitaría otros cincuenta, como mínimo, para terminar de platear su abun-

dante cabellera y empezar a convertir los pliegues de sus varoniles mejillas en algo parecido a arrugas.

Su melena estaba en la frontera entre lo formal y lo leonino, su andar era claramente felino y su estatura, a falta de compararla con la mía, debía andar por el 1'90.

—Gracias, escritor.

—De nada. Que lo disfrutes.

De momento, cuando me miraba al acercarse entre las sombrillas hacia nuestra mesa, yo vi claramente unos reflejos dorados en sus ojos, como unas llamas.

Sven, conforme a su papel de pasante de despacho, inexperto en todos los juegos sociales, se había sentado de manera que no vio llegar a su jefe. El pobre cachorro pegó un buen respingo cuando descubrió que mi sonrisa de gata en celo no tenía que ver con él.

Absolutamente nada que ver con él.

—La señorita Harsányi, presumo, mi nombre es Robert.

Se dirigió a mí en un inglés que podía ser de Texas y yo le contesté con una leve inclinación de cabeza, invitándole a sentarse frente a mí. El que se tratase de la silla de Sven, que se había levantado para saludar a Mister Robert fue... una desgracia para Sven, que se encontró de repente sin asiento a la mesa y a varios kilómetros, socialmente hablando, de nuestra reunión privada.

—Sven, por favor—su voz era de bajo, como no podía ser de otra manera con esa imponente caja torácica— mi Audi

–¡me encantan los hombres que me sorprenden!– está en el puerto, lo llevas al despacho, que yo volveré en el Jaguar.

Le tendió las llaves del coche y Sven sólo tardó un par de parpadeos en que se le ocurriera

1. darse cuenta de que sobraba allí,
2. pasarle a Mister Robert las llaves del Jaguar
3. y evaporarse. Adiós Sven.

Yo seguía sin demostrarle que mi voz era de contralto: la técnica de estarme callada siempre me ha dado muy buenos resultados, aunque mi sonrisa debía de estar haciéndole llegar claros mensajes de que mi silencio no era un síntoma de rechazo a su conversación, sino una invitación a que luciese su dialéctica.

Pero él debía de ser de la misma escuela porque, salvo para pedir una cerveza a la camarera, se limitó a imitar mi silencio y mi mirada escrutadora.

Robert vestía de traje, pese a lo avanzado de la primavera. Un traje gris de tres botones con aspecto de ser de ese tejido, flexible, que no se arruga por el hecho de llevarlo puesto en el avión, un traje de esos con bolsillos secretos disimulados con minicremalleras bajo los pliegues de las costuras para llevar el pasaporte por los territorios de ultramar. El traje que utilizaría un norteamericano para, tras catorce horas de vuelo, sentarse a comer con una húngara sin una arruga en la tela y disimulando en lo posible los efectos del cambio de hora.

El maletín marrón que, al llegar, cargaba en la mano izquierda, lo había colocado entre sus piernas y en ningún momento perdía el contacto físico con él. Interesante el maletín.

Veamos: acento tejano, si viene de Huston o de Dallas y ha aterrizado en Budapest, son... sí, siete horas de diferencia horaria, aquí son las 14:35 y para él son las 7:35. O es buen trasnochador o ya lleva varios días en Europa.

Circuitos integrados... no es como el negocio de las navieras o las inmobiliarias. En estos chiringuitos las agendas están graduadas en segundos, no en horas, por lo tanto no lleva varios días en Europa. El machote ha llegado esta misma mañana.

—Oye, chaval, ¿a qué hora llega el avión de Dallas? ¿Es directo?

—No necesitas saberlo, no abuses.

—Bueno, pero podemos partir de la base de que está muerto de sueño y de que un buen vino le erosionará por la base hasta dejar a la vista sus cimientos. ¿No crees?

—Tú sabrás, Edit: eres quien lleva las riendas. Yo sólo lo escribo.

Llamé al camarero por señas.

—Yo tomaré una ensalada de pasta y... ¿un buen vino nacional? —añadí poniendo una mirada sugerente en beneficio de Robert.

—De acuerdo. Y para mí un goulash —pidió él y, pedir un plato como ése con el calor que hacía, estaba claro que

era un error garrafal: era un típico tópico de norteamericano recién llegado; fue como si uno de los rayitos de su aureola hubiera hecho 'clink' y se hubiera partido... Mister Robert pasó a ser Bob, simplemente Bob, hasta que se recuperase.

–Pues tráiganos un buen Tokaj, por favor.

–Tienes una bonita voz, Edit –la suya sí que lo era.

–¿La echabas de menos, Bob?

–Llevaba toda una vida sin oírla –incluso un pelín acaramelada.

–¿Tengo fama como locutora?

–No precisamente.

–*Oye, este tipo me está defraudando, no es más que un
catálogo de tópicos.*

–*No lo voy a hacer yo todo, te lo tendrás que trabajar un
poco, ¿no?*

–*¡Cómo que hacerlo todo tú!, si estás escribiendo
prácticamente al dictado.*

–*Venga, a lo tuyo, que se te distrae.*

–Pues ¿qué te han dicho de mí?

–Que eres capaz de cruzar cualquier puerta y que sabes más electrónica de lo que se necesita para este trabajo.

–¡Trabajo!, qué mal gusto hablar de trabajo en un sitio tan agradable como éste –¡Yo estaba coqueteando! Y, por la cara de Bob, no lo estaba haciendo nada mal.

–Considéralo turismo de aventura. ¿Mejor?

–Mucho mejor.

Con la excusa de probar el vino, que era de un excelente nivel –yo no pensaba manifestar la menor curiosidad hacia la factura, por si acaso– y la llegada de la comida, me enfrasqué en mi ensalada recetándole otra ración de Edit-la-silenciosa a ver si rearrancaba la conversación por derroteros más luciditos, que todo era, hasta allí, demasiado predecible.

Y no me defraudó. Aunque muy al modo tejano, pero la verdad es que no me defraudó.

Aprovechando que el vino lo habíamos terminado de cuatro tragos, él pidió otra botella, un helado muy elaborado que vio en la mesa de al lado y que le retiraran el plato de goulash, que no había podido terminar –en el Balaton le echamos más pimentón de la cuenta–. En cuanto la mesa estuvo mínimamente despejada, con poca ceremonia, puso el maletín en el centro, tumbado, con el cierre mirando hacia mí.

–Esta es la propuesta. Te la llevas o me la dejas. Es tu decisión.

Lo abrí un poco, mostrando una limitada curiosidad –primero me terminé los dos bocados que le quedaban a mi ensalada–.

A la derecha se veía una placa de circuito impreso de aspecto sofisticado, del tamaño de un folio: podía ser la placa principal de un ordenador personal. A la izquierda una carpeta de plástico transparente encerraba unas páginas con aspecto de contrato.

Al sacar la carpeta se veía que todo el resto del maletín estaba ocupado por fajos de billetes de cincuenta euros. El mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida.

Y el contrato no era un contrato. Era una descripción del Problema, en un inglés profuso y difuso que, leyendo muy por encima, parecía relacionarse con la utilización de unos procesadores falsos en unas nuevas series de ordenadores personales, con multitud de aclaraciones innecesarias y, muy al final, una lista de características bastante específica para variar.

Para cuando Bob se estaba terminando el helado, lo más gracioso resultaba ser que las características de consumo de energía y emisión térmica, que eran las que mejor permitían distinguir los falsos de los genuinos, mostraban el chusco detalle de que las prestaciones de los falsos mejoraban en mucho las de los nacidos legítimamente en una fábrica de buena familia.

Alguien estaba fabricando algo a escondidas y, curiosamente, *no* lo estaba haciendo chapucestamente, sino con estilo.

–Parece que os están sacudiendo donde os duele –devolví los papeles al interior del maletín abriéndolo tan sólo una ranura.

–¿A qué te refieres exactamente?

–A que los que hacen las cucarachas a escondidas consiguen que funcionen mejor que las vuestras.

–En algún aspecto sí –parecía molesto, mirada huidiza–. Esa es la clave de todo.

—¿Damos un paseo?

Sí: el restaurante estaba bastante más lleno de lo necesario para mantener una conversación privada, así que me lo llevé por el camino peatonal del Este de la colina, en dirección a Balatonfüred.

—Oye, escritor, ¿tú crees que hace falta poner planos y mapas en este libro?

—No creo: hoy en día todo el mundo tiene acceso a buenos planos por Internet. Tú di por donde vas y ya vale.

—Bien.

Y era de la estatura justa: un poco más alto que yo, pero no tanto como para que tuviese que mirar hacia arriba para saber de lo que me hablaba. Como Elie, yo siempre había sido bajito, por lo que no me sentía especialmente rara a su lado.

Agarré el maletín con la derecha y me colgué de su brazo con la otra mano. Con toda naturalidad.

—Y ¿qué pinto yo en este baile?

—No sabemos quién los está fabricando, pero lo están haciendo bien, así es que queremos que les encuentres de nuestra parte y nos facilites llegar a un acuerdo —Bob hablaba mucho más suelto sin tanto público.

—Espero que no pretendáis un vulgar acuerdo del tipo ‘o dejáis de hacer las cosas bien o me enfado’.

—No, algo más sofisticado, del tipo ‘nos hacemos socios, me decís cómo lo hacéis, y repartimos las ganancias de un pastel mucho más grande’.

—¿Por qué yo?

—¿Quién si no? —al ver los morritos de aburrimiento que me estaba provocando reaccionó justo a tiempo— Perdona la tontería; tú porque es un asunto que, por lo que sabemos, se está cociendo en Europa, quizá en Hungría, y, sobre electrónica, los últimos asuntos oscuros de por aquí en los que hemos podido averiguar detalles se han resuelto con tu nombre de por medio.

E. Harsányi... así es como siempre firmaba cuando hacía algún peritaje para los tribunales... De ahí me venía.

Miré el maletín, lo sopesé descaradamente, le puse ojos tiernos a Bob.

—Cuéntame los detalles.

—Ahí van 100 000 €, para gastos. El pago llegará hasta los 500 000 por localizarles y hasta 1 000 000 en total por cerrar un trato de colaboración con la mayor discreción posible.

—¿Hasta...? —no me iba mal; mientras fui Elie, nadie me proponía negocios tan redondos.

—El tiempo cuenta. Si sus soluciones no son utilizables por nosotros, si encontramos nosotros una mejora en nuestros procesos que nos acerque a esas velocidades y temperaturas sin tu ayuda, si no se avienen a un acuerdo o tienen ya contrato con la competencia, todo eso bajaría el valor de los resultados.

—Entiendo... y espero que tú entiendas que te haré pagar los siguientes plazos por adelantado antes de que encontréis razones para regatear.

–Hablares de ello cuando haya resultados.

–Hablares entonces –hice un gesto informal como de que era un tema terminado–. Pero ahora explícame qué hace un teano como tú en un negocio como éste –ningún hombretón como Bob deja de pensar que, cuando las cosas se preguntan en tono íntimo y picante, es que la chica ha cambiado de conversación–. ¿En qué parte de Texas vives?

–En San Antonio.

–Por lo tanto son los japoneses quienes pagan todo esto. –el respingo fue tan claro que no pudo evitar que se lo notase a través de su brazo, del que seguía colgada.

Pero es que en San Antonio está la fábrica más importante, en EE.UU., de los japoneses, mientras que los suizos están en Round Rock, los de Minesotta en Austin y los restos de lo que los franceses revendieron –para concentrarse en el petróleo– está en Sugar Land y, sobre todo, en Houston. Texas es un hervidero de empresas de electrónica, pero sólo unas pocas tienen capacidad para fabricar cucarachas –y que funcionen bien– y, de esas pocas, no todas tienen intereses directos en Europa. Sony, DuPont, 3M y Schlumberger sí.

Había sido como si el bateador le hubiera pillado en pleno bostezo y hubiese atrapado la pelota con los dientes mientras yo me hacía una carrera completa con Bob tratando de sacársela de la boca para lanzársela al tercera base.

Dejé que masticara la conclusión de que, sacándole información a la gente, yo era tan buena como decía la publicidad.

Veamos: un muchachote de Texas que, a través de un despacho de abogados de Budapest, trata de encontrar a unos fabricantes de circuitos integrados de alta calidad, que están vendiéndolos a buen precio.

Y están dispuestos a gastarse un Megaeuro en el envite.
¿Por qué Budapest?

Quizá no era prudente por mi parte cuestionar por qué contrataban a alguien en esa zona, no fuera a ser que cambiasen de idea. Ya saldría ese dato cuando hiciese falta.

El caso es que el lago estaba precioso en el atardecer de primavera, con los incansables veleritos dando vueltas y más vueltas siempre por el mismo sitio. El paseo estaba agradablemente concurrido, ni mucha ni poca gente, y el peso del maletín tenía un efecto afrodisíaco sobre todo mi lado derecho.

No podía decir lo mismo del lado izquierdo, curiosamente.

—Oye, escritor.

—Dime.

—No sé si es porque todavía tengo hormonas de Elie por las venas, pero el tiote este no me anima lo más mínimo, ni siquiera templada, vamos.

—Bueno, tú sabrás lo que haces.

—Entonces, ¿no pasa nada si le doy puerta?

*–Nada, tranquila, el detalle no es importante en el
argumento.*

–Pufff, me quitas un peso de encima.

La verdad es que Bob estaba más perjudicado de lo que aparentaba. La segunda botella de Tokaj se la había trasegado casi entera para enfriar la boca, abrasada por el goulash, y el ratito de paseo tranquilo por la orilla le había hecho caer encima el Jet-Lag como una losa. Yo le estaba conduciendo como a un zombi llevándole del brazo y, si yo iba más deprisa, él aceleraba, si me refrenaba, iba más despacio sin protestar. Estoy segura de que si le hubiera dejado quieto en alguno de los bancos de madera de la vía peatonal se me habría quedado seco antes del segundo parpadeo.

Era como un castillo de Disneylandia: precioso, pero de cartón piedra.

–Pues me lo quedo –casi se asusta al arrancar yo a hablar.

–Buena noticia.

–Me dejas tu tarjeta y te llamo en cuanto tenga alguna pregunta o alguna respuesta.

–No, prefiero llamarte yo.

–No tienes mi teléfono –si lo tuvieran me habrían localizado antes por la mañana; de hecho ni siquiera yo tenía mi teléfono, porque Elie no tenía móvil y el del caserón no iba a ser de mucha utilidad mientras investigaba el caso de un lugar a otro.

–En el maletín va un teléfono. En su memoria estoy como Robert, pero mi terminal estará mucho tiempo apagado.

–Muy bien Bob, tú sabrás –me detuve, me solté de su brazo–. Pues entonces, si no tienes nada más que añadir...

Miró con sorpresa a un lado y a otro. Todavía no habíamos llegado al camping de la entrada de Balatonfüred, lo cual quiere decir que estábamos todavía en mitad de ninguna parte. Él parecía aceptar de buen grado que la siesta se la iba a echar solo, pero que nos despidiésemos allí, en un paseo solitario a la orilla del lago, parece que no le entraba en su adormecida sesera.

–¿Nos separamos aquí? –por fin logró, con un esfuerzo supremo, expresar su duda principal; quizá le daba miedo andar solo.

–Sí. Por allí –al Este– está tu coche, en el aparcamiento del embarcadero, y por allí –al Oeste– está mi mesa de trabajo, así es que... ¡ha sido un placer conocerte Bob! –me cambié el maletín de lado y le extendí la mano con la típica energía y decisión que mostraría una norteamericanita tan aficionada a los tópicos como él.

–¡Ha sido un placer conocerte! –por supuesto, su reacción fue automática y acorde con los mismos arquetipos que yo le había evocado: me dio la mano y apretó con saludable entusiasmo.

Y yo me di la vuelta y eché a andar al mejor ritmo que podía mantener sin mover demasiado el trasero, no fuera a ser que se le ocurriera cualquier idea de las que surgen

por debajo del nivel del cinturón. Por suerte yo llevaba un pantalón vaquero blanco no demasiado insinuante –era de cuando Elie pesaba treinta kilos menos– y, aunque no me había comprado todavía un sujetador, la camisa la llevaba abierta un botón por debajo de lo que mi madre hubiera admitido como correcto (o más bien dos botones por debajo de aquel estricto nivel); pero por la espalda podía mantener a raya la imaginación del hombretón que, entre el cambio de horario y las dos botellas de Tokaj, tampoco es que diera para mucho.

Las cucarachas

En el caserón prescindí de la habitación de escribir de Elie, y me senté en el mirador de la planta baja. Allí abrí el maletín, toqueteé y olí el dinero, y me enfrenté a la lectura detallada del informe que me habían preparado.

Los gringos las llaman chips, los formalistas las denominan circuitos integrados o microcircuitos pero, para mí, esas cosas negras y con muchas patas que llenan las placas de circuitería electrónica, digan lo que digan, a lo que más se parecen es a las cucarachas.

Y el asunto era de cucarachas, pero de cucarachas voladoras, de procesadores que soportaban subidas de velocidad de reloj –el ‘*overclocking*’ que le llaman los frikis sin suficiente vocabulario como para expresarse con elegancia– y las soportaban sin sobrecalentarse apreciablemente.

Un procesador tiene una velocidad máxima de funcionamiento, por ejemplo 2’7 gigahercios, pero todo cibermanitas sabe que si ponen el reloj a 2’8 ó, incluso, a 2’9, el ordenador funciona más rápido, sin mayores ceremonias.

Como todo pecado tiene una penitencia –dicen–, la subida de velocidad implica un mayor calentamiento de la cucaracha que, es la inevitable consecuencia, envejece mucho antes y se termina estropeando. Empieza quedándose el PC colgado de forma misteriosa, cada vez más frecuentemente y, un aciago día, no arranca ni rezándole a Bill Gates.

Los manitas no sufren ese problema porque cambian de ordenador antes de que se quede anticuado y le venden a algún pardillo el cacharro viejo convenientemente ralentizado para que aguante, por lo menos, unos meses más.

Pero ahora estaban apareciendo partidas de cucarachas que, al subir la velocidad de reloj, se calentaban muy poco más.

Los ingenieros de la multinacional que había redactado el informe –japoneses, estaba segura– estaban analizando la superficie del silicio en busca de las razones de semejante comportamiento que, en el hipersuperarchirequeteaceleradísimo mundo de la alta tecnología, podía significar avances técnicos que les pusieran por delante de sus competidores durante, quizá, unos meses.

Y ese margen de meses, por pocos que fueran, a la velocidad con que se firman contratos en el mercado del silicio podía hacer que los muchos millones de dólares, de euros, de yenes y de yuanes que estaban dudando en qué bolsillo meterse en los próximos días, se decidiesen por el de mis desconocidos clientes.

Eso era lo que lastraba el maletín que, abierto sobre la mesita del té de la planta baja, mostraba sus tripas llenas de prosaicos billetes marrones, un teléfono móvil demasiado grande para mi gusto –con un montón de funcionalidades colaterales de dudosa aplicación al caso–, la placa base de un ordenador, lista para conectarse, y cuatro cucarachones cuadrados de cientos de patitas: dos procesadores auténticos y dos falsos.

Como no había manera de distinguirlos a simple vista les habían dado, a los falsos, sendos brochazos de laca roja por un borde. Por lo que decía el informe, la única manera de saber que eran falsos –aparte de sobreacelerarlos y tomarles la temperatura– era comprobar que sus números de serie no se correspondían con los lugares de fabricación que decían en el ‘made in...’. Me adjuntaban un listado de las series identificadas como falsas.

En Europa, todos los distribuidores minoristas de cucarachas tenían partidas de esos procesadores falsos. Por supuesto, ninguno reconocía haber comprado una sola partida fuera de los cauces legales y no, decididamente no sabían de nadie que estuviera ofreciendo circuitos integrados más baratos que los fabricantes originales.

En los que se habían avenido a permitir que les inspeccionasen sus existencias, se había podido comprobar que entre un 1 y un 5 % de las cucarachas eran de origen desconocido, lo cual cuadraba con las cuentas de los fabricantes, que estaban viendo cómo crecía el mercado europeo de componentes electrónicos más deprisa que sus pedidos.

Y ese margen del 1 al 5 % era el síntoma que apuntaba a Centroeuropa: en EE.UU., China y Japón era casi indetectable, bastante menos del 1 % –de hecho, parecían excepciones, muestras que habían viajado por cauces atípicos–, en Europa continental subía rápidamente al 2 % y en los países del antiguo Pacto de Varsovia un poco más, casi el 3 %. Pero en Hungría era de un contundente 5 %.

Bueno, era una pista muy flojita. Podía ser, simplemente, una cuestión de patriotismo o de ser más o menos proclives a hacer trampas unos u otros –sí, vale, lo de que en China no se hubiesen encontrado casi ninguno de los falsos podía ser una excepción o un efecto del hermetismo que muestran los chinos cuando les pregunta cualquier cosa un gringo o, todavía peor, si les pregunta un japonés acerca de sus existencias–.

Pero a los analistas de las siempre todopoderosas Oficinas Centrales de la multinacional que fuese –y más aún si eran japoneses–, siempre les ha encantado demostrar que son más listos que nadie, que ellos desde allí son capaces de olerse lo que pasa en todo el mundo mundial, y que sus sabias conclusiones son la esencia de la sabiduría. Aunque el tópico dice que esas ideas suelen tener el origen en un temeroso comentario de un becario mal pagado, comentario expresado en una reunión en la que nadie sabía por qué había entrado el becario resabidillo ése.

El informe concluía que se debería intentar localizar a los que habían diseñado esa pequeñísima maravilla que,

según insinuaban, debería ser alguien radicado '*en Hungría o sus alrededores*'.

Y allí estaba yo, sin tener del todo claro por qué estaba en ese baile, encargada de demostrar que '*en Hungría o sus alrededores*' se estaban produciendo unas Unidades Centrales de Proceso mejores que las que se hacían en los laboratorios de quienes llevaban varias generaciones –de buenos ingenieros– liderando la investigación tecnológica de alto nivel.

Sin moverme de mi salón les podría haber dicho que eso era algo tan imposible como encontrar una generación de adolescentes conformistas y podía añadir al informe que los culpables sólo podían ser la media docena de laboratorios capaces de diseñar y producir una oblea de silicio supercompleja con unas sólidas bases teóricas, ninguno de ellos en Hungría; pero por un comentario así no podía exigir una minuta muy abultada, así es que me empecé a mentalizar para mover el trasero de una forma profesional y ganarme la paga con un informe de muchas páginas bien cargado de referencias exóticas conseguidas a base de visitar laboratorios por todo el continente y, quizá, más allá.

Pero... ¿por qué estaba yo en este baile?... precisamente yo.

Mi teoría era que estaban buscando a Elie, que sí tenía el historial profesional que necesitaban, pero que sólo tenían la inicial del nombre... Sven me había llamado '*E. Harsányi*', seguro que en su bufete habían sacado el nom-

bre del legajo de algún juicio. Y el abogadillo sólo se había atrevido a pararme para preguntar porque mi casa era la última del callejón y, por lo tanto, en cuanto sobrepasé la puerta de mi vecina, estaba claro que yo podía saber algo de quién vivía allí y aliviarle la espera de toda la mañana que llevaba pasando calor frente a mi casa de la calle Kósa Pál.

Por otro lado, entender de alta tecnología era, es y será algo ‘contra natura’ para un abogado. Siempre habrá alguno desnaturalizado pero, en general, todo lo que huele a tecnología lo archiva de forma menos concienzuda que los temas de los que sí sabe de lo que tratan. En el despacho tendrían archivados algunos casos de temas técnicos, en algunos aparecía mi nombre... y no escarbaron nada más. A los gringos que les hacían el encargo les comunican –por correo electrónico, para que se vea que son expertos en el tema– que saben de un húngaro experto en todo lo necesario para resolverles la papeleta, y aparece el tejano a rematar la faena.

Bueno, era una explicación. Ahora a pensar en el futuro. Bob estaría a esas horas echándose una siesta de urgencia en cualquier sofá, pero en cuanto se despertase seguro que querría hablar conmigo de algo y, con esa débil excusa, bien podría ser que se presentase en mi puerta. También podía suceder que alguien descubriese que la ‘E’ de los asuntos de electrónica era de Elie, no de Edit. Por si acaso, era el momento de hacer las maletas.

Y comprar un coche para llevarlas con estilo, a juego con el caso.

Yo pensaba empezar por Budapest y su universidad, y hasta allí podía ir en autobús, como había hecho toda la vida. Pero estaba convencida de que para resolver este asunto me tendría que patear unos miles de kilómetros por toda Europa –Elie siempre le había tenido fobia a volar y yo había heredado ese rasgo–, por lo que no era cosa de depender de los horarios de los trenes y autobuses.

Ahora tenía más dinero que en los últimos años e iba a tener mucho más en unas semanas. Sin discusión: me iba a comprar coche.

Coche...

Antes llamé a Erzsébet, una de mis colegas habituales de las sesiones literarias de leernos unos a otros nuestros últimos poemas. Ella tenía un empleo como administrativa en el departamento de informática del Ministerio de Hacienda, lo cual le hacía muy interesante algunas veces y ésta era una de ellas –sus poemas también lo eran casi siempre, la verdad–.

Puse, lo mejor que pude, una voz afónica que podía ser de Elie en horas bajas y le pedí que me hiciera un favor, no se negó, le pasé el número de matrícula del Jaguar y a los dos minutos, junto a una afectuosa despedida con recomendaciones sobre remedios caseros para recuperar la voz –era una madraza–, tenía yo el nombre de quiénes habían matriculado ese Jaguar como coche de empresa y, por lo tanto, la dirección fiscal del despacho de abogados

que se interesaba por los fabricantes clandestinos de cucarachas.

Era un despacho importante, pero pequeño, al que llamé para decirles, en inglés, que mañana viernes teníamos una auditoria en nuestros servicios centrales –puse voz de financiera de Texas– y quería estar segura de que alguien, por la tarde –*‘hora de Europa’*–, podría darme datos de nuestro contrato, pagos, etc. Cuando iba a preguntarme de qué Compañía llamaba añadí en un tono terminante que,

–Aunque Robert está en Budapest, por cierto, ¿ha vuelto ya de Siófok?... bueno, da igual, lo que quería decir es que no se le debe molestar con este asunto, por favor.

Y, como con eso ya identificaba la compañía, el chico se quedó de lo más conforme.

Le di mi nombre –Linda McEnroe, le dije– me dio el suyo –Lajos– y quedamos en que estaría preparado para responder sin dilaciones al día siguiente a esa misma hora.

Con una bolsa que contenía la poca ropa utilizable que encontré por el caserón y un cepillo de dientes nuevo, me fui a dedo a Veszprém, confiada en que cualquier varón estaría encantado de subir en su coche a una autostopista rubia.

Me llevó una señora muy respetable, puede que para sacarme de la carretera y, de esa manera, evitarle tentaciones a los varones que viniesen después.

Estaba convencida de que en la tienda de coches de segunda mano de la calle Bolgár Mihály, habría algo de mi me-

dida. Al fin y al cabo la florida primavera –y la llegada de turistas– ayuda al optimismo y anima a cambiar de coche. Y además, yo sabía bien cómo entrarle a Sándor, el vendedor, que era otro de los aficionados a la poesía épica de Elie.

Y, efectivamente, un precioso descapotable biplaza, un Porsche Boxster en verde oscuro del modelo de hacía dos años, me estaba esperando en el escaparate.

Tenía el techo rígido opcional, pero podía valerme. Nada más echarle el ojo se me ocurrió en qué parte de mi trastero dejaría el techo.

Ya me veía yo recorriendo Europa con la capota recogida y luciendo mi palmito a los cuatro vientos.

Sin embargo, desde un rincón del aparcamiento me guiñó un faro un cacharro con el que yo no había contado: era una furgoneta-vivienda, una camper de marca Mercedes Viano Marco Polo por la que pedían 29 985 €. Al lado había otra, una Volkswagen California, pero ya que me iba a dar un gustazo, no me iba a quedar a mitad de camino de hacerlo bien: los ojos se me quedaron pegados a la Mercedes y no intenté llevarles la contraria.

Tenía un comedorcito/despacho bastante cómodo, una cama bastante amplia e, incluso, un techo que se podía elevar para estar de pie en el interior. En gris plateado, era una autocaravana pequeña y bastante discreta, que me resolvía transporte y alojamiento de un plumazo. No tenía ducha (interior) en origen, pero el anterior dueño había adaptado una ducha plegable al techo elevado y, con unas

cortinas plásticas y un desagüe en el suelo había dejado el camper como muy resuelto. No era una auténtica autocaravana, pero yo tampoco era una familia con niños, bicicletas y osos de peluche.

Había sido un flechazo y no había que darle más vueltas. Y además era mi cumpleaños.

Me atendió el propio Sándor, siempre tan positivo como que te pille una granizada en un puerto de montaña y tan alegre como una factura a mediados de mes.

Me dio lástima, una lástima que sentí incluso de mí mismo, de cuando yo era Elie y él y yo, juntos, leíamos sus poemas y los míos y nos estrujábamos después las cansadas neuronas para encontrar elogios a los versos del compañero.

Pero ahora yo era Edit y estaba en mi mano alegrarle el día.

Coqueteé con él un ratito, dejé que me enseñara el camper y que me recitara la ficha que ya había leído yo nada más llegar para, cuando llegamos a la parte seria de la transacción, empezar a pisar fuerte.

Desde luego, era un inconveniente que fuera ya tan tarde y que no se pudiera hacer todo el papeleo ese mismo día, pero...

—Estoy segura de que algo se podrá hacer. Además, mi hermano *Elie* me dijo... —parpadeo— que usted me atendería de la mejor manera posible.

—¿Elie?

—Sí: Elie Harsányi.

–¿Es usted su hermana?

–Me temo que sí, bueno, hermanastra, aunque no es algo de lo que le guste alardear, es un asunto un poco delicado –le estaba hablando casi al oído– y, desde que dejé el convento, más aun.

–No me había dicho nada –mi proximidad, era previsible, le había puesto un poco nervioso.

–Lo sé, pero ahora ya no tiene más remedio que hacerlo público, porque me he venido a vivir a Balatonfüred con él. Además le voy a cuidar la casa mientras él está en París: se ha tenido que ir a resolver la herencia de un familiar lejano.

–No me había dicho nada –pobre Sándor: se repite.

–Ha sido esta misma mañana.

–Sí, porque ayer no sabía nada.

–Y, por cierto, me comentó que su poema, uno que hablaba de flores pisadas por un caballo...

–Sí, se lo leí anoche.

–Pues por lo visto le gustó especialmente. Cuando dije que me iba a comprar un coche me habló de esta tienda y me insistió en que, si lo tenía a mano, me lo dejara leer.

La cara de Sándor sí que era un poema: el pobre no tenía ninguna copia en el trabajo, ¡para una vez que le sale una interesada lectora!, aunque me prometió que me dejaría una copia en casa esa misma noche, al igual que haría el lunes con los papeles definitivos de la furgoneta que, por supuesto, me podía llevar en ese mismo momento, ¡faltaría más!, con una documentación provisional en la

que figuraba a nombre de la tienda pero con una autorización para utilizarla, a prueba, todo el tiempo que quisiese.

Cuando se dio cuenta de que estaba rematando la venta del modelo más grande de su negocio y que estaba cobrando en efectivo con una fila de fajos de billetes sobre la mesa, el poema de su cara estuvo a punto de renegar de la épica tradicional húngara para convertirse en un soneto afrancesado de canto al éxtasis que se siente ante la contemplación de la mujer amada.

Bueno, ya tenía coche, un maletín lleno de dinero y toda Europa esperando que yo pasara por allí a preguntar quién estaba falsificando procesadores.

Porque la ecuación tenía muy pocas variables: en el fondo era un problema sencillo, ya que poquísima gente tenía la capacidad necesaria para cometer ese delito.

Para fabricar en ciertas cantidades una cucarachita de esas hace falta una instalación costosísima de construir y mucho más cara de mantener. Sólo con los requisitos de higiene que hay que cumplir en la planta, se convierte el lugar en un bunker mucho más sofisticado que un refugio nuclear.

Un ejemplo: en un refugio nuclear se pueden permitir que entren unas determinadas cantidades de contaminaciones externas. El Plutonio, el Talio, y demás familia son extremadamente venenosos, pero por debajo de unas determinadas dosis no producen ni siquiera un salpullido.

Una concentración de una parte de cada mil millones no suele ser ni siquiera preocupante. Las pruebas nucleares en la superficie de Nevada, Siberia y Mururoa dejaron mucho más que eso esparcido por todo el planeta sin que la gente se diera por agredida –salvo que los periódicos diesen la alarma, pues entonces había personas que aseguraban sentirse muy mal–.

Sin embargo, en la industria del silicio se manejan, cada día, niveles de pureza de diez partes en cada millón de millones de millones de millones. Es decir: no se admite más de un átomo equivocado por cada 10^{23} de los correctos (que sí: uno de entre diez elevado a veintitrés).

Y mantener un laboratorio, a veces un edificio entero, en el que no haya ni una sola mota de polvo –ni de caspa, ni un solo virus ni bacteria– es algo... complicado.

Y alguien con una instalación así, y que se arriesgue a hacer trampas... muy pocos. Los grandes de ninguna manera, pues están muy burocratizados y vigilados; y se juegan demasiado. Además, ellos ya venden los procesadores legítimos ¿tiene sentido que, además, fabriquen los falsos y los hagan mejores que los auténticos?

Se me metió en la cabeza que se trataba de un laboratorio que tuviera problemas de financiación –esa era siempre una buena excusa para meterse en líos y, por lo tanto, una posible premisa de trabajo para mí–, y un laboratorio así era más probable encontrarlo en los países del este de Europa que en otra parte.

Incidentalmente, eso podía justificar el extrañísimo hecho de no encontrar chinos en el asunto: están por todas partes, y más si hay trucos de por medio, pero no estaban metidos en este chanchullo –bueno, si me fiaba de las estadísticas que me habían pasado–. Pero es que las fábricas chinas no tienen ningún problema de financiación.

Y, desde luego, hay alguien que tiene las bases teóricas para hacer ese trabajo y que padece unos crónicos problemas de financiación: cualquier universidad que intente cultivar ese nuevo arcano, difícil de clasificar como física o como química, y que llaman Tecnología del Silicio.

A todo esto, yo iba conduciendo con soltura hacia Budapest, pero, quizá al pensar en química o al ver tanta agua al pasar junto al Valencei-to –más pequeño que el lago Balaton, pero enorme de todas formas–, el caso es que me acordé de parar en una gasolinera, para llenar el depósito de agua y comprar líquidos para el retrete químico.

Llegué a Budapest al anochecer y terminé aparcando junto a la residencia de estudiantes Schönherz Zoltán, donde contaba con pegar hebra con alguno que me contase quién era quién desde el punto de vista de las tecnologías del silicio, en esos tiempos, en la universidad de Budapest.

Hacía muchos años que no iba por ese barrio y, para mí, fue toda una evocación de mis años jóvenes. Un barrio del que Elie tenía recuerdos emocionales que databan de treinta años atrás, de la época de la Hungría socialista, de antes

de que Edit pudiese haber nacido, un barrio en el que algunas esquinas seguían iguales pero del que otras referencias habían sido eliminadas en un desaprensivo ataque a mi memoria... bueno, a la de Elie.

Adiós Elie.

Resultó que los tugurios de moda estaban ahora en el lugar más insospechado: en la desangelada calle de Prielle Kornélia, en la zona industrial del lado suroeste de la universidad.

Era candoroso.

Llegué allí por el sencillo método de seguir a los estudiantes que más cara de juega llevaban. Si salían cargados de apuntes y con gesto resignado, me daba igual a dónde fuesen, pero si salían dando saltos, haciéndose bromas unos a otros y con la ansiedad en la mirada... yo detrás.

Y el lugar, ya lo he dicho, era candoroso: todo muy rebelde, alguna foto del Che Guevara, algún pañuelo palestino, bastante tatuaje, poca luz, poco humo, música de fusión, jazz y rock en una secuencia poco meditada, bebidas en copas muy altas con más hielo que líquido –mi Coin-treau parecía bueno al principio, pero acababa aguado– y un barullo general en el que cualquiera podía entablar conversación con quien quisiese, a condición de hacerlo a gritos.

Los que hablaban en jerga técnica eran un par de vein-tañeros a los que no me costó arrimarme en cuanto les hi-

ce un comentario que les dejó claro que, pese a mis medidas de 90-60-90 –más o menos– y mi cara bonita, sabía más que ellos de las ecuaciones de los transistores JFET y de los perniciosos efectos de las corrientes de fuga superficiales.

–Oye, Edit.

–Dime, escritor.

–*Todavía no has dicho por qué sabes tanto de electrónica.*

–*Bueno, es que en mi familia había que estudiar algo y estudié ingeniería electrónica, en Budapest precisamente, para que a nadie se le ocurriese que podía dedicarme al negocio familiar de criar ovejas. Hasta que pude acceder a los ahorros que mi familia había guardado en Suiza y me obsesioné con la poesía épica, trabajé diseñando circuitería y algunas veces hacía trabajos relacionados con todo ello para quien me contratase.*

–*Vaya: entonces es muy cierto que sabes de lo que hablas.*

–*Menos de lo que parece, porque lo que aprendí fue en la Hungría comunista y no estábamos muy al día de los últimos avances. A cambio, tengo muy buena base teórica, no como estos, que saben montar un circuito muy complejo a condición de que otros hagan los diseños y los cálculos.*

–*Vale, pues duro con ellos.*

Eran un norteamericano de origen húngaro y un húngaro de lo más auténtico, con el chiste anexo de que los dos

se llamaban Esteban, pero uno de ellos en inglés y el otro en húngaro –Stephen e István, respectivamente–. Me encapriché del gringo, que era de ésos para los que el mundo consta, por un lado, de los Estados Unidos y, por el otro, de esos países exóticos que están donde están con el único fin de proporcionar unas vacaciones interesantes a los gringos cuando éstos creen que las necesitan.

Tenía una mirada que era interesante e incisiva pero que era, tan solo, una mirada. Es decir, no sabía mirar más que de esa única manera. Sus ojos azul claro, su pelo rubio, sus mejillas recién rasuradas, su mandíbula juvenilmente angulosa, su hoyuelo en la barbilla, su sonrisa de anuncio de un dentífrico repipi... todo hablaba de un ejemplar destinado a una norteamericanita aun más rubia que yo y con mirada angelical.

Su musculatura la había desarrollado de una manera natural, es decir, jugando al baseball. Su demostración de lo depurado de su estilo lanzando la bola al bateador contrario –ahí achicó un poco más los ojos para demostrar tensión extrema– acabó con la mayor parte de su bebida y dos de los cubitos de hielo en mitad del corro de chavalas que había detrás de él y, más concretamente, con uno de los cubitos en un escote. Tenía que haberme llamado la atención el que no intentase ligar con ellas y unir los dos grupos, pero lo consideraré un halago alrededor de la suposición de que conmigo tenían suficiente para ellos dos. ¿Me esperaba una noche de descubrimientos?

En el otro muchacho no me fijé mucho: moreno, delcaddillo, callado.

Y como además invité a un par de rondas –les dije que era mi cumpleaños, pero me negué a confesar el año de mi nacimiento–, se me pegaron como lapas y, con tal de no despegarse, hablaban de lo que fuese.

Y ‘*lo que fuese*’ fue una aburrida conversación sobre la habitual fauna profesoral de su Escuela.

No habían tenido mucha suerte o, mejor dicho, habían tenido mucha suerte, pero casi toda ella había sido *mala* suerte. En el marcado instinto capitalista de los húngaros –todavía demasiado recientemente renacido–, la vocación por la mal pagada enseñanza estaba muchos niveles de prioridad por debajo de cualquier oferta de trabajo que se pagase en dólares o, mejor aun, en euros. En ese entorno, el grito de guerra era ‘el que vale, ¡vale! y, el que no... se queda en la Universidad’.

Lo más presentable de lo que quedaba podría ser un catedrático, de nombre Bandi, que se empeñaba en que le concediesen subvenciones de la Unión Europea y que no hacía más que ir de congreso en congreso intentando reclutar donantes y colaboraciones de todo tipo para montar un Centro de Diseño del Silicio con tecnología local. Bueno, puede que ese cátedro estuviera enterado de algo.

La noche no parecía que pudiese dar más de sí, al menos desde el punto de vista del caso, por lo que puse cara de cansada y les dije que si no les apetecía pasear. Como su presupuesto no daba para más rondas sin mi colabora-

ción, se vinieron conmigo... hasta la puerta de la Mercedes.

—¿Es éste tu coche? —preguntaba el moreno.

—Sí majos, incluso es mi dormitorio.

—¿Tu dormitorio? —el rubio, como buen gringo, consideraba que era una respuesta suficientemente inteligente el repetir lo último que se hubiera dicho en su presencia.

—Sí, aquí duermo... a no ser que alguien —puse cara de nenita desvalida— me invite a un sitio más divertido.

Fue un error decir eso.

Un rotundo error.

Lo que sea que contestasen no se entendió porque lo dijeron en un balbuceo nervioso justo antes de despedirse apresuradamente y salir derechos hacia el alto edificio de la Residencia de estudiantes... ¡cogidos de la mano!

¡Maldita sea mi estampa! Por eso me los habían dejado para mí sola esas zorras pese al cubito de hielo en el escote. Y por eso habíamos dado vueltas y más vueltas al corro que formábamos los tres en el bar de copas: resulta que yo me había pasado la noche acercándome a Stephen, Stephen acercándose a István, e István acercándose a mí —supongo que porque había poco sitio: en el local sólo quedaba el hueco que acababa yo de dejar para arrimarme a Stephen y en algún lado se tenía que poner el pobre István—.

Bueno, los dos son historia, no voy a llorar por una cosa así. Yo ahora a dormir. Adiós István, adiós Stephen. Viviendo en un sitio tan turístico como el lago Balaton, es inevitable entender algo de camping y, como una de mis

escasas novias trabajó en la administración del camping de Balatonfüred, yo ya sabía algo de cómo funciona una tienda de campaña, una caravana o una autocaravana... en teoría.

De ahí a montar la cama a la primera hay una distancia.

–Oye, escritor.

–Dime.

–Me podías haber pensado un poco más manitas.

–Eres como eres y tienes tu propia responsabilidad y autonomía: eso forma parte de la lógica del mundo de ficción.

–Te estás quedando conmigo.

–No, y te has metido tú solita en este lío. Yo te había imaginado conduciendo ese deportivo descapotable y durmiendo en hoteles.

–Pues a ver cómo salimos de ésta.

–Tranquila, el cátedro ese que te han dicho, no creo que madrugue, así es que tómatelo con calma.

Vale, me tomé mi tiempo para montar la cama. Resultó que no era tan complicado en cuanto se quitaban los reposacabezas.

–Oye, escritor.

–Dime.

–¿Cómo te llamas?

–De momento, preferiría no decírtelo.

–¿Y eso?

*–Es que si te digo quién soy antes de terminar este asunto,
es posible que ello influyese en nuestra relación.*

–Vaaale... ¿Macho o hembra?

–Dejémoslo en la ambigüedad, al menos de momento.

La distribución general de la furgoneta, desde delante hacia atrás, era una cabina delantera con dos asientos, conductor y copiloto, que eran giratorios para quedarse mirando a la mesa –plegable–, al otro lado de la cual había otros dos asientos, con sus cinturones y todo –para ser homologado como un vehículo de cuatro plazas–. Esos últimos asientos podían tumbarse completamente y, con una colchoneta que ocupaba el último tercio de la furgoneta, formaban, al menos teóricamente, mi cama.

A babor, había una encimera que escondía la cocina de dos fuegos, el lavabo, neverita y armarios en todos los rincones imaginables.

La posición de día era con los asientos traseros erguidos y la mesa desplegada y la posición de noche era con la mesa plegada, los asientos traseros tumbados y los dos tercios traseros de la furgoneta convertidos en cama.

Mal que bien, terminé extendiendo los dos asientos traseros, preparando la parte de atrás del colchón y disfrutando de la visión de una cama de dos metros de largo y metro y pico de ancho. Suficiente y reparador para un jueves tan lleno de novedades y nuevas experiencias... hasta que me acordé de que no había cenado nada sólido y que

el retrete químico había quedado en alguna parte, quizá debajo del colchón.

Tardé en encontrar una gasolinera abierta en la que me vendiesen unos bocadillos plastificados –en compensación de lo horrendo del menú, los lavabos estaban recién pasados a limpio–.

No había inconveniente alguno para quedarme aparcada en la propia estación de servicio, por lo que podría haber dormido a pierna suelta –sin preocuparme de si una chica sola como yo estaba durmiendo en un lugar demasiado solitario–... si no fuese por el camión refrigerado rumano aparcado al lado y que encendía el ruidoso compresor, de gasoil –lo que enfriaba la cámara frigorífica–, cada pocos minutos a unos palmos de mi oreja, a todo lo largo y ancho de la noche.

Soñé con ejércitos invasores que arrasaban Rumanía destruyendo todos sus camiones y haciendo prisioneros a todos los camioneros para, según avanzaba la velada, torturarlos de variadas formas, incluso leyéndoles la totalidad de mis poemas –de Elie– una y otra vez.

Me levanté poco descansada, pero decidí ser optimista el resto de mi existencia, y achaqué la mala noche a ser un cuerpo desconocido tratando de acostumbrarse a una cama desconocida.

Desayuné en la cafetería de la estación de servicio, maldije al camionero rumano en todos los idiomas que recordé, y me fui en busca de una ropa apropiada para entrevistar al cátedro enteradillo.

El pavo

Decía no sé quién que *'la Suerte favorece al espíritu atento'*. También he oído alguna vez que *'la Suerte es una buena preparación, en traje de caza, atenta al paso de cualquier oportunidad'*.

Mi traje de caza de ese día me lo tuve que comprar antes de ir a la Universidad, pues hasta ese punto vestía ropa de Elie más o menos aprovechable y algún trapo que quedaba en casa de alguna novia que pasó allí más tiempo de lo normal y que se fue más deprisa de lo previsto dejándose algo en la lavadora.

No puedo dejar de recordar la compra de esa ropa, porque el aparcamiento del centro comercial era bastante bajo, y un hierrito que sobresalía ¡ilegalmente! de un conducto de aire acondicionado tuvo a bien hacerme un feo arañazo en el techo de la furgoneta, que no es tan alta como para merecerse un trato así. ¡Mierda!

Total, que me presenté a la entrevista a media mañana, vestida en tonos pastel con una camisa rosa decentita y un

pantalón azul cielo de tejido flexible, como de toalla, que parecía una ropa barata y no muy pretenciosa, pero que resaltaba cada uno de mis bultos de cintura para abajo y, de cintura para arriba... bueno, los botones de la camisa dan siempre mucho juego.

El catedrático, el tal Bandi, era algo más joven de lo que me esperaba y mucho más feo de lo necesario. Calvo como una bola de billar, el círculo parecía la forma geométrica preferida por quien le diseñó: mofletes, papada, ojillos, michelines, manos, dedos: todo en él eran redondeces.

Mi entrada fue un exitazo presentándome como avanzadilla de una sociedad de capital-riesgo que buscaba, dentro de la Unión Europea, destinatarios para sus inversiones y muy interesada en el mercado del silicio, y más en particular en la formación de un tejido industrial de alta tecnología. ‘*¿Sabe usted algo de a quién podría interesarle formar parte de un proyecto de...?*’. No me dejó terminar la pregunta y me empezó a apabullar con sus proyectos, sus deseos, sus aspiraciones, sus ilusiones y sus ocurrencias.

El hombre, la verdad, hasta ese día se lo había trabajado y me daba un poco de lástima utilizar sus lícitas ilusiones en mi provecho o, al menos, me dio lástima hasta que sus miradas a mi escote empezaron a ser más y más descaradas. En ese momento me puse a jugar con el siguiente botón, a darle vueltas y más vueltas entre mis dedos y dejarle imaginar qué nuevos paisajes quedarían a su alcance si se me desabrochaba en un descuido.

Y a partir de ahí cantó durante una hora sin encontrar ninguna razón para refrenar su lengua. Contestó a cualquier pregunta que yo le hice, aunque no tuviera ninguna relación con una sociedad de capital-riesgo que buscaba, dentro de la Unión Europea, lo que fuera que buscara, ¡a quién le importa!

Al parecer, él no tenía acceso a maquinaria adecuada para la producción de nada más complejo que cucarachitas de unos cientos de transistores, y lo siguió reconociendo, con pesar, aunque le dejé entender que si no podía fabricar a lo grande no nos interesaría mucho, pero me resaltó a cambio que, en su simplicidad, calculaban perfectamente sus características y que podía trabajar tanto en diseños PNP, NPN, FET, JFET, MOS y MOS-FET, de lo cual me enseñó abundantes prototipos. Y no, sus diseños no eran especialmente frugales en el consumo de energía y, por lo tanto, se calentaban como cualquiera.

Yo estaba convencida –de momento, aunque estaba dispuesta a revisar esa conclusión a lo largo de la investigación– de que lo que buscaba no era tanto alguien capaz de diseñar una cucaracha como una instalación capaz de fabricarla. Si alguien hace un diseño especialmente bueno, lo patenta y hace toda la publicidad posible para venderlo bien. No sé de nadie que tenga un diseño brillante y se dedique a fabricarlo a escondidas y a comercializarlo a bajo precio. Una de mis premisas de trabajo era que se trataba de un diseño robado a alguien y fabricado en series limitadas por quien disponía de una pequeña fábrica... co-

mo era el caso de algunos de los laboratorios de las universidades.

Por eso Bandi no me estaba impresionando lo más mínimo con la calidad de sus desarrollos teóricos.

Pero, si se le preguntaba de quién tenía envidia –dejándole entender que eran colegas suyos que dejaban de ser interesantes para mi sociedad de inversión, ya que les sobraba el dinero–, casi se le saltaban las lágrimas al mencionar a sus colegas de Viena, de Munich, Düsseldorf, París y Madrid. Todos ellos, gracias a generosas subvenciones de la industria, disponían de instalaciones que darían envidia a la propia Intel –según Bandi– y, para colmo, ¡comerciaban! –lo cual era pecado para este vocacional catedrático ex-socialista o, al menos, lo era el que los demás comerciasen y él no–.

Por ahí vino la pista más curiosa:

–Y ¿sabe usted, señorita? Utilizan las redes comerciales de sus mecenas para distribuir su producción, fuera del control de los canales habituales.

–¿Me está diciendo que los bancos venden circuitos integrados?

–No me extrañaría, pero lo que yo me he encontrado... –ahí se azoró de forma clara– verá, señorita, es que asesoro a varias entidades, ¡públicas, por supuesto! –privadas, seguro que eran privadas, Bandi ¡pillín!– sobre sus desarrollos electrónicos, y es que me han propuesto componentes, y a buen precio, entidades como la Wien Chemical, que subvenciona el laboratorio de la Dra. Harter, o los cer-

veceros que subvencionan a Klaus –se refería a su colega-competidor de Munich–. Si hasta me han llegado ofertas, las navidades pasadas, que mezclaban regalos de cajas de botellas de Tokaj por la compra de sus chips. ¡El colmo!

En otras palabras, que la investigación de los patrocinadores de la lista de laboratorios podía dar bonitos frutos, o al menos sabrosos resultados.

Me costó sólo un botón el que me diera la lista completa, pero terminó siendo una detallada enumeración de laboratorios universitarios en Viena, Munich, Düsseldorf, París y Madrid, con anotaciones de sus principales donantes. Todos ellos habían dejado de tener problemas de presupuesto en los últimos años lo cual, según mi planteamiento inicial, podía ser debido a que estaban vendiendo cosas interesantes.

Me extrañó que no mencionase a nadie más allá del Canal de la Mancha, pero me dio una buena razón: *‘Esos sólo se hablan con los americanos’*. Sí, podía ser.

La entrevista ya había terminado, ya era casi la hora de comer, y el bueno de Bandi insistió en que lo hiciésemos juntos –comer–, pero yo no estaba por la labor, tanto porque era muy feo como porque no había más información que sacarle. Afortunadamente, en ese momento sonó el teléfono –sólo podía ser Bob– y le contesté en húngaro con un cariñoso *‘Oh, cielo, ya voy para casa, ve calentando la comida’* que terminó de desanimar a Bandi, me permitió despedirme de él con ligereza sin soltar el teléfono del oído y no me comprometía a nada con Bob que, como norteamer-

ricano típico, no estaba bien dotado para los idiomas y no había entendido una sola palabra de lo que había dicho.

–¿Qué estás diciendo?, soy Robert.

–Hola Bob –le contesté, en este caso en inglés, una vez fuera del despacho del catedrático–, es que me estaba despidiendo de un informador húngaro.

–Oye, que si estás en Budapest podíamos comer juntos.

La verdad es que, tras dos horas de soportar la voz atiplada de Bandi –y de descubrir, al salir, las miradas de odio de dos alumnos que, en la puerta de su despacho, tenían cara de estar esperando desde hacía décadas– la voz de bajo de Bob era una agradable variación, pero lo que no parecía ser en absoluto diferente eran las razones profundas del capricho de comer conmigo.

No me apetecía. Quizá porque había dormido mal y tenía miedo de que si veía una cama de cerca me iba a quedar seca nada más establecer contacto con ella.

–Una pena, porque estoy en Salzburgo.

–Y ¿qué haces en Salzburgo?

–Visitar el palacio de Hellbrunn. ¿Conoces los jardines?

–Pues no. ¿Hay allí informadores húngaros?

–Algún día te traeré. ¿Querías hablar de algo en concreto?

–Bueno, saber cómo llevas la investigación –ahí se le notó un poco inseguro... confirmado: era una excusa.

–Oye, vaquero, llevo 24 horas en esto. ¿Tenías esperanzas de que te diera ya los resultados?

–Quién sabe. ¿Has avanzado algo?

–Es posible que los que buscas sean algunos de una lista que llevo en el maletín, pero hasta que no sepa cuáles en concreto, la lista no te sirve de nada.

–¿Tiene muchos nombres?

–Una docena.

–Podríamos investigar nosotros una parte de la lista.

–Mira, si quieres me das ya el millón y yo te doy la lista, pero es mejor que quien investigue siga siendo yo y quien me dé la lata sigas siendo tú: cada uno en su papel, que si yo me dedico a hacerte perder el tiempo y tú a investigar, es probable que salga peor. ¿No crees?

Lo siento: es que me había puesto en el disparadero, y ya estaba yo, al menos oficialmente, cabreada con sus presiones fuera de plazo, así es que pilló la indirecta, agachó las rojas orejas –estoy segura de que, al otro lado de la comunicación, es lo que hizo– y me dijo que se volvía a América y que me llamaría en unos días.

El trasfondo de todo ello, estaba igual de segura que respecto a sus movimientos de orejas, era que quería charlar conmigo y que lo de preguntarme que qué tal iba la investigación era una mala excusa pero, para la próxima vez, Bob ya sabía que, para comer conmigo, se tenía que trabajar mejor las excusas. Bueno, quizá no hacía falta que llegase a 100 000 € por comida como el día anterior, pero tampoco tan a lo tonto como lo había intentado esta vez.

Me quedé a gusto parando los pies a Bandi y a Bob pero, para cuando se me pasó el calentón, me encontré con que tenía que comer en alguna parte, y que no me atrevía

a comer en ningún restaurante de Budapest por si me encontraba con cualquiera de los varoniles conversadores que había conocido en las últimas 24 horas.

Es que me reventaba que fueran tan poco imaginativos a la hora de ligar conmigo.

Bueno, tenía que comer y mi siguiente cita era en Viena, por lo que me subí a la Mercedes y enfilé la carretera de Győr, donde comí tarde –pero comí bien y, sobre todo, comí sola– y llegué a Viena en plena efervescencia de viernes de aquella soleada primavera y todavía con tiempo de ir de tiendas.

No tenía ningún sentido intentar localizar a nadie en la universidad un viernes tarde ni, por más razones incluso, en la empresa química que les subvencionaba sus investigaciones, así es que me busqué otras actividades en las que afilar las garras para desquitarme.

Volví a hacer mi papel de financiera tejana y llamé preguntando por el chiquito que me había atendido el día anterior, acepté que me atendiera su jefe –¡bien!, ese jefe pensaría que Lajos me habría identificado cuidadosamente y no me molestaría con interrogatorios antes de darme la información que buscaba– y pasé a pedir los detalles –fecha y número de la factura y dirección de cargo ‘aquí en San Antonio, supongo’; ni siquiera les pregunté la cantidad por si eso era lo más confidencial para un financiero– del último pago que ‘mi empresa’ les había hecho, cosa que contestaron sin discutir, dándome, entre otros detalles, la

dirección de San Antonio, Texas, a la que habían enviado la factura. En ningún momento mencionó el nombre de la empresa, pero en esa dirección ya averiguaría yo quién trabajaba.

Me dediqué por Viena a hacer la compra y rellenar bien los armarios de la furgoneta. Comida para varios días, cacharros para cocinarlos, platos, vasos y cubiertos de usar y tirar –fregar nunca había sido mi vocación y convertirme en mujer no había cambiado para nada ese rasgo de mi personalidad–, una bombona de gas –me habían vendido la furgoneta con una bombona conectada en la cocina y el calentador de la ducha, pero no parecía muy llena–, sábanas –la medida la elegí a ojo y la cama resultó después que era más pequeña de lo que imaginé en la tienda, por lo que esas sábanas me hacían arrugas constantemente–, y algo más de ropa, puesto que los cuatro trapos femeninos que había en casa, y lo poco que había comprado esa mañana –¡maldito arañazo!– no me parecían suficientes para una lista de visitas como la que me había dado Bandi.

Calcular la talla de la cama era complicado, pero calcular la mía era una pesadilla; por suerte nadie se sorprendía de que me probara trapos y más trapos.

Por suerte, también, Viena estaba espléndida y los alrededores de la catedral eran terreno fértil para sembrar cualquier tipo de comercio de lujo, que en primavera arraigaba y florecía con fuerza para ya nunca marchitarse.

Sólo había estado en una ocasión allí. Yo no había vuelto a Viena desde aquella primera vez que había viajado fuera de Hungría, nada más caer el Telón de Acero. Habíamos ido mi madre y yo, en el pestoso Trabant familiar, a comprobar que los coches capitalistas eran infinitamente mejores –y más abundantes–, que en las tiendas había de todo, que no había colas... y que no podíamos comprar nada porque todo era carísimo. Un tiempo después pudimos recuperar la fortuna familiar, a la caída del comunismo, pero para entonces ya estaba yo metido en versos y no volví a Viena nunca más.

Aquel fin de semana fue para mí un momento de venganza y mi maletín, cargado de euros, un martillo de herejes.

Esta vez hubo pocas tiendas en las que no sacase a relucir mi poderío financiero. Al final iba derrengada por los bultos y por el peso, sobre todo de la comida y de la bombona azul de gas que había comprado muy al principio. Aun así y todo, me paré en una máquina de hacer tarjetas de visita y me hice unas bastante aparentes, en las que hasta pude dibujarme un anagrama minimalista pero aceptable.

Cuando volví a recuperar mi furgoneta me encontré con una educada multa cuidadosamente puesta en mi parabrisas dentro de una bolsita de plástico –pese a que nadie podía esperar que lloviese próximamente–. Guardé la multa como recuerdo, me fui a aparcar a otra parte y me dediqué

a estibar el contenido de las bolsas de la compra en los distintos armarios de mi hogar ambulante.

Para mi sorpresa, entró todo en los armarios.

La ducha era un poco liosa –había que desplegar el techo elevable, colgar una especie de enorme bolsa de plástico en el centro, conectarle el grifo del lavabo y ducharse dentro de ella.

Esperé que el agua formara un reguero discreto por el borde de la acera hasta la siguiente alcantarilla sin escandalizar a nadie, porque la ducha estaba instalada sin conectarla al depósito de aguas grises que recogía lo que salía del lavabo y, por lo tanto, era lo único que desagüaba a la calle.

Fue un placer estar en mitad de Viena y tener mi propio mundo, mi parcela privada. Bajé el techo para mayor discreción y me dispuse a comprobar que lo de dormir mal era sólo debido a extrañar el colchón.

Bueno, los ruidos de la calle Erlachgasse, casi en la esquina con la Laxenburguer-Bundesstraße, no eran iguales que los de mi casa de la calle Kósa Pál –allí, con el cementerio enfrente, por las noches no se oían ni grillos–. Pero me acostumbraría.

Soñé con el muñeco de Michelin que, por alguna razón, me perseguía por las calles y no me dejaba entrar en las tiendas.

La leona

A lo largo del fin de semana hice excursiones a los alrededores, aparqué la furgoneta más cerca de la Universidad, y el lunes amanecí en la Helferstorferstraße, fresca como una lechuga –efectivamente, era cosa de acostumbrarme a la cama– me vestí de la manera más formal posible asumiendo que las armas a utilizar con una doctora no son las mismas que con un doctor, es decir que me puse un traje de chaqueta y falda negras sobre una camisa de seda salvaje gris, un lacito de terciopelo plateado cerrando el cuello y unas medias perla. Mi corto pelo no necesitó más que un toque de fijador para dejarme unas crestitas estratégicamente posicionadas para parecer informales y dejar mi imagen a mitad de camino entre la juventud y empuje de alguien con imaginación y la rancia ortodoxia de una experimentada consultora que viajaba en representación de los inversores en tecnología a los que se supone que volvía a servir de punta de lanza.

La universidad de Viena, con todo su pedigrí, antigüedad y presupuesto, resultaba enormemente más compleja que la de Budapest.

Por lo que me había confesado Bandi, la Doctora Harter, Monika Harter, tenía su guarida en el Servicio de Investigación y Relaciones Internacionales. Bien: un departamento perfectamente compatible con mis sospechas.

Pero estuve a punto de perder la mañana, dado que no tenía cita con la Doctora Harter y su secretaria, atractiva pero más bien teutona, no tenía la flexibilidad suficiente para hacer una excepción a las normas y permitir que pasase siquiera cinco minutos a hablar con la jefa.

Pero yo no tenía otra cosa que hacer esa mañana y, con educación pero defendiéndome como gata panza arriba, seguía en el antedespacho de la Doctora cuando ésta, para despedir a una visita, salió de su castillo inexpugnable y quedó a mi alcance durante unos breves segundos.

Ya lo dije: La Suerte, ésa que acecha el paso de cualquier oportunidad, siempre favorece al espíritu atento.

La visita a la que acompañaba era un caballero bastante mayorcito, que ya no tendría oportunidad de volver a cumplir los sesenta y, por lo demás, una versión algo más delgada de Bandi y mucho menos repulsivo a la vista. En lo demás era como él, pero castigado por los años. Se estaban despidiendo en inglés, con el visitante mostrando un acento bastante malo, como quien nunca ha llegado a dominar el idioma y, por la tendencia de su mirada a perderse por los rincones y la de su lengua a quedarse quieta a

mitad de una sílaba mientras jugaba compulsivamente con un bolígrafo, era bien posible que fuese un despistado que incluso en su idioma natal se expresase con dificultad.

El visitante, medio tartajeando, estaba diciendo que esperaba que en el futuro encontrasen nuevas vías de colaboración... una fórmula educada y válida para todo tipo de despedidas, pero que la Doctora Harter cortó con un seco '*Adiós, buen viaje*' pronunciado en español mientras le cogía el bolígrafo que, por la nula resistencia que ofreció el despedido ante el expolio, debía ser de la doctora.

Interesantísimo.

La lista de Bandi hablaba de un laboratorio en España, regentado por un ingeniero de telecomunicaciones, un tal Señor Sanz apadrinado por unos grandes almacenes y por unos cosecheros españoles de vinos de calidad.

En un instante tuve que decidir entre seguir al supuesto Señor Sanz o jugar mi carta ante la Doctora Harter. Me decidí por ella, porque si salía detrás del otro había infinitas posibilidades de que no fuera él o de que no fuera el mejor momento para hablar de nada y, en cualquier caso, estaba en mi agenda para unos días después. Pero si perdía esa oportunidad con la Doctora Harter, su secretaria – que, según el cartelito de metacrilato de su mesa, se llamaba Ruth Goering, ¡vaya nombrecito!– me pondría en la agenda para después del verano, como muy pronto.

–¿Doctora Harter? –llamé su atención en alemán, educada pero entusiásticamente– Me preguntaba si tendría un momento...

No tuve que luchar con la secretaria ni responder a un interrogatorio exhaustivo acerca de mis intenciones, simplemente me miró de arriba abajo y dijo...

–Adelante, pase usted.

–Pero Monika...

Me llamó mucho la atención ese '*Pero Monika*' de la secretaria. Primero, porque se permitiera tutear alguien a quien, hasta ese instante, se había referido siempre con un hipereducado '*La Doctora Harter*'. Pero además estaba el tono: lo había dicho en un tono con claras connotaciones de ansiedad, de angustia. No era un '*Pero Monika*' que precediese a algo como '*La agenda del día está muy cargada y ahora tienes que llamar a...*'. No, en ese '*Pero Monika*' había algo personal.

A no ser que la relación entre Ruth y su agenda fuera de algún tipo de fetichismo o estuviese cargada de superstición.

El caso es que yo pasé. Dejando algún interrogante en la antesala, pero pasé.

Y detrás de mí se cerró una pesada y maciza puerta de roble, a juego con un despacho clásico, decorado con gustos antiguos, colores oscuros, con todo el aspecto de haber sido heredado por Monika de sus antecesores en el cargo. Si era así, ella no parecía que hubiese cambiado ni los ceniceros.

Pero había algo más, algo raro en ese despacho, un aire de dureza, de frialdad, algo que no cuadraba.

Monika –después de la última intervención de Ruth me costaba pensar en ella como ‘*La Doctora Harter*’– me hizo sentar en un largo sofá de cuero negro dejando de lado formalismos mientras metía el bolígrafo en un portalápices, en el centro de la mesita baja frente a él, y se enfrentaba con los brazos en jarras a un mueble bar. Desde allí me ofreció por señas una copa que rechacé con la excusa de que era muy temprano –negué con la cabeza y señalé mi reloj–. No era demasiado temprano para ella que se sirvió, sin hielo, de una botella de cristal de roca –a mi pituitaria llegó el inconfundible aroma del whisky añejo–. Era una corta ración, menos de un dedo, pero que se bebió de un golpe, como alguien que acaba de pasar un mal trago e intenta olvidarlo con rapidez cambiando de sabor.

–Pues usted dirá...

–Harsányi, Edit Harsányi, vengo en representación de...

–¿Húngara?

–Sí.

–Las mujeres húngaras sois especialmente atractivas, mucho más que las finesas, aunque seáis de la misma rama genética.

–Bueno, una abuela mía era alemana –¿de qué va esta tía?–. Como le decía, represento a una sociedad de Capital-Riesgo –le extendí la tarjeta que aceptó, pero que no se dignó mirar– que busca oportunidades de inversión en desarrollos tecnológicos. Estamos especialmente interesados en...

–Es usted menos joven de lo que parece, tiene un aplo-
mo que sólo se consigue con los años.

Me impactó esa afirmación.

Tanto que dejé de sacar conclusiones en un momento
que era crítico, en una situación que se estaba replantean-
do por segundos.

Monika era una mujer madura, quizá en la cincuenta-
na, pero que se conservaba misteriosamente hermosa. A
Elie le hubiera gustado de una manera especial, porque
se notaba que estaba plena de contenidos, que no era una
tarea sencilla montarle un engaño ni hacer que pensase en
nada que no estuviese soportado en sólidos silogismos
dignos de Aristóteles.

Y esa mujer estaba mirando detrás de mis ojos y dicen-
do que yo no tenía los treinta años que mi cuerpo aparen-
taba.

La reflexión inmediata era sobre mi verdadera persona-
lidad, sobre los cimientos estables ante mi reciente trans-
formación...

–Edit.

–Dime, escritor.

–Te estás yendo fuera de foco.

–Me ha dejado de piedra esta individua.

–Pero, si no te centras en la investigación, puedes llegar a
ser un personaje profundo, coherente... y aburrido.

–No se hable más.

–Además, es posible que eso se lo diga a todas.

–Vaale, déjame seguir, que ya tengo una respuesta.

Monika estaba esperando una respuesta, y mi silencio, teniendo ella en ese momento el control de la entrevista, no podía interpretarse más que como un síntoma de inseguridad.

—Si en vez de hablar de años hablamos de experiencias, sí, es cierto que acumulo algunas bien curiosas.

—*Bueno, he salido del paso con una buena contestación
¿no?*

—*Sí, pero sigue atenta.*

—*Vale.*

Ella se levantó, de nuevo hacia el mueble auxiliar sobre el que tenía la botella, me volvió a ofrecer y, esta vez, acepté. Monika estaba planteando la entrevista como un juego social y, en estos juegos, si la otra persona tiene un vaso en la mano y en la tuya no hay otro... te encuentras en desventaja: hay gestos, actitudes, pausas que dependen de disponer o no de un cigarrillo o un vaso en la mano. Puestas a demostrar dominio de la situación por mí no iba a quedar, así es que me levanté también, me acerqué al rincón del bar y me serví con la mano un par de cubitos de hielo, ¡remilgos fuera!

—Dime: ¿a qué has venido?

—A hacerte unas preguntas —alguien a la altura de las circunstancias la tutearía, así es que yo la tuteaba; y estaba cada vez más segura que a esa mujer no podía engañarle ni por escrito—. ¿Puedo empezar?

—Adelante.

Mientras iniciaba mis primeras preguntas, volvimos lentamente al sofá, nos sentamos en sus dos extremos, ella abrazada a una de sus rodillas. Llevaba un traje de chaqueta también, de rayas grises, pero con pantalones y se había dejado la chaqueta en el respaldo de su butaca, tras la mesa de trabajo; por debajo del pantalón asomaban unas medias muy parecidas a las mías, que se enterraban en unos zapatos de tacón bajo que ponía sobre el cuero del sofá con toda soltura. Yo también llevaba zapatos sin tacón –con mi estatura podía decir que no me hacían falta tacones, aunque la verdad es que todavía les tenía miedo–, pero yo no terminaba de encontrar una postura que estuviera bien para ese momento. Responsalicé del problema a la falda, claramente inadecuada para la ocasión –y que era mi primera falda, todo hay que decirlo–, pero la incomodidad me coartaba un poco.

Monika me contestaba mecánicamente, sin pararse a meditar sobre la conveniencia o no de aplicar algún grado de discreción a sus respuestas.

Y contestaba rápido, como queriendo abreviar el trámite.

No estoy del todo segura de su grado de veracidad, y menos con el final de entrevista que tuvimos un rato después, pero no parecía dispuesta a meterse en riesgos. Si alguien les encargaba una investigación, bien, pero la Universidad no iba a participar en negocios. Quien sea que quisiese ganar dinero les pagaba por un desarrollo concreto –la forma correcta de describirlo era que les subvencio-

naba una línea de investigación concreta, claro está– y asumía que los resultados se vendiesen o no. Nunca iban a comisión ni aceptaban cobrar en función de los resultados.

Entre medias, mientras me estrujaba el cerebro buscando la mejor siguiente pregunta posible y atendía a sus contestaciones densas y rápidas, tuve la visión del ‘*Señor Sanz*’, probablemente sentado en el mismo sofá y sufriendo la mirada de Monika mientras hablaban de lo que sea que le había llevado a él hasta allí... Y saqué conclusiones: ella era una profesional; una profesional que se desayunaba con dos o tres entrevistas complicadas cada mañana...

Y me estaba manejando.

Incluso su postura de poner un pie encima del sofá era una técnica para tenerme arrinconada y desarmada ante sus posibles ataques dialécticos.

En el momento en que llegué a esa conclusión me relajé aparatosamente, pasé un brazo por el respaldo del sofá, me revolví un poco el pelo, dejé caer la mano en dirección a su hombro, jugueteé con uno de mis zapatos... ella sonrió al reconocer a una rival de su altura. Pasó a poner el pie sobre la mesita baja y seguimos la entrevista desde las nuevas posiciones tácticas.

Y respecto a fabricar, en serie, cualquier tipo de circuito integrado, con independencia de su complejidad, opinaba que estaba en contra de la razón de ser de sus laboratorios: ellos existían para hacer posible lo imposible, para desarrollar elementos nuevos, para descubrir opciones previamente inexistentes, pero si algo ya funcionaba, re-

petir el experimento era perder el tiempo y perder la oportunidad de desarrollar ulteriores avances, que eran la razón de ser de su Departamento.

–Pero, no te preocupes, querida, tus propuestas de desarrollos ligados a la producción en serie encontrarán terreno abonado, hay quien te dirá que sí.

Su misteriosa respuesta, por primera vez ambigua, fue acompañada de una sonrisa de pretensiones enigmáticas. Decidí jugármela: ya le había sacado la poca información que ella estaba dispuesta a compartir, la entrevista se estaba quedando sin combustible, se estaba terminando. A partir de ese punto había que jugar de farol.

–¿Quieres decir que has recibido propuestas parecidas?

–Recientemente.

–¿Esa era la razón de que ese *señor* –cuando dije ‘*señor*’, en español, no pudo evitar estirar la piel de la nuca y que se le movieran un poco las orejas, apenas tapadas por la media melena que peinaba sin teñirse las crecientes canas–, el señor Sanz, supongo, se vaya con aires de fracaso?

–¿Le conoces? –era la primera vez en la entrevista que yo había pisado fuerte y que había ido por delante de ella... que casi se estaba relamiendo del gusto por el combate.

–Está en mi lista de personas a entrevistar.

–¿Es muy larga esa lista?

–Un par de semanas.

–Pues alguno te dirá que sí, no te preocupes.

Capté ese giro como una segunda indirecta que me indicaba dónde estaba la puerta, por lo que, lentamente, sin

ansiedad, me comencé a levantar para recoger mis cosas e irme, pero ella se me adelantó, se apoderó de la cartera –que iba prácticamente vacía ¡salvo el dinero!– y, con ella como rehén, se dispuso a hacer su último movimiento, ya junto a la puerta.

–¿Volverás a pasar por Viena? –sus ojos me miraban con intensidad, y el tono era personal, no profesional.

–Es posible. ¿Por?

Yo había terminado mi respuesta con una pregunta y, lo educado, habría sido respondérmela, pero la muy cabrona, sin dejarme salir –estaba delante de la empuñadura de la puerta y mi maletín estaba en su mano–, me agarró por el cogote con la mano libre y me plantificó un beso intenso, apasionado, morbosos.

Un beso decididamente sexual.

Yo, mientras fui Elie, no es que hubiera sido un Don Juan, pero tampoco había sido un monje, que conste. Y puedo asegurar que aquel beso fue de los que dejarían aturdido al propio Giacomo Casanova.

¡Cómo... besan... las... austriacas!

Y a mí, como Edit, me dejó confundida y además, como descubrí mucho más tarde, me dejó con carmín en los labios –alrededor de los labios, más precisamente–.

–Pues si pasas por Viena, ven a verme –no sé qué es lo que me entró más adentro, si fueron sus palabras dichas con pasión, si fue su lengua al volver a besarme o, lo más probable, fue la mirada que sus ojos clavaron en los míos.

Me devolvió la cartera, me abrió la puerta y me dejó salir por delante de ella. Ya en el umbral le dije un tímido '*Ya nos veremos*' que me salió con un gallito y fue lo que pudo oír su secretaria, Negro Ángel Custodio de la Agenda y de la Ortodoxia. Una despedida que, junto con la visión de mis labios delatoramente manchados con el carmín de la Doctora Harter, provocó una mirada asesina por su parte –dirigida a mí– y un brillo en los ojos delator de unas muy cercanas lágrimas –dirigidas a su pareja más que a su jefa–.

Lo último que vi fue a Ruth entrando en el despacho como una tromba y a Monika diciendo un tardío y cansino '*Pasa Ruth, por favor*'.

La escena me había dejado momentáneamente desorientada, pero sólo me sentí afectada por un breve tiempo.

El reloj –recién comprado ese fin de semana– me dijo que había estado en la guarida de la fiera casi dos horas.

Justo antes de salir del edificio me había recuperado lo suficiente como para fijarme en una sala de acceso a Internet en la que los estudiantes se conectaban con absoluta informalidad. Había un terminal libre y me apliqué a buscar los vuelos disponibles entre Viena y España. Y descubrí que un vuelo a Madrid con escala en Barcelona salía en una hora escasa del aeropuerto de Viena.

Mi furgoneta recorrió el camino al aeropuerto sorprendiéndome de su potencia y agilidad, por el lado positivo y,

por el lado negativo, de lo importante que era cerrar los armarios después de desayunar y, desde luego, siempre antes de echar a correr para que no se autovaciasen en una curva tomada con demasiada energía.

Llegué al aeropuerto tan tarde que saqué la conclusión de que la culpa no la tuvo la parada en el arcén para volver a meter las cosas en el de la comida –un tarro de miel resultó irrecuperable, al igual que la moqueta del suelo, y una de las manzanas sólo la conseguí localizar con la nariz cuando se empezó a pudrir una semana más tarde–.

Ya que el vuelo del Señor Sanz estaba embarcando y yo estaba de los nervios por la escenita con Monika, la carrera en la furgoneta y el estropicio del armario, decidí relajarme con una buena comida en alguno de los restaurantes de la Terminal.

Me dieron mesa enseguida –pero me llamó la atención que el camarero me sentase de cara a la pared– y, cuando me fui al lavabo y me vi la cara que había paseado por medio aeropuerto y universidad de Viena, me puse tan colorada que ya casi no destacaba el carmín de Monika.

Hasta allí yo había ido corriendo por la pista de una montaña rusa, tratando de ir por delante de Bob, de Bandi, de Lajos, de Ruth, de Monika, o de mi furgoneta, pero había llegado donde había llegado y, a la hora de relajarme, prácticamente me desmoroné.

No disfruté de la comida. Me sentía sucia, sobre todo la cara –por mucho que me la restregué con agua y jabón–,

y necesitaba la ducha con más urgencia que el postre, por lo que con el segundo plato a medio terminar pagué y me fui.

Me metí en la furgoneta, extendí el techo y me dispuse a ducharme sin salir del aparcamiento de la Terminal del aeropuerto.

Mi plan inmediato era una larga y cálida estancia bajo el chorro de agua... que también tuve que dejar a la mitad, porque el depósito de la furgoneta, con el tiempo lo he ido acotando con precisión, da para tres días, pero muy justos, sobre todo con las duchas relajantes que me tomo.

Por un momento pensé que todo eso era porque los lunes no son días propicios para nada.

En esa confusa situación higiénico-mental conduje hasta Salzburgo, en donde tenían su sede central la industria química que financiaba los desarrollos de Monika Harter. Pero no fui directamente a sus oficinas.

Me daba igual que Bob y sus Sacrosantos Clientes tuvieran mucha prisa ¡me daba igual que fuesen samuráis cabreados! Yo me iba a tomar la tarde libre para terminar de pasarme a limpio, cargar agua, vaciar el retrete químico, limpiar bien la moqueta y poner en orden mis hormonas.

Me fui a un camping que estaba bien señalizado en la salida de la autopista del oeste, un camping tranquilo en el que me asignaron una parcela con agua y electricidad.

Un sitio encantador en el que iba a pasar unas horas muy negras.

Para empezar, el tiempo cambió a lluvioso, lo cual hizo mucho más incómodos mis movimientos a las duchas y a vaciar el retrete. ¡Al fin una ducha de media hora!, aunque me costase seis fichas –y mira que me fastidian los sitios en los que las duchas son de pago: ¡la higiene no es opcional en mi familia!–.

Evidentemente, cuando todo a tu alrededor es cuesta arriba, la deducción es que estás en un hoyo. Si hablamos de geografía es un hoyo, y si hablamos de estado de ánimo es que estás en una depresión, que no es más que la forma normal de referirse a un hoyo emocional.

Luego, como yo no tenía una manguera, tuve que acercar la furgoneta hasta la fuente en la que sí había una que, aunque era cortísima, me permitió llenar el depósito a placer, en cuanto maniobré la furgoneta bajo el chaparrón que caía del cielo para acercar todo lo posible el tapón de llenado al muñón de manguera.

Aunque en seguida descubrí que tenía otra alternativa muy práctica para llenar el depósito: tenía una gotera sobre la mesa del ‘salón’.

El puñetero hierrito del centro comercial de Budapest –¡maldita sea su estampa!– no sólo me había hecho un arañazo en el techo, sino que al final del arañazo había

perforado un agujerito que empezó por humedecer la tapicería del techo y, enseguida, degeneró en gotera.

Todavía era pronto, el supermercado del camping estaba abierto y me vendieron una masilla que se podía dar incluso en mojado y que tapaba una gotera durante meses –según el prospecto–. Lo peor fue, después de que ya me había relajado, secado y puesto cómoda, tenerme que subir al techo del coche, con la que estaba cayendo, para localizar el agujero y llenarlo de aquella sustancia.

Y me quedé con la duda de si no habría hecho el mismo efecto ponerle un chicle.

La mirada divertida que me dedicó un abuelete, que leía dentro de una caravana en la parcela de al lado de mi furgoneta, me hizo recordar que iba con una camiseta larga empapada con la lluvia, lo cual me hacía digna de un concurso de camisetas mojadas. Pero yo no estaba con ánimo de enseñar las tetas en una discoteca hortera, sino que me sentía más bien como un pollo mojado, un pollo de aspecto claramente menos digno que el de aquel abogado que me fue a buscar a mi casa tantísimo tiempo atrás.

Bueno, tras secarme y ponerme cómoda una vez más, me empecé a sentir algo mejor pero, cuando estaba calentándome una cena muy hogareña –una lata de raviolis, con mucho tomate precisamente–, vino lo peor de todo: una desagradable sensación en la entrepierna me recordó

que el ser mujer tiene algún que otro inconveniente. ¡Y no me había acordado de comprar compresas!

La señora que a esas tardías horas estaba de guardia en la portería del camping se apiadó de mí y me abrió el supermercado para que me aprovisionase de todo lo que durante el fin de semana ni se me había pasado por la cabeza que iba a necesitar.

—Oye, escritor.

—Dime.

—Esto es una perrada.

—Va en el paquete, junto con lo de ser rubia y tener ese cuerpazo tan resultón; y el concurso de camisetas mojadas lo habrías ganado de sobra.

—Déjate de chorradas ahora. ¿Esto es imprescindible?

—Me temo que sí. Lo de quedarte embarazada es opcional, pero la menstruación no se te pasará hasta dentro de quince o veinte años.

—¡Mierda! Y lo de embarazarme, ¡ni se te ocurra!

—Perdone —me preguntaba la señora del camping—, ¿quiere compresas o tampones?

¡Y yo qué puñetas sé!

—Póngame de las dos.

—¿Las usa usted con alas?

—Ssssí, sí, con alas —no sé como no se asustaba de la cara que debía de estar poniendo su cliente.

—¿Las quiere de noche, o de día?

—De las dos —esa decisión era más sencilla.

Iba la señora a preguntarme algo más, pero me miró de arriba a abajo y eligió unos tampones en concreto. Mucho más tarde descubrí por qué.

En la soledad de la furgoneta me enfrenté a varios hechos por completo inapelables:

1. Pese a los pañuelos de papel con que había improvisado una compresa para salir a comprar algo más consistente, tenía que lavar las bragas limpias que había estrenado hacía media hora.

2. Pese a las instrucciones de la bolsita, no sabía ponerme un tampón.

La compresa parecía más fácil, y lo de las alitas lo entendí a la primera, una buena idea, pero el tampón no había manera de que entrase, por lo que opté por acostarme con todas las compresas que fui capaz de mantener dentro de las bragas y con una toalla puesta sobre una bolsa de plástico abierta sobre la cama.

No llevaba más de una hora de insomnio dando vueltas a mi retorcido destino, cuando caí en la cuenta de lo que la señora había estado a punto de preguntarme en la tienda: seguro que algo así como '*talla normal o super*' para los tampones, con un veredicto a ojo de que, con mi tamaño, era super o gran super; superseguro, vamos.

Y, como un torrente que va derribando aldeas ribera abajo tras romperse la presa que lo contenía, la siguiente

conclusión me llevó a explicarme por qué no me entraba bien ese tampón:

Mierda... ¡Soy virgen!

El día siguiente, mal dormida –no me había atrevido a tomarme las pastillas para dormir que había comprado–, deprimida y sintiéndome permanentemente sucia, amaneció, para colmo, lloviendo a mares.

Me apetecía ir de compras, pero con la que estaba cayendo, tanto fuera como dentro de mí, se me hacía muy cuesta arriba.

Me compré una manguera y un buen mapa de carreteras en el supermercado del camping.

Y estuve a punto de comprarme un paraguas, muy clásico, muy del gusto de Elie, pero muy útil en algunas circunstancias.

También estuve tentada de ponerme a escribir un tenebroso poema capaz de reblandecer la piel de un rinoceronte, pero resistí con todas mis fuerzas: no podía desesperarme por tan poco. Y estaba sobre mí, como una espada de Damocles, el miedo a encerrarme en mí misma, como había hecho Elie durante tantos estériles años.

¡No!

–Oye, Edit.

–Dime.

–No dices demasiado sobre cómo te sientes como mujer.

–Mira, hoy no es un buen momento para hablar de eso, para empezar. Y, para terminar, existe algo que se llama

intimidad.

–Pero eres el personaje principal: todo lo que te afecta es de interés para el relato.

–Sigo con argumentos binarios: primero, que esto es una novela policíaca, épica o algo así, no un estudio sentimentaloides y, segundo, que no recuerdo ni siquiera una única situación en la que ningún Philip Marlowe, Hercule Poirot o Sam Spade se pongan a meditar sobre su masculinidad.
–Vaaaaale.

Pero me quedé todo el día en el camping.

A través del internet del cibercafé del camping –mi teléfono no era suficiente para todo lo que tenía que trastear en Internet, si es que tenía conexión– localicé las empresas que tenían su sede en el número de la calle Pecan, de San Antonio (Texas), que me habían dado como dirección de la empresa de Bob. Había un despacho de abogados especializados en comercio internacional. Bueno, apunté en la agenda del móvil la dirección y el teléfono para cuando lo necesitase.

Me dediqué, a continuación, a irme preparando las siguientes entrevistas.

Todo el mundo toma más o menos precauciones ante alguien que se le aparece por sorpresa en su territorio con la pretensión que sea, y eso hace a veces complicado abrir algunas puertas, pero la clave, lo más importante en esa situación, está en la palabra ‘sorpresa’. Lo que a la gente no

le gusta es una sorpresa a media mañana, porque la mayoría de la gente tarda en decidir. Pobres diablos como Bandidi, a quien nadie visita, o grandes depredadores como Monika Harter, capaz de cambiar su agenda profesional –e incluso personal– con un golpe de vista son raras excepciones –por suerte para mí–. Lo normal es encontrarse gente a la que hay que darle su tiempo.

Por lo tanto, me dediqué a quitar la sorpresa de la ecuación.

Lo primero que hice fue crear la empresa de Capital-Riesgo de la que llevaba días hablando. Quiero decir que me reservé, con cargo a mi tarjeta de crédito, un dominio en la red. El nombre que elegí fue *itieh.com* –de ‘*International Technology Investment Enterprise Holding*’, aunque también podía ser interpretado como ‘*International Technology Investment Edit Harsányi*’– y rellené la Web con una información razonablemente consistente y compatible con lo que iba yo diciendo por las entrevistas. Es lo que más tiempo me llevó, pero lo fui simultaneando, en cuanto tenía unas primeras páginas accesibles, con llamadas de parte de esa empresa para solicitar reuniones en los próximos días con los responsables correspondientes.

Había un punto que me escocía un poco, que es que si hacía las llamadas desde el teléfono de Bob, le estaría diciendo cuáles eran los contactos que estaban en mi lista de sospechosos... y no quería darle pistas aunque para cuando llegase a la empresa de Bob la factura con la lista de llamadas esperaba que ya no importase mucho que se

enterasen de ese detalle. Pero llamé desde el teléfono del camping por si se ponía ansioso y pedía todos los días la lista de llamadas a pagar.

Me pusieron pocas pegas, quizá porque si se ponía un caballero le hablaba con una voz profesional pero llena de redondeces femeninas y, en el caso contrario, hablaba como una viejales que no podía ser una competidora peligrosa. Me sorprendió que hiciera efecto algo tan tópico, pero el caso es que, antes de terminar la jornada laboral, tenía el programa de visitas lleno hasta finales de la siguiente semana.

Y todos me esperaban y sabían para qué iba a verles, por lo que estarían con la guardia bajada.

—Oye, Edit.

—Dime.

—Lo estás haciendo muy bien.

—¡Lo dices en serio!

—Sí, parece que has estado haciendo este trabajo toda tu vida.

—Bueno, como Elie, trabajé varias veces como perito tecnológico para los tribunales. Era una manera de ganar unas perrillas que me venían muy bien aunque, por desgracia, no había muchos casos que requiriesen mi intervención.

—Pues das el pego.

—Algunos casos eran realmente peludos y me tuve que trabajar la investigación a fondo. En la vida, la mayor

parte de la gente vale más de lo que parece: todo depende de que se les dé la oportunidad de hacer aquello para lo que mejor sirven. Quizá yo nací para esto, pero nací en la época equivocada y con el sexo menos adecuado aunque, en un día como hoy, lo del sexo estaría dispuesta a reconsiderarlo.
—Imposible. A estas alturas del argumento es imposible.
—Bueno, sigamos.

Envié correos electrónicos confirmando las entrevistas y me atravesé el chaparrón hasta mi furgoneta, que no me había parecido hasta entonces tan frágil, allí, en medio de la lluvia, ni tan acogedora, pues me proporcionaba un refugio confortable y hogareño incluso bajo aquel aguacero.

Excepcionalmente, plegué las cortinillas de todas las ventanas y, con la calefacción bien alta, viendo el paisaje relajadamente medio-tumbada en uno de los sillones... me dejé invadir por una contradictoria y confortable sensación de calor de hogar, de comodidad, de independencia y de estar bien pese a estar rodeada por todas partes, y a muy corta distancia, de frío, de incomodidad, de unos elementos agresivos y un entorno inhóspito.

Una sensación de estar bien pese a estar a la intemperie.

Esa noche dormí bastante bien y al despertarme no recordé con qué había soñado.

La ardilla

A la mañana siguiente ya tenía mínimamente controlada la situación, o, sea: ya sabía cada cuantas horas cambiarme las compresas. Aprovechando una hora en que no estaba la misma señora del día anterior, me había comprado el paraguas y tampones más pequeños y, para colmo de dichas, había conseguido ponérmelo –el tampón–.

Así es que a media mañana me puse el traje de batalla –de nuevo el traje de chaqueta, con la misma camisa y medias, que a duras penas había conseguido secar sobre el salpicadero de la furgoneta– y me dispuse a enfrentarme a la siguiente entrevista: La Responsable del Programa de Cooperación Externa de la firma Wien Chemical.

Era una mujer y yo esperaba, fervientemente, que no fuese alguien que se llevase especialmente bien con la Doctora Harter –yo me entiendo–.

La oficina la encontré a la segunda, porque había localizado en Internet la Dirección General, no la dirección de la Administración, que estaba en otro edificio y me hizo darme una carrerita de último momento.

Llegué en taxi y una recepción más ceremonial que comprometida con la seguridad me dejó pasar en un minuto. Era una construcción bastante neutra que, como estaba en las afueras de la ciudad, no tenía ninguna necesidad de ser antigua ni barroca y, por lo tanto, ni siquiera era especialmente bonita, con pasillos funcionales, muebles funcionales, suelo y techo ‘tecnicos’ –llenos con los infinitos cables que se crían en esos rincones de cualquier oficina–, y colores beige y marfil por todas partes.

Y mi visitada resultó ser una chiquilla, de nombre Franka, producto de una factoría de fabricación de Licenciados en Empresariales o algo por el estilo, con figura de muñeca de porcelana, maneras de Consejera Delegada e ingenuidad de aficionada al Monopoly.

Su despacho era moderno, con muebles baratos pero prácticos y ella tenía pinta de que se sentía allí como la reina del mambo.

Y parecía muy aburrida, quizá porque no tenía mucho que hacer y se dedicaba a darle vueltas y más vueltas a los cuatro papeles que manejaba y a todos los datos a los que tenía acceso.

El ordenador, de pantalla plana panorámica último modelo, estaba a la derecha pese a que me pareció que era zurda, lo cual podía significar que era alguien que no se cuestiona nada, alguien a quien todo le parece bien tal como está. En el montón de papeles de la izquierda había una revista de informática y otra de deportes náuticos. Ser aficionada a la vela, en Austria, era un canto a la clausuro-

fobia, pero una foto en la pared de una cala de Mallorca, en España –según decía el pie de foto–, y otra foto de una pareja, de esas que se hacen en los viajes de novios en un crucero por alta mar, terminó de redondearme el panorama mental de la muchacha.

–¿Esa es la cala de Campicafort? – era la única que conocía yo en esa isla, y sólo de nombre.

–¿Conoces Mallorca? –estaba encantada de la vida.

–No tanto como quisiera. Me tengo que contentar con velear por el lago Balatón.

–Bueno, no está mal –Franka ya había encontrado un alma gemela y estaba deseando compartir conmigo su aburrida mañana.

La hiperactiva muchacha me aclaró enseguida que no conocía en persona a Monika Harter. Yo le manifesté mi respetuosa admiración profesional por la figura de la Doctora.

Me contó, casi sin que se lo preguntase, que su empresa se dedicaba a la fabricación de los productos químicos utilizados en la fabricación de circuitos electrónicos:

–Los ácidos con los que se limpian las superficies del Silicio –decía ‘*Silicio*’ con el respeto que se demuestra hacia lo que no se entiende– deben ser de una precisión como en ninguna otra rama de la industria.

–Claro, por supuesto –yo le daba cuerda con entusiasmo.

–Y los dopantes, ¡no digamos! ¿Sabe usted lo que me refiero?

–Por supuesto, querida, soy Ingeniera en Electrónica por la Universidad de Budapest.

–¡Oh! –la chiquilla ya me admiraba como si los ingenieros fuésemos los chamanes dominadores de esotéricos conocimientos; esperaba yo que Franka, para variar, no se me abalanzase encima– Y está dedicándose a la consultoría ¿no?

–Sí –era una pregunta de perogrullo, pero la aproveché para tener mi chispita de genialidad de ese día–, aunque cuando acabe este proyecto me gustaría cambiar de aires. Vosotros, desde aquí, podréis saber qué laboratorio está aumentando la producción y cuál disminuyendo ¿no?

–Pues sí, ¿por? – era cortita, habría que explicárselo con manzanas

–Porque esos laboratorios serán los que necesiten contratar a gente como yo dentro de unas semanas, a la vuelta del verano.

–¡Pues claro! –y se lanzó con entusiasmo juvenil a manejar los datos de una hoja de cálculo con los consumos de dopantes, ácidos y resinas de sus clientes, para ordenarlos por tendencias de crecimiento. Lanzó a la impresora los listados de sus direcciones y teléfonos.

–Mira, esto te va a servir: es un resumen que manejo yo basado en los datos generales del mercado y de las ventas nuestras. No te he puesto las cifras de facturación y consumo pero sí el crecimiento del consumo y te lo he ordenado de mayor a menor crecimiento. De todas formas, ¡no digas de dónde lo has sacado!

—Por supuesto que no, cielo.

Seguimos hablando de que sus subvenciones a la investigación estaban determinadas por la intención de la Dirección de tener conocimientos propios sobre las necesidades de sus Clientes —las mayúsculas se corresponden con inclinaciones de cabeza de Franka— y *‘ofrecerles proactivamente productos más y mejor adaptados a sus necesidades’*. Luego se encontraban con cortas partidas de cucarachitas que vendían nada más que como un resultado colateral de sus estudios de producción. Bueno, eso terminaba de explicar por qué ellos comerciaban con circuitos integrados...

Lo más tierno de todo es que Franka estaba convencida de que todo eso era importantísimo y que su contribución a la causa era merecedora de un lugar en el panteón de mujeres ilustres de su pueblo natal.

De paso, respecto a la investigación no me proporcionó el más leve indicio de tener nada que ocultar.

Y yo salí de allí tan escéptica como había entrado acerca de la futilidad de los esfuerzos en pro de un Mundo Mejor a través de los estudios de mercado, pero muy contenta de llevarme el listado de laboratorios europeos que habían aumentado su producción de circuitos integrados en el último año.

Por cierto, Bob no me había dado ninguna estimación de si el fraude se venía haciendo en los últimos días, meses o años... Decidí preguntárselo y darle otro pisotón en su prepotencia: no había querido darme su tarjeta, sólo un

número de móvil que pensaba encender nada más que para llamarme cuando le diera a él la gana, y yo le iba a explicar que con Edit Harsányi se habla cuando Edit Harsányi decide, no al revés.

Seguí dejando aparcada la furgoneta en la Wiener-Bundesstraße, donde estaban la dirección General de la Wien-Chemical, y me di un paseo por la zona monumental, aprovechando que había dejado de llover, recorriendo las bonitas callejas comerciales de Salzburgo hasta que entré en un restaurantito muy acogedor de la Getreidegasse, justo enfrente de un joyero que parecía especializado en violines en oro y plata –de todos los tamaños, eso sí–.

Era un restaurante muy austriaco, con perchas de clavo para colgar los abrigos ‘Loden’ de su tirita del cuello, con remates de bronce por todas partes, en el punto justo de desgaste entre lo clásico-con-historia y lo viejo-usado. Y con multitud de espejos en las paredes que permiten a los clientes ver el ambiente y las tertulias de todas las otras mesas sin que estar sentada de cara a una pared sea un inconveniente grave.

Comí despacio, haciendo tiempo para que fuese hora de trabajar en Texas, y a las 16:12 –no me aguantaba más– marqué el número del despacho de abogados de la calle Pecan de San Antonio y, a quien respondió la llamada –voz de soprano, edad indeterminada– le solté, sin siquiera un ‘buenos días’,

–Oye, ha vuelto Robert de Europa ya, ¿no?

–Sí, y...

—Y ya estará en su mesa, ¿me lo pasas?

—¿De parte?

—Dile que es una llamada del señor Yamamoto. Gracias.

La gente reacciona de una forma muy rara cuando le das las gracias: en general dan por terminado, y además a su favor, el juego social que se esté jugando, sea una negociación, una despedida o lo que se tercié, y hacen sin discutir lo que se les pide. Prueba y verás.

El caso es que dije '*gracias*' y, en unos segundos, se puso Bob, esperando hablar con el japonés cuya secretaria había establecido tan eficientemente la llamada, pero se encontró con que la secretaria todavía estaba al teléfono, y con que no era una secretaria.

—Yamamoto-San...

—Hola Bob. Soy Edit.

—...

—He dicho '*Hola Bob*'.

—Hola Edit.

—Verás, es que necesitaba un par de informaciones y no quería esperar a que se te ocurriese llamarme.

—Bueno, tú dirás—tragarse el orgullo le estaba costando, se notaba cómo le rascaba en la garganta; seguro que estaba mirando el teléfono confirmando que no le había llamado al móvil...

—Pues es que en el informe que me pasasteis no se menciona si el asunto que investigo lleva semanas, meses o años de gestación. Las pistas a seguir son diferentes en un caso o en otro.

–Calculamos que desde principios de año, no antes.

–Ves qué bien, en un momento ya tengo toda la información que necesitaba y puedo seguir con la investigación.

–Habías dicho ‘*un par de informaciones*’.

–Sí, pero lo otro era confirmar que tenías tratos con japoneses –le noté ponerse colorado a través del teléfono–. Bueno, Bob, ¡sayonara!

–Gracias –contestó automáticamente–, adiós... –y corté yo.

Se me quedó la cara de la gata que se acaba de comer el jilguero.

Como se puso a llover de nuevo, me seguí aguantando con el listado en el maletín –en el restaurante, con tanto espejo, no sabía yo qué ojos me miraban y no lo había sacado– hasta que llegué a la furgoneta, que me esperaba dócilmente aparcada bajo el chaparrón, y me encerré en ella. Entré por la puerta lateral y me senté directamente en la mesa de trabajo –que era también la mesa de comer, la de desayunar, la del salón y la de lectura–.

El listado no tenía cifras de consumos absolutos, pero sí me había dejado Franka el dato de los porcentajes de crecimiento respecto a los dos años anteriores. Y los laboratorios que habían aumentado recientemente su consumo de los productos químicos relacionados con la fabricación de circuitos integrados eran cuatro –aparte de alguno de los Grandes, esos que no tienen nada que ocultar y no eran mis sospechosos–. Tres de ellos ya los tenía fichados –los de Munich, París y Madrid–, pero aparecía otro en Bergen

op Zoom, al sur de Rotterdam. Un sitio raro, que no figuraba en ningún otro informe, que no estaba señalado como sede de ningún laboratorio.

Y no figuraba el de Düsseldorf.

Llamé sobre la marcha a los de Bergen op Zoom para contarles la vieja historia de que represento a una Sociedad de Capital-Riesgo que tal y tal.

Y me contestaron que allí no era, que eso era tan sólo la central de compras del laboratorio.

—¿Y el laboratorio?

—¿Por qué quiere usted saberlo? —la holandesa que me contestaba ya me estaba cayendo gorda de antes, pero eso colmó el vaso.

—Pues para plantearles la entrevista que le acabo de comentar a usted —creo que se me escapó un cierto retintín de ‘*¿Es que no estabas atenta?*’

—Pues eso lo debería usted plantear en otro sitio.

—Ah... ya entiendo... ¿En dónde? —‘*¿Es que hay que tirarte de la lengua, rica?*’

—En las oficinas centrales.

—¿Que están en...?

—Utrecht.

—Bien, entiendo. Tienen teléfono, supongo.

—Sí, tome nota —y me dio el número cuando pensé que sólo me diría que sí, que tenían teléfono y cuando le preguntase si me lo podía dar me diría que sí, que me lo podía dar, para tener que pedirle de rodillas que me lo diese

de una puñetera vez; bueno, el caso es que ya me lo estaba dando.

–¿Pregunto por alguien en particular?

–Por Herr Stafel –estábamos hablando en alemán, lo cual justificaba el ‘herr’, pero el apellido también sonaba demasiado germano como para no ser alemán.

–Muchas gracias.

Necesitaba navegar por Internet y ya no pensaba volver al camping, por lo que intenté utilizar las funcionalidades del maravilloso teléfono que me había endilgado Bob, pero como no había Wi-Fi libre por la zona, tuve que buscar un cibercafé por la barroca y elegante Salzburgo. Así me enteré de que ese laboratorio no figuraba en ninguna página Web, que según ello no había en Utrecht ni en Bergen op Zoom nadie que se dedicase a hacer dibujitos en miniatura sobre obleas de silicio y que Herr Stafel no era alguien conocido en el ciberespacio.

Muy curioso.

Y luego estaba el dato de que los de Düsseldorf no habían aumentado su consumo de dopantes, ácidos y demás productos relacionados con la fabricación.

Llamé desde el Cibercafé, y el número que me habían dado me puso en contacto con otra holandesa que debía ser del mismo pueblo que la anterior, porque me daba la información con cuentagotas y como si cada gota le costase un par de euros descontados de su nómina.

Pero sí, me dio cita para dos días después, el viernes por la tarde, con un estrecho margen para la entrevista de

Munich, que era el jueves por la mañana y la del lunes en París. Justito, pero posible, a condición de cancelar la visita de la mañana del viernes en Düsseldorf o de hacer que fuese muy breve, pues son 200 kilómetros entre Düsseldorf y Utrecht: una distancia accesible pero no trivial.

La autopista a Munich estaba espesita, hacía grumos cada vez que unas obras estrechaban la calzada aunque sólo fuera unos centímetros. Tardé en llegar más de lo que esperaba, pero la autopista es un buen sitio para meditar sobre el avance del caso.

Sí: la entrevista de Düsseldorf la podía cancelar. Sus padrinos eran unos inversores muy conocidos y vinculados al ejército, por lo que no era de esperar más que misterios, muchos misterios, pero ninguna ilegalidad.

Y no habían aumentado el consumo de productos químicos.

Por suerte pude aparcar muy cerca de mi destino, al final de la Friedrichstraße, casi en la esquina de la Georgenstraße y, por lo tanto, a una manzana de la Leopoldstraße, que era donde tenía la entrevista a media mañana del día siguiente.

El oso

Pese a acercarse el fin de curso, los alrededores de la universidad hervían de estudiantes de todos los colores, que preferían apuntalar sus conocimientos a base de cerveza en lugar del rancio y desprestigiado método de repasar los apuntes antes del examen del día siguiente. Cuando digo los alrededores de la universidad me refiero a los cinco o diez kilómetros a la redonda, lo cual incluye todo Munich.

Cuando ya buscaba dónde cenar, en un pasaje de entrada –o de salida, según se mire– de los soportales de la Marienplatz tuve la suerte –y el oído– de encontrar a una pareja que hablaban en húngaro y pillé que ella decía *‘áram-kör kapcsolási séma’* (circuitería electrónica). A mí no es que me afectara la nostalgia, pero era posible que a ellos sí, por lo que empecé a recitar uno de mis poemas –de Elie– en voz suficientemente alta como para que me entendiesen.

Era un poema que hablaba de la soledad de un valiente que ha tenido que viajar lejos de su patria para ganarse la

fama... y los dos se engancharon a mí como se engancharían unas polillas a una farola que fuese la única farola del horizonte.

Era un buen poema...

¡Adiós Elie!

Cenamos juntos en un restaurante de aficionados a la poesía que yo había conocido en uno de mis viajes –tuve que resolver una investigación, muchos años atrás, encargada desde Munich–, en la Löwengrube y, suerte sobre suerte, ella era estudiante del último curso de ingeniería industrial, por lo que estaba más o menos al tanto de las actividades de los departamentos de investigación y, en particular, había oído unas cuantas cosas de lo que se hacía en el laboratorio del silicio.

Y se contaba que estaban todos muy orgullosos de haber desarrollado un LED de alta potencia y de color bastante blanco pero suavemente rosado, muy adecuado para dar un tono de iluminación natural y relajante a un entorno hogareño.

Eso era un avance importantísimo en ese momento en el que todas las ramas de la industria estaban preparándose para la revolución que iba a suponer la sustitución de todas las bombillas y fluorescentes del mundo civilizado por los novedosos diodos LED de bajísimo consumo –en los lugares donde se seguían alumbrando con velas se esperaba un impacto económico mucho menor–.

Además, quien domina de esa manera la potencia y la longitud de onda –el color, a la postre– a la que radia el

LED, se convierte automáticamente en líder apetecible para la industria de las comunicaciones, cuando se estaba tejiendo alrededor del planeta una tupida malla de líneas de comunicaciones de fibra óptica, y todas las fibras ópticas tienen un LED en cada extremo parpadeando con extrema velocidad y precisión en frecuencias exactísimas.

Las connotaciones militares... mejor ser discreta respecto a esas posibilidades.

Y en la universidad estaban todos muy ilusionados con los posibles ingresos derivados de las patentes del bendito diodo.

Ya cuando pedí cita con ellos y con sus patrocinadores me enteré que, incluso, habían dejado de necesitar patrocinios de nadie y los cerveceros dedicaban a otras cosas su dinero. Me centré, pura cabezonería, en conseguir una cita con algún responsable de los laboratorios y eso es lo que había conseguido para ese jueves.

Pero me podía haber ido esa misma noche hacia Utrecht porque a la mañana siguiente, según avanzaba por los largos y altísimos pasillos de la Universidad, el discurso inmovible que todas las bocas me repetían, con más insistencia según me iba acercando a la persona –Klaus– con la que había concertado la entrevista, era que no me necesitaban para nada.

Klaus era un bávaro –para quien no conozca a ninguno, puede imaginarse un cruce entre alemán clásico y un fran-

cés o italiano de los expansivos, con barriga cervecera, viveza (relativa) en la mirada y mucha más vitalidad que sus brumosos compatriotas del norte–, que hablaba alto, con voz aguda pero potente –haría un buen tenor– y que, con la facilidad que da la rutina, me dijo lo que ya me esperaba:

–Me temo, señorita, que en este momento no se trata de conseguir inversiones con riesgo, sino de manejar las licencias de fabricación de la manera más provechosa para esta Universidad.

En otras palabras, que yo era la última mona de una fila de ansiosos aspirantes dispuestos a ceder su alma –e incluso su cuerpo– por obtener una migaja de las infinitas posibilidades de lucro derivadas de la fabricación en serie de ese diodito.

Klaus no estaba más que empollando la nueva generación de pollitos –bueno, los LED no tienen más que dos patitas y nunca son negros, así que no se les puede llamar cucarachas– para que le salieran gordos y lustrosos y las subvenciones a la investigación avanzada llovieran sobre su laboratorio para convertirlo en un referente mundial de la Tecnología del Silicio.

No: este laboratorio no necesitaba andarse con secretitos, porque iban muy de frente y a cara descubierta. Se podían permitir ése y otros muchos lujos dado que estaban forrados de euros y con perspectivas de recibir más fondos de los que podrían gastar, por muchos proyectos de investigación que iniciasen. De hecho, yo todavía me pre-

guntaba por qué se había tomado la molestia de recibir-me.

Bueno, al menos no había perdido mucho tiempo y, a media mañana, ya estaba lista para salir del despacho y del edificio cuando Klaus, al que no parecía que le quedase más tarea que acompañarme a la puerta, me salió por donde menos me lo esperaba.

—Señorita Harsányi, cuando me pasaron su nota, me llamó la atención su apellido: no es muy corriente ni siquiera en Hungría... ¿Tiene usted alguna relación con Elie Harsányi?

—Pues... sí, es mi hermanastro. ¿Por?

—Elie y yo tuvimos una relación profesional indirecta hace algunos años —¡que desilusión! Por un instante tuve la esperanza de que hablase húngaro, le hubiesen llegado sus poemas... bueno, los míos, ¡los de Elie! y le hubiesen dejado una huella indeleble en el alma.

—Yo estoy al tanto de todo lo que hacía Elie y no recuerdo su nombre.

—Fue, como le he dicho, indirecta —Klaus era tan machacón como metódico, y me estaba echando un rapapolvo por no estar atenta a lo de '*indirecta*'—, se trató de una investigación sobre el origen de un virus diseñado tras el telón de acero para atacar intereses occidentales...

Era curiosa su facilidad para plantar una enorme sonrisa en mitad de su bonachona cara y, a la vez, decirme con sus ojos azul oscuro que la cosa era más seria de lo que me la estaba tomando.

–¡Sí!, Aquel caso... lo recuerdo muy bien, se sospechaba que la Universidad de Budapest estaba involucrada, pero resultó que eran unos ingenieros de la República Democrática Alemana que lo lanzaron desde Hungría durante una visita de colaboración técnica.

–Cierto. En aquellos tiempos hicieron falta, como Elie descubrió, mucha gente trabajando varias semanas para desarrollarlo.

–90 personas durante cuatro meses, como quedó reflejado en el informe que, a usted, le debió llegar sin censura.

–¡Exacto! ¿Compartía Elie toda esa información con usted?

–En realidad, hay que decir que fui yo quien realizó una parte importante de las investigaciones. Cuando hay que viajar y meterse donde no es fácil meterse, soy yo quien se mueve. A Elie cada vez le gusta menos salir de casa.

–¿Está usted investigando algo en este momento? –era una pregunta directa al hígado y sus ojos parecía que estaban examinando en detalle las venitas del fondo de los míos.

Yo le estaba tratando –hasta ese momento– como una gallina clueca que, orgullosa de su prole, cuida sus dioditos sin preocuparse de más, pero este Klaus mostraba rasgos de una agilidad y agresividad incompatibles con esa imagen.

–...La verdad es que sí. Excúseme si le he hecho perder el tiempo por ello –yo no le estaba pidiendo disculpas de

forma contrita, sino más bien con matices de que me habían pillado en una pequeña travesura; ventajas de ser rubia: como Elie no podría haber puesto (con éxito) ese gesto ligero y pícaro que puse.

—No se preocupe —se revolvió en su sillón de directivo como un oso que se rasca la espalda— si he contribuido a alguna de sus investigaciones lo consideraré una parte del pago por aquel trabajo. Yo era el gerente de una de las empresas atacadas y siempre les estaré agradecido por obtener aquellos resultados de forma tan brillante. En el fondo los malos trataban de debilitar nuestra imagen para impedir que nos introduyésemos en un proyecto militar... y gracias a ustedes no lo consiguieron.

—¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta?

—Por favor.

—¿Sigue trabajando para los militares?

—¿Está algún ejército detrás de lo que ahora investiga? —sí, efectivamente trabajaba para los militares o, de alguna manera, se seguía considerando sujeto a las normas de discreción de todo lo militar, pues si no fuese así me habría contestado con claridad.

—Sospecho que sí, aunque también indirectamente. Creo que un diseño militar se ha salido del corral en el que estaba custodiado y alguien está sacando provecho de ello. La alternativa es que alguien haya desarrollado a escondidas un diseño mejor que los comerciales y lo esté distribuyendo en secreto para ganar poco dinero, lo cual sería un poquito absurdo.

—¿Tiene que ver con diodos LED de potencia?

—Le aseguro que no, en absoluto: lo que investigo tiene muchas más patitas —se relajó el oso.

Su despacho era muy clásico, con muebles de maderas oscuras y las paredes tapizadas en color crema, pero la sensación no era tan tétrica como la que me dio el despacho de Monika en Viena. Quizá porque una de las paredes tenía un luminoso ventanal, junto al cual había un par de sillones de tubo plateado y una mesita octogonal en la que no sugirió que nos sentásemos.

Se volvió a rascar con el respaldo del sillón de cuero marrón. Su enrojecida piel, un poco reseca, debía tener algún problema. También se rascaba discretamente el pecho de vez en cuando.

—Si un diseño ya ha salido de la caja fuerte donde debía estar —su tono era ahora de camaradería—, no encontrará nada en el origen del robo, y menos si es territorio militar. Tendrá que investigar en el lugar de destino, que no estará tan bien custodiado... a no ser que el destino sea un cuartel de La Competencia —efectivamente: Klaus era militar o algo muy parecido pues lo de llamarles '*los malos*' o referirse a '*La Competencia*' como sinónimo del ya extinto Pacto de Varsovia eran rasgos muy característicos.

—No es el caso, no hay información de que se estén utilizando en diseños de categoría militar pero sí, ciertamente estoy moviéndome entre los laboratorios que tienen capacidad de fabricación y pueden estar dispuestos a meterse en líos. Si le sirve de consuelo, hace mucho rato que he

descartado el suyo: no tiene problemas de financiación y los próximos años no se van a aburrir.

—Gracias.

La sonrisa de Klaus era de perfecto entendimiento, así que aproveché para tratar de sonsacarle algo, por si me daba alguna pista aunque, si la información estaba clasificada, estaba segura que no me la daría ni en forma de insinuación.

Pasar por el Ejército imprime carácter, lleves o no un uniforme.

—¿Y puede decirme de algún laboratorio capaz de hornear silicio y que pueda decir '*sí quiero*' a una propuesta de fabricar con diseños de origen... irregular?

—Le puedo decir los laboratorios ajenos a la industria... convencional, digamos, y capaces de fabricar en ciertas cantidades. Lo de si se meterían en ilegalidades... es una deducción que no me atrevería a hacer sobre ninguno de mis colegas.

La mirada que me echó me dejó muy claro que si alguno de sus colegas defraudaba su confianza se encontraría con que Klaus, tras su aspecto abierto y relajado, podía comportarse como un oso enfadado al que no convendría dar la espalda salvo para salir corriendo a toda velocidad.

Pero antes de darme ninguna información más, sufrí un interrogatorio aparentemente informal, pero exhaustivo y sistemático.

Primero, con la excusa de hablar de '*los viejos tiempos*', me sacó multitud de detalles del trabajo aquel de años

atrás, quedando claro que yo los conocía con, al menos, el mismo nivel de profundidad que él, que tuvo el amable detalle de demostrarme que también se había leído el dossier completo, que no se había limitado a ver lo que se filtró a la prensa.

Había un detalle que crujía en mi papel en todo ello: se trataba de una investigación de hacía muchos años, de cuando Edit Harsányi hubiera sido una chiquilla... le tuve que insinuar que yo era bastante más mayor de lo que sugería mi aspecto: *'Maravillas de la cirugía estética'* dije en algún momento.

Luego pasó a interesarse por mi investigación actual. Lo hizo con mucha delicadeza y aceptando de buen grado mis evasivas cuando no estaba dispuesta a darle más pistas, pero con bastante interés.

Mi olfato me dijo que debía contarle algo. No todo se compra con dinero: si quería que me diese información, tenía que contarle algo que no supiese.

Y Klaus se enteró por mí, aquella mañana, de que estaba investigando un tema de procesadores de altas prestaciones, que la distribución se había centrado en Europa, que parecía un negocio de pequeñas cantidades y de que el interés de mis clientes era tecnológico, no policial.

Le regalé una de las cucarachas falsas, para que tuviese un recuerdo mío.

Por supuesto, ¡faltaría más!, Klaus me terminó dando una corta lista de laboratorios europeos, fuera de los cir-

cuitos comerciales oficiales, que tenían cierta capacidad de fabricación.

Y allí volvían a estar las chinchetas clavadas en el mapa sobre Madrid, París y Viena –Munich la descartamos entre sonrisas–, pero también me dio referencias en Edimburgo, Manchester, Kiev y Moscú. Las pistas rusa y ucraniana eran muy frías según los informes de Bob –no habían detectado nada en esos dos países–, y el Reino Unido lo tenía descartado en esta primera ronda por las mismas razones, lo cual me dejaba la agenda de los próximos días sin cambios apreciables.

Düsseldorf no aparecía... por algo será. Bergen op Zoom tampoco.

Pero Klaus todavía tenía una perla más para mí.

–Es curioso –añadió cuando parecía que no había nada más que añadir–, la semana pasada se me presentó aquí un individuo bastante raro, que hacía un estudio de mercado sobre el consumo de dopantes y ácidos –su sonrisa era maquiavélica–... el mercado está muy animado por lo que veo.

–¿Era húngaro?

–Casualmente sí... Se llama –primero dejando la cucaracha sobre una superficie antiestática en el armario de madera pulida de su izquierda, sacó una tarjeta del primer cajón de su mesa– József Ferenc. O, al menos, eso me dijo.

–Y ¿cómo era? –me sonaba ese nombre–, porque es posible que me lo encuentre en algún momento.

–Sí, es posible que te lo encuentres –ya nos tuteábamos con soltura.

Y me dio una buena descripción física del individuo que, según Klaus, estaba también haciendo preguntas raras a gente clave. Yo tenía una idea aproximada de quién podía ser pero, hasta que me lo encontrase, no me servía de nada la suposición.

Si yo me quería enfadar con Bob por contratar a dos investigadores para hacer el mismo trabajo, podía cabrear-me como una nutria, pero no me serviría de nada. También podía ser otra investigación encargada por otra gente, pero era mucho suponer para ir a parar al mismo sitio: tenía competencia.

Nos despedimos casi como viejos amigos, y de camino a la puerta me cogió de la cintura –creo que quería cachear-me–. Le apunté mi dirección de correo privado en la tarjeta para si necesitaba mis –nuestros: Elie seguía figurando en el directorio de ‘nuestra’ empresa de investigación–servicios como investigadora de ‘problemas’ relacionados con las tecnologías avanzadas. Él me dio su tarjeta de la Universidad y apuntó su móvil en ella.

Salí de su cueva convencida de que el porvenir era brillante, de que iba en el camino correcto y de que Klaus me daría trabajo en el futuro. Aunque no podía entonces imaginar de qué manera...

Como, confiando en la campechanía –relativa– de los bávaros, no iba yo tan de punta en blanco como en las ante-

riores entrevistas, aproveché el calzado cómodo para darme un corto paseo por el Englischer Garten, donde había una zona nudista desde tiempo inmemorial a la que, como Elie, no me había atrevido nunca a acercarme y en la que, con mi nueva figura, no iba a espantar a nadie. Así es que allí me metí, pese a que el tiempo era muy variable y las nubes apagaban el sol cada poco rato.

Me animé a hacer compañía a los que se bañaban en los indecisos rayos del sol, pero recordé demasiado tarde que, de cintura para abajo, me faltaban unos días para estar del todo presentable, por lo que me quedó un gesto como de arrepentimiento volviéndome a subir los pantalones cuando ya había empezado a bajármelos. Como el hueco entre nubes parecía que iba a dar para unos minutos, me tumbé a ponerme el pecho moreno y, un tiempo (indeterminado) después, me despertó una brusca bajada de temperatura, abrí los ojos, me puse la camisa y me fui... fue bonito mientras duró.

El jabalí

Estaba demasiado relajada. Es la única explicación. Si hubiese estado más atenta no habría llegado tan cerca de la furgoneta y, sobre todo, no le habría dado al mando a distancia que abría la puerta y desactivaba la alarma... mientras dos aguerridos policías de tráfico me estaban poniendo una multa por sobrepasar el tiempo de aparcamiento. El resto fue consecuencia de esa tontería.

Porque, como es lógico, me pidieron la documentación.

Creo que no dejé escapar ningún gesto de pánico y, cuando les mostré mi documentación, puse un convincente gesto de sorpresa al explicarles que había traído la documentación de mi hermanastro por un error... ¿perdonable?

Resultó que no, que no era perdonable y, tras una complicada discusión con el policía mayor –el otro no intervino para nada en ningún momento– y estar varias veces a punto de llamarle cerdo peludo, su instinto le hizo olerse las irregularidades que había tras mi mirada cándida y

desvalida... y acabé en la comisaría o como sea que se llamase el lugar al que me llevaron para comprobar que no era una peligrosa terrorista.

Fue un momento muy bajo.

Hasta se me pasó la hora de cambiarme la compresa... con consecuencias que no quiero ni recordar.

Toda la documentación que yo llevaba era de Elie.

Fuera de Hungría podía colar 'Elie' como nombre de mujer, pero la foto no había quien la pasase por alto.

Hasta entonces había pagado todo en efectivo excepto en pagos por Internet... en los que no hacía falta enseñar la foto de mi pasaporte.

Era un fallo de todo mi planteamiento.

*—Por cierto, ya podías haber pensado algo, escritor de
pacotilla.*

—Es tu vida, tu planteamiento. Yo sólo lo transcribo.

—Me hubiera gustado ver qué escribías tú sin mí.

—Edit: estamos narrando tú vida, no la mía.

—Pero si no se nos ocurre algo, esto acaba aquí.

—Esto no se acaba aquí, no vamos ni por la mitad.

—Entonces... ¿tienes una salida prevista!

*—No necesariamente. Tu 'Épica' puede incluir malos ratos. Te
recuerdo que hay héroes que pasan temporadas en la
cárcel.*

—Maldito plumífero. ¡Ni se te ocurra!

—Pues será mejor que te busques una solución.

—¡Maldito!

Me encontré restregándome la cara y revolviéndome el pelo sin que se me ocurriese ninguna salida.

Estaba el cerdo peludo de colmillos retorcidos buscando información sobre Elie y Edit Harsányi sin encontrar nada significativo y, en algún momento, iba a llegar a la conclusión de que no existía ninguna Edit Harsányi.

Yo había tenido una hermana que se había llamado así, en honor de Édith Piaf, pero había muerto siendo un bebé, en un país socialista y sin ordenadores: el poli no iba a encontrar ningún rastro de ella.

Mis problemas, a partir de ese punto, no podían hacer nada más que empeorar.

Y la situación empeoró en cuando me registraron el maletín: un dineral, un circuito electrónico de dudoso origen e información técnica sobre elementos de alta tecnología... ¿para qué llevaba tanto dinero encima?

No había una buena historia que les pudiese convencer.

Hasta entonces me había interrogado una señora de aspecto aburrido pero, tras aparecer en escena todo mi dinero, me tuvieron un buen rato a solas conmigo misma en una sala que no parecía una celda pero que, a efectos prácticos, lo era.

Sentía que estaba compartiendo habitación con una imbecil.

Yo no parecía irakí, libanesa, yemení ni de ninguna de las etnias de moda entre los reclutadores de terroristas, pero

en Alemania tenían su propia ración de terroristas locales, como cuando Andreas Baader y Ulrike Meinhoff ponían bombas por todo el país en los años 60 y 70. Desde aquello, el ser rubia no era sinónimo de inocencia y, en algún momento del inmediato futuro, me iban a tratar con cierta dureza.

Quizá para eso estaba sola, para esperar el interrogador 'senior' que se iba a encargar de mí.

Todo lo veía muy negro.

Por fin se me encendió una lucecita en el tenebroso panorama de mi existencia. Fue una lucecita pequeña, pero potente... como la de un LED de nueva generación.

Yo no era todavía un preso difícil de tratar, sino tan sólo una protestona turista –y un poco histérica a ratos– que había aparcado mal –me refiero a ratos como cuando pedía una compresa como una loca– y no llevaba documentación ni podía decir en qué hotel se hospedaba. Lo del dinero hacía difícil que aquello tuviese una explicación inocente pero, en sentido estricto, no me hacía más peligrosa, todavía no estaba formalmente detenida ni acusada de nada grave y, lo importante, conservaba mi teléfono móvil en el bolsillo del pantalón.

–Klaus?

–Ja voll!

–Soy Edit Harsányi, y estoy en un apuro todavía en Munich... me preguntaba si me podrías ayudar: no conozco a nadie más en esta ciudad.

—¿Qué te pasa?

Antes de decir que sí, ni de insinuar siquiera que estaba dispuesto a ayudarme, me hizo explicarle la situación —yo seguía insistiendo en que al salir de Balatonfüred había confundido mi documentación con la de mi hermanastro— pidiéndome todo lujo de detalles.

Incluso me preguntó mi edad exacta —en coherencia con mi participación en aquel asunto del virus que había investigado para él, no tuve más remedio que confesar una edad próxima a la cuarentena—, el lugar en el que había nacido... me tuve que inventar un historial sobre la marcha, con detalles como que mi padre, por la época del levantamiento de los checos contra el dominio soviético (1968), tuvo un desliz con una periodista suiza —quien conociese a mi padre consideraría esto la parte más fantasiosa de todo el relato—, a consecuencia de lo cual nació nueve meses después en Zurich, que es un lugar muy respetable para gente como Klaus, y me alimenté hasta la caída del telón de acero de la fortuna familiar, oportunamente depositada en un banco suizo durante la Segunda Guerra Mundial.

Sus preguntas sobre en qué banco había estado el dinero, y el aspecto de sus oficinas fueron especialmente insistentes pero, por suerte, esa parte de la historia era bastante cierta y le pude describir con gran detalle las interioridades de un banco que poquísima gente conoce. Y, si su magia era tan potente como para pasar por encima del secreto bancario suizo, podría comprobar que los Harsányi

todavía tenemos cuenta en él, aunque un tanto esquilmada.

Debí aprobar el examen.

Una hora después de hablar con él me aclararon que no estaba allí detenida sino a la espera de que llegase mi documentación que *'ya está de camino'*.

¿?

Incluso me ofrecieron una comida bastante digna sólo interrumpida para hacerme un par de fotos y tomarme las huellas digitales con mucha amabilidad. El jabalí, al que seguía viendo a través de los cristales de las paredes, desapareció de la oficina, camino de hacer otras presas, seguro.

Dos horas después me encontré un juego completo de documentación alemana a mi nombre, que me identificaba como Edit Harsányi, residente en Munich –dirección de la Universidad– de origen húngaro –aunque nacida en Suiza en 1969– e incluso con permiso de trabajo. El carné de conducir me habilitaba para llevar todo tipo de vehículos, incluso los que no tenía ni idea de cómo se conducen.

Hasta la foto –muy seria– y la huella dactilar eran las correctas. Y la huella dactilar, cosa curiosa, era muy parecida a la de la documentación de Elie.

–Klaus?

–Ja voll!

–Soy Edit Harsányi, oye: esto es mucho más de lo que podía esperar. No sé si será suficiente con decir ‘*gracias*’.

–No te preocupes. Quizá alguna vez puedas devolverme el favor –me hubiese gustado que el teléfono tuviera videoconferencia para confirmar la mirada que imaginaba en los ojos azul oscuro de Klaus.

–Eso espero.

–Y, sobre todo, resuelve ese caso. He dicho a un antiguo colega –ahí hizo una micropausa–, que ahora trabaja en la NATO, que estabas investigando para ellos de manera colateral... y él ha movido los hilos.

–Estaré a la altura del asunto. Repito: muchas gracias.

–Y he salido sin tu ayuda del lío.

–Nunca dudé que lo conseguirías.

–Ésta me la debes.

Con unas pocas horas de retraso, temblándome las piernas, salí de aquel edificio que no quiero recordar.

La furgoneta estaba en las cocheras de la policía –de pagar la multa no me libré: la magia de Klaus tenía límites–.

Pero lo que importaba era que ¡Edit Harsányi cabalga de nuevo!

El murciélago

Tanto si iba por la ruta de Stuttgart, como si aprovechaba que todas las autopistas alemanas son bastante buenas y me desviaba más al norte por la ruta de Nürnberg, conseguir evitar las aglomeraciones de la macrociudad que forma Essen-Düsseldorf-Colonia-Wuppertal-Dortmund era casi imposible, por lo que, ya que tenía que pasar cerca, me paré en Düsseldorf con intención de darme un paseo sin apearme de la furgoneta por la dirección de la entrevista que pensaba cancelar y, eventualmente, dormir por allí.

Viajar en coche a mí me da para pensar y, más o menos a la altura de Colonia, ya había llegado a la conclusión de que estaba en baja forma, que mi mirada necesitaba un nuevo afilado. El despiste de Munich podía haber sido muy grave y, para colmo, habría quedado en nada si, simplemente, hubiese dejado que me pusieran la multa esperando a veinte metros de distancia para, en cuanto se alejasen los polis, guardarla con las demás y seguir mi ruta sin mayores molestias.

La causa, estaba segura, tenía sus cimientos en la batalla hormonal que se libraba en mi organismo, con su apotheosis en la menstruación de que disfrutaba en esos días. Simplemente no tenía el entrenamiento adecuado para enfrentarme a cosas así.

Me pregunté si no debería haber sacado más conclusiones de la entrevista de Salzburgo y quizá incluso en la de Munich. Y me contesté, en una exhibición de personalidad desdoblada, que no podía encontrar a todos culpables, ni podía esperar que todos tuviesen indicios de algo que olía a podrido en el mercado europeo del silicio pues, si así fuese, sería una información demasiado popular y no haría falta contratar a alguien como yo para resolver el caso.

Por otro lado, las coartadas de Monika y de Franka se complementaban perfectamente y, respecto a Klaus, después de la exhibición de poderío burocrático que había demostrado resolviendo mi irresoluble situación, no tenía derecho a pensar mal de él; aunque sólo fuese porque alguien con ese nivel de contactos no haría una chapuza. Ni siquiera sabría cómo hacer una chapuza.

Justo cuando la discusión conmigo misma empezaba a animarse me tuve que concentrar en los carteles de indicadores de ruta para sobrevivir al espagueti de autopistas que resuelven, por decir algo, las comunicaciones en la macroaglomeración urbana de diez millones de habitantes del centro de la Alemania industrial.

Para encontrar el laboratorio sospechoso de tener más presupuesto del que se merecía di más vueltas a Düssel-

dorf que para encontrar una solución aceptable a mis contradicciones fisiológicas. Pero el laboratorio sí que lo encontré.

Lo único que me llamó la atención fue que un coche de policía hacía guardia en la esquina anterior de la nave industrial en la que me habían citado, que los vigilantes de la entrada eran, al menos, cuatro, y que dos de ellos llevaban perros con la obvia intención de hacer rondas. Mucho para una industria de la Harffstraße, y muchísimo para un laboratorio ligado a un departamento de investigación de una universidad.

Pero el hecho de que una universidad sacara de sus instalaciones un laboratorio para implantarlo en esa zona industrial, junto a que la policía colaborase, no hacía más que terminarme de confirmar lo que ya había supuesto: que sus patrocinadores eran militares, que los militares estarían por medio y, por lo tanto, que me encontraría mucho misterio pero ningún fraude. Y que los discretos acuerdos que pretendía Bob... imposibles, eran de todo punto imposible establecerlos con gente así.

El que, cuando hablamos de ello en Munich, Klaus no me los hubiese mencionado reforzaba ese convencimiento.

Y tampoco podía concebir que los militares permitiesen que circuitos de categoría militar saliesen terminados de sus instalaciones para circular por los canales de distribución civiles. Alguien podría distraer unas cuantas cucarachas y sacarse unos euros, pero ese asunto no lo descubri-

ría Edit Harsányi, sino un militar que tendría acceso a datos que a mí no me dejarían ni oler.

Amén. En Düsseldorf no era.

Pues ya que no era allí, dormir en Düsseldorf era perder el tiempo y arriesgarme a entrar en Utrecht en hora punta. Y Utrecht estaba a un paso, un par de horas, y no era muy tarde. La inmensa torre de comunicaciones de al lado del río marcaba, con su reloj de puntos luminosos recién encendidos, las 22:30.

Había pasado frente al laboratorio muy despacio mientras meditaba todas estas cosas y no sé de dónde salió el coche que se me atravesó delante de la furgoneta. Lo que sí sé es que los dos soldados que aparecieron a los lados de mi furgoneta iban armados.

Me paré en seco –algo sonó mal en uno de los armarios: algún bote no mantuvo la postura reglamentaria durante el frenazo–, puse cara de buena, dejé las manos en la parte de arriba del volante y me dispuse a decir que sí a todo.

Fue un poco humillante. Ni siquiera me preguntaron nada. Se limitaron a mirar mi matrícula y hacer una llamada desde un móvil. Un segundo después recibí otra de Klaus en mi teléfono.

–Edit.

–Hola, Klaus. Hoy estás acaparando toda mi vida social.

–Es mi forma de llamar tu atención.

–Pues lo has conseguido. Pero seguro que no me llamas para pedirme que te devuelva ya el favor de este mediodía.

–No, sólo para felicitarte por tus dotes de investigación y darte un consejo.

–Tú dirás.

–En Düsseldorf estaban avisados de que podías aparecer por allí en algún momento. A mi amigo le pareció un sitio que te resultaría sospechoso, aunque yo, creo, no te lo mencioné para nada.

–No, no lo hiciste.

–Bien, eso quiere decir que eres concienzuda.

–Eso es la felicitación, gracias... ¿y el consejo?

–Que no pierdas el tiempo en Düsseldorf. Allí no es.

–Yo también estaba llegando a esa conclusión.

–Estoy seguro.

¡Vaya con Klaus! Yo tenía bastante claro cuál era su papel y cuál era el mío, lo sabía desde que me ayudó a salir del apuro de Munich con tanta generosidad, pero me sorprendió que me controlase tan de cerca.

Bueno, para el resto de la investigación ya sabía cuáles eran las reglas.

Como no hubo manera, en el laberinto de Düsseldorf, de salir por la E35, tuve que tomar la E31 para entrar en Utrecht desde el sur por la E25. La otra consecuencia, derivada de ello, fue que tomé la decisión de comprarle un GPS a la furgoneta.

Y como entré por el sur, ya muy cerca de Utrecht tuve que atravesar Nieuwegein –en holandés quiere decir, creo,

algo así como *‘un chiste nuevo’*, pero la verdad es que, visto de cerca, no encontraba ninguna razón para reírme: parecía un sitio aburridísimo—, e iba conduciendo por algo que se llamaba *‘s-Gravenhoutseweg’* cuando me dio por torcer en la calle Zwolseveste, porque tenía pinta de barrio discreto para dormir y ya era hora de consagrarse al reposo.

Aparqué en una zona residencial tan tranquila y pueblerina que se abrieron tres ventanas para cotorrear quién llegaba a casa a medianoche. Seguramente el hecho de que no saliera nadie de ningún coche les debió dar tema de conversación para un par de días, pero como lo hablarían en holandés, que es tan ininteligible para quien no lo conozca —como es mi caso— como mi húngaro para la mayor parte de la humanidad, me importó más bien nada lo que dijeran de mí.

—Oye, Edit.

—Dime.

—¿Qué idiomas hablas?

—El húngaro, es obvio, y el alemán que es el *‘segundo idioma’* lógico en Centro-Europa, y más teniendo una abuela berlinesa. En la escuela me enseñaron ruso y francés, que los hablo regular. El inglés lo tuve que aprender, en cuanto aparecieron las primeras grietas en el Telón de Acero, para poder seguir en la profesión y lo estudié a fondo porque en esa época estaba casi siempre en el paro y no tenía mucho más que hacer. ¿Aclarado?

—Aclarado, gracias.

Como la entrevista estaba concertada para la tarde, dormí a pierna suelta, desayuné las últimas magdalenas de las que había comprado en el camping de Salzburgo –que estaban especialmente buenas–, llamé para cancelar la cita de Düsseldorf –no me importaba que Bob rastrease ese teléfono– y me di un largo paseo hasta el centro de Utrecht –cerca de dos horas a buen paso, lástima de bicicleta–.

Aprovechando que el tiempo estaba muy raro para el lugar –hacía sol, cuando lo normal es viento y lluvia–, comí en una terraza junto al canal, cerca del domo –en el cruce entre Steenweg y Zoutmarkt– y me presenté en las oficinas centrales de los laboratorios, en la Stationsstraat, en la zona de Hoog Catharijne; junto a la estación, en resumen.

Eran unas oficinas bastante humildes, para lo que me esperaba, en un edificio alto pero viejo y gris. El directorio de la entrada decía, sin embargo, que sólo había una empresa, la Bergen Elektro, con toda la pinta de que, no mucho tiempo atrás, el edificio estaba repartido entre no menos de ocho empresas. Pero parecía que la Bergen Elektro había ido desplazándolas a codazos: todavía se veía la sombra del nombre de una de ellas en el directorio, una empresa de mensajería de nombre Rijnhaven no-se-qué –esa parte se había borrado del todo– cuyas letras de vinilo, al quitarlas, habían dejado zonas de aluminio brillante rodeadas de aluminio mate: habían estado muchos años allí.

Una empresa que está aumentando la producción en el boyante mercado del silicio y se molesta en crecer en un edificio pulgoso de la parte más vulgar de Utrecht. ¿? No es que tuvieran que darme explicaciones de por qué tomaban esas decisiones, pero era un detalle que, seguro, podía decir algo de su forma de hacer negocios.

Por otro lado estaba el dato, que no debía perder de vista, de que la Bergen Elektro estaba en el listado de Salzburgo, pero ni Bandi ni Klaus la mencionaron. Lo de Bandi quería decir que no estaban relacionados con los círculos universitarios o que no iban presumiendo por los congresos, pero lo de Klaus podía significar que tenían una clasificación de seguridad que desaconsejaba que Edit Harsányi hurgara con un palito en ese agujero.

Yo iba un poco mosca con ese razonamiento y me encontré con la recepción que me encontré.

En ella me esperaban un par de muchachotes muy holandeses –para quien no los conozca, puedes partir de un alemán, hacerle un poco más alto, netamente más rubio, muchísimo más prepotente y tacaño de forma irrecuperable; con ello habrás obtenido un holandés digno de portar todos los tópicos definitorios de su país–, que me preguntaron, con la amabilidad que se puede tener con una mascota, quién era yo –tarjeta– a quién venía a ver –Herr Stafel– y por qué quería verle.

Yo había empezado en inglés, pero al decir Herr Stafel conmuté instintivamente al alemán y, en alemán, continué diciéndoles que lo que tenía que hablar con Herr Stafel era

posible que fuera del interés de Herr Stafel, y no necesariamente de interés para ellos.

Se miraron como diciendo *‘esta ratita no sabe con quién se la está jugando’* y, mientras uno de ellos llamaba al dichoso Herr Stafel el otro me dijo que tenía que enseñarle el maletín. Ahí se nubló más aun el panorama, porque no estaba yo por la labor de mostrarles los más de 60 000 € en efectivo que todavía lo poblaban.

Llegamos al acuerdo de que lo podían pasar por el detector de metales que había a un lado de la recepción, lo cual me pareció inocuo en principio, pero me preocupó cuando vi que las tirillas metálicas de los billetes, como iban en fajos muy bien apilados, se llegaban a notar en la radiografía. Si sabían interpretar las señales, los mocitos ya estaban enterados de que en ese maletín había una importante suma de dinero.

–Debería dejarlo aquí, en recepción, de todas formas.

–En ese caso, vendré más tarde –pareció que les desilusionaba verme partir–... a no ser que haya alguna otra opción.

Sí que la había, aunque bastante chusca: después de hablar ellos dos en un aparte aceptaron que podía meter el maletín en una bolsa sellada y comprobar a la salida que seguía igual de cerrado... Era una opción que me dejó algo más tranquila, porque podría ser que, simplemente, quisieran asegurarse de que no sobornaba a ninguno de los empleados de la empresa.

–De acuerdo.

Pero cuando estaban a punto de cerrar la bolsa térmicamente, me acordé de que no podía prescindir tantas horas de su contenido.

—¡Un momento!, por favor.

Y abriéndolo sólo una ranura, metí la mano, saqué un par de compresas, y les permití que lo sellasen definitivamente.

Pero me encontré con que el elegante pantalón que vestía no tenía más que un minúsculo bolsillo en el que llevaba unos euros y la llave de la furgoneta, con el teléfono enganchado a la cinturilla, y que la camisa no era de las de bolsillo; resultado: no tenía dónde meter las compresas... Me tenía que comprar un bolso.

Tuve que ir al baño antes de subir y me niego en redondo a decir dónde las guardé hasta la hora en que las necesitase.

Uno de los mocetones me acompañó por ascensores faltos de engrase y pasillos despoblados, sin decorar y con poca iluminación, hasta el despacho en el que me esperaban. Sólo un número en la puerta...

Herr Stafel resultó ser algo muy parecido a una persona, pero no exactamente una persona.

Su color pálido recordaba más la cera o, mejor aun, recordaba más la piel de un cadáver que la de una persona.

Sus ojos no eran claros, sino descoloridos, su pelo no era fino sino débil, sus manos no eran delgadas sino descarnadas.

Su edad no era indeterminada sino poco interesante y, cuando miraba, más que *ver* parecía que *sentía* tu presencia de alguna forma esotérica.

–Señorita Harsányi...

Y su voz, no era una voz, sino un ruido modulado para parecer que hablaba. Era tan agradable como si alguien entonara el ‘cumpleaños feliz’ a base de rascar con la uña una pizarra de las antiguas siguiendo esa música. Las palabras parecían alemán del norte, pero la entonación podía provenir de unos cuantos kilómetros más abajo –me refiero estrictamente hacia ‘*abajo*’: en dirección al centro de la Tierra–.

Bueno, resumiendo: no me cayó bien.

Al darle la mano un frío punzante me invadió la espina dorsal.

Esperé a sentarme antes de empezar a hablar, para ver si mejoraba el tono vital de la entrevista, pero el asiento era un sillón de rejilla sobre tubo de acero en el que el asiento sólo tenía patas por la parte delantera, dejando el resto en voladizo y, al encargarle que soportara mi razonable peso, se tumbaba hacia atrás de una manera difícil de controlar con lo que me añadía tensión a la situación.

Y encima, yo estaba con el maletín encerrado en una bolsa de plástico sobre mis piernas, como si fuese un modelito recién sacado de unos grandes almacenes y empaquetado de mala manera.

–Usted dirá –se impacientaba el golem.

Le conté la historia de siempre.

—Pero no tenemos datos de su compañía —esa contestación me dijo dos cosas: una, que había investigado utilizando los datos de la cita; la otra, que no se había creído una sola palabra de mi preparado discurso.

—Somos la avanzadilla de los inversores, sólo obtenemos datos para decidir a quiénes ofrecemos nuestras subvenciones.

—Muy interesante.

La entonación de la voz decía que ese *‘muy interesante’* se debería interpretar de la misma manera que cuando un médico de alto nivel revisa nuestros análisis y nos comunica que nuestro caso es *‘muy interesante’*: suele querer decir que nuestro porvenir es tan corto y asqueroso como el palo de un gallinero.

Le insistí en que podríamos colaborar en los desarrollos comerciales de sus productos ofreciéndoles *‘nuestros’* canales de distribución en una sinergia que...

No me dejó continuar.

—No estamos interesados —dijo.

Si hubiera sido una entrevista comercial real, me habría sentido completamente aliviada por el hecho de perder de vista ese posible cliente, pero no me apetecía irme de allí sin alguna información más... bueno, más bien, *‘sin alguna información’*, porque hasta ese momento mi cosecha era nula por completo.

Ni siquiera podía sacar información sobre sus gustos literarios mirando los lomos de los libros de su librería, porque no tenía librería, ni papeles sobre la mesa, ni diagra-

mas de producción desplegados en las paredes grises de su despacho.

Decididamente era una empresa muy rara.

Yo estaba bloqueada y el homúnculo se estaba impacientando.

Era también completamente obvio que si le hacía una carantoña no lo iba a entender y si era algo más que una carantoña llamaría al psiquiatra para que se hiciese cargo de mí –y con razón: tendría que estar loca de atar para encariñarme con algo como Herr Stafel–.

Me tuve que ir.

Me acompañó hasta la salida otro empleado de grado y utilidad indeterminado. Paré en el lavabo antes de salir por la puerta, pero eso fue todo lo que saqué en limpio de la visita a aquel fantasmagórico edificio.

Bueno, no: en realidad saqué algo más y, con el tiempo, algo importante.

En la recepción no estaba ninguno de los dos muchachotes de cuando entré, sino un vigilante de uniforme con décadas de servicio a sus espaldas. Mientras, en la calle estaba empezando a llover y no me había traído ¡mi paraguas!

Por alguna patología relacionada con la depresión que coqueteaba conmigo desde hacía días, eso último, lo de '*¡mi paraguas!*', lo debí decir en voz alta, porque el vigilante me señaló el paragüero que tenía tras el mostrador.

–Estará aquí, señorita.

–Ah, pues sí, ¡menos mal! Muchas gracias.

Escogí uno especialmente grande, aunque era negro y soso y se le movía la empuñadura, pero es que era el único que había en el paragüero. Al fin y a la postre, eso sí que fue lo único tangible que saqué de la visita: un paraguas medio roto y robado.

Le di al vigilante la cuartilla que me habían endilgado como parte de la ceremonia de entrada que, firmada por Stafel, demostraba que había cumplido mi palabra de entrevistarme con él; en ella se especificaba que debía sacar un maletín dentro de la bolsa sellada, pero el vigilante no se preocupó de comprobar ese extremo.

Las hienas

Como el paraguas era grande y yo estaba recién cambiada, tenía calzado cómodo y necesitaba relajarme y pensar –y comprarme algo, quizá el GPS que tanto echaba de menos–, emprendí el paseo de vuelta a pie, dejando el malecón dentro de la bolsa hermética para evitarle la ducha.

Y con esa pinta y mi gracejo habitual enfilé el camino de regreso, por la orilla de un canal cuyo nombre ignoraba. Puede que fuera alguno de los nombres ininteligibles de alguno de los carteles que iba sobrepasando manzana tras manzana pero, tratándose del holandés, las palabrejas que se repetían también podrían ser instrucciones de seguridad o consejos turísticos.

Lo malo es que no había ninguna tienda, ni de GPS ni de nada, por el camino.

Me acordé que el lunes se me pasó por la cabeza que todo me salía tirando a mal por ser lunes, pero el viernes estaba siendo el colofón de una semana francamente negra.

No había descubierto nada significativo, tenía mi primera regla –y la clara amenaza de tener más cada pocas semanas–, estaba cansada, lo más amigable que me había tropezado era una empleada de camping y una casi-niña que pensaba que el Marketing era afrodisíaco.

Y lo que me faltaba: el paraguas tenía una gotera: le faltaba el pitorro de la punta y por allí le entraban algunas gotas de agua que salían por el mango mojándome la mano. ¿Por qué todo a mi alrededor tenía goteras?: la furgoneta, el paraguas, yo misma...

Enseguida dejó de llover y las calles pasaron a estar relativamente transitadas, pero, en una de mis miradas para disfrutar del panorama general, me pareció reconocer al par de muchachotes de la recepción de Bergen Elektro tratando de formar parte del paisaje. Sí: un centenar de metros por detrás de mí; eran ellos y eso le quitó, de repente, todo el interés al paseo por la orilla del canal.

¿Qué es lo que podía hacer atractivo, para dos mocetones altos y guapotes, pasar la tarde del viernes siguiendo a una rubia con un maletín cargado de dinero?

Se me ocurrían tres o cuatro respuestas, pero no sabía decidir cual me gustaba menos.

Al llegar a la esquina de la calle Vondellaan –la que yo llevaba por el borde del canal debía ser la Jutfaseweg– un taxi libre apareció como un ángel de la guarda. Pararle, subirme y decir que saliera pitando lo hice en un solo mo-

vimiento. Cuando miré hacia atrás alcancé a ver que no se les divisaba todavía doblando la esquina.

Bueno, relájate Edit. Ellos iban a pié y no había más taxis a la vista, por lo que les has dado esquinazo.

Efectivamente, nadie parecía seguirme, por lo que le di al taxista la dirección de donde había dejado la furgoneta y traté de disfrutar del viaje y del hecho de que había empezado a llover otra vez y, para variar, esa vez yo estaba a cubierto.

Pero la paz interior me duró poco.

Alcanzándonos a toda velocidad por la autovía se nos acercaba otro taxi –debía utilizar como combustible una buena propina– y, cuando estaba a punto de llegar a nuestra altura, la conductora retuvo la velocidad y se quedó a una distancia media. Pero en el momento en que llegaron a estar cerca había reconocido a la pareja de muchachotes, mis particulares Dupond y Dupont, que parecían empeñados en seguirme a toda costa.

Para entonces mi taxista había girado en varios cruces... ¿cómo puñetas me habían encontrado?

No me apetecía que descubriesen mi Mercedes, pero no tenía muchos más sitios donde ir.

Y empezaba a oscurecer lo cual –ayudado por las negras nubes que estaban descargando un montón de litros por metro cuadrado dosificados en las gotas gordas de una tormenta de verano– hacía que el asalto de la temprana noche resultase en una rápida victoria de la oscuridad so-

bre la luz; incluso en el exterior de mi misma –me temo que a veces se me escapa la vena poética, lo siento–.

Adiós Elie.

Pensé en decirle al taxista que me llevase a la Policía, pero yo tenía una documentación que no me apetecía mostrar demasiado: no quería tener que llamar todos los días a Klaus a contarle lo que iba haciendo. Y los chavalotes me podían acusar, y con pruebas, de que yo iba representando a una compañía inexistente y de haber molestado a Herr Stafel, y el homúnculo corroboraría su historia, seguro. No, Edit, no: de esta tienes que salir tú sola, me dije.

Y en el barrio donde estaba aparcada mi vivienda eran muy cotorras las vecinas. Es posible que hubiese demasiados testigos como para que intentasen nada...

Pero en vez de hacerle parar al taxista delante de la furgoneta le indiqué que me dejase un poco antes porque recordé que había una zona en obras, en la que estaban edificando otra de las bonitas manzanas de la urbanización y, mientras tanto, era el único tramo sin farolas de toda la zona; al acercarse el taxi iluminó con sus faros la orilla de uno de los infinitos canales de Holanda, lo cual me terminó de redondear un plan. Un tanto desesperado, pero un plan.

Tenía un billete de 20 € en el bolsillito del pantalón y el taxímetro marcaba 12.30 €, pero le di el billete antes de parar y le dije que saliera pitando, que no quería que mis padres me viesan llegar en taxi. No sé si lo entendió del todo, pero salió a buena velocidad y yo me escabullí hacia

las obras cuando los faros del otro taxi, taladrando la intensa lluvia, doblaban despacio la esquina anterior en una barriada que me parecía más muerta que nunca.

Podría haberme confiado en que, con esa luz, ni estando a mi lado me verían, pero algo me decía que si me habían encontrado en el laberinto de autopistas de los alrededores de Utrecht, dar conmigo en una urbanización tranquila no les iba a suponer graves dificultades.

Así es que empecé por terminar de romper el paraguas: le saqué el mango, que tiré entre los escombros de la obra, y dejé la llave de la furgoneta y el móvil escondidos allí mismo, debajo de un panel de madera que les protegería de la lluvia por un rato. Para compensar lo que les dejaba tomé prestado los ladrillos que pude cargar –tres– sin soltar paraguas ni maletín.

Y con ese equipaje me acerqué al canal cuando los muchachotes estaban bajándose del taxi un poco más allá de la obra, en un punto donde la luz de las farolas que tenían sobre ellos les deslumbraría, impidiéndoles verme entre la oscuridad de donde yo estaba. Es muy posible que la taxista se hubiera hecho la sorda cuando le dijeran que parase en lo oscuro, donde no había ni vecinas cotorras –lo cual es, sin duda, la máxima soledad a la que se puede llegar en ese barrio– y donde esos mocetones podían atracarle a su gusto si eran esas sus intenciones. ¡Bien por las taxistas desconfiadas!

Yo, mientras, me acerqué a la orilla del canal y me metí en el agua con el menor ruido posible.

Ya de antes estaba empapada por la lluvia y helada de frío, pero el agua del canal tampoco estaba lo que se dice templada.

El maletín tendía a flotar con su bolsa herméticamente sellada, por lo que uno de los ladrillos me ayudó a sumergirlo. Los otros ladrillos me ayudaron a sumergir a la propia Edit, que temblaba de todo, pero principalmente de miedo y de frío.

El feo paraguas se sumergió conmigo, pero dejando la punta del mango entre las hierbas de la orilla y la punta a la que faltaba el pitorro en mi boca y ¡sí!: se podía respirar utilizándolo de tubo, la profundidad era escasa –para esconderme del todo tenía que estar casi tumbada en el fondo– y con los ladrillos era suficiente para mantenerme hundida.

La mala noticia era que, si fuera estaba oscuro, dentro del agua no se notaba ninguna diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados. Es posible que de alguna manera inconsciente hubiese esperado, al menos, oír algo, pero el golpeteo de la lluvia era lo único que podía percibir por los oídos.

Aterrorizada y encogida –para que el agua me cubriera por completo–, en el metro muy escaso de profundidad que había junto a la orilla, aguanté todo lo que pude.

En mi opinión fue como un par de horas o así, pero mi reloj no debía de haberse movido más allá de dos o tres mi-

nutos, cinco como mucho, cuando ya no pude aguantar más el frío y tuve que emerger.

Muy despacio, como una burbuja de metano, saqué la cabeza, abrí los ojos, los subí por encima del nivel de las hierbas de la orilla, y pude divisar alguna linterna que se movía por entre las vacías ventanas del edificio en construcción. Bien, era un movimiento lógico, y ahora llevaba yo la iniciativa.

Dejé el maletín debajo del agua, pero señalé el punto de la orilla clavando el paraguas en el fondo a su lado, de forma que sólo asomaba una punta del mango, algo que no llamaba la atención.

Con un ladrillo en cada mano me fui hacia la obra. No todos mis temblores eran por el miedo y el frío: también tenía una sobredosis de adrenalina por las venas.

Los holandesitos de las linternas habían dejado inconsciente a un vigilante de la obra –yo no le había visto hasta entonces, también podría ser un pordiosero refugiado en el edificio–, que yacía bajo la lluvia entre las dos puertas. Pobre hombre: su papel en este asunto era lastimoso.

El edificio lo estaban construyendo con dos portales, simétrico respecto al plano central, y ahora distinguía, de vez en cuando, dos linternas en las ventanas, una en cada mitad de la construcción. Estaba terminada la estructura, y levantadas las paredes, pero nada más: todo eran ladrillos toscamente unidos con cemento, rozas para pasar las canalizaciones de electricidad y tuberías a la vista.

Uno de los chavalotes, por el ruido que hacía, estaba ya bajando, y le esperé dentro, al otro lado del punto por el que debía salir desde la escalera, que apenas era todavía una rampa de hormigón con una hilera de ladrillos por el centro, sujetos con yeso, a modo de escalones provisionales. El rubio tenía que bajar con cuidado y apuntando la linterna a los irregulares apoyos para tener alguna posibilidad de llegar sano y salvo a la calle, y me limité a administrarle un ladrillazo en el lado izquierdo de la cabeza con toda mi alma cuando desembocó en el portal todavía mirando al suelo: no dijo ni ¡ay!, sino que se desplomó en mis maternos brazos que le depositaron en el cemento y escombros sin mayor escándalo.

La herida que le había hecho en la cabeza tenía mala pinta, no se iba a recuperar tan fácilmente, así que me limité a dejarle en paz para ocuparme de su colega, que bajó, puntualmente, haciendo equilibrios por la escalera del otro portal, y se llevó su propio ladrillazo, pero en el parietal derecho en su caso –al ser simétricos los portales, el lugar adecuado para esperarle estaba a la mano contraria que con su compañero de fatigas–.

Primero a uno y luego a otro les quité el cinturón que aproveché para atarles lo mejor que pude. De todas formas, antes de dejarles solos les administré otro ladrillazo a cada uno para que a los dos les doliese la cabeza de una forma equilibrada, que no hay peor jaqueca que la que duele en un solo lado del cráneo.

Ya a la carrera, recuperé el maletín, la llave y el teléfono, corrí hasta la furgoneta, tiré por la parte de atrás todo lo que llevaba en las manos –incluyendo un ladrillo, que se me había quedado pegado a la mano: hasta ese momento lo seguía agarrando con crispación histérica– y, con una bolsa de plástico sobre el asiento para no mojarlo, conduje acercándome lo más posible a la obra, abrí la puerta lateral, metí al vigilante en el portal, para dejarle a cubierto –tampoco parecía gravemente herido–, arrastré hasta mi Mercedes a mis perseguidores, les metí en la furgoneta, cerré, les metí un par de pastillas en la boca y me fui de Nieuwegein como alma que lleva el diablo o, más bien, con una mala leche digna del mismísimo demonio.

Los ratones

El viernes anterior estaba a esas mismas horas tratando de sacarle información a los dos Estébanes en la puerta de mi furgoneta, allá en Budapest... Habían pasado siglos desde entonces.

Esa noche era lluviosa y cerrada, por lo que no tenía más que encontrar un descampado para poder rematar mi plan, pero nada más difícil en Holanda que encontrar una zona deshabitada y desaprovechada con la superpoblación de que disfrutan y lo tacaños que son: todo estaba vallado. En el campo no había ni un solo sitio donde aparcar discretamente, al menos por donde yo fui y con la visibilidad, por llamarla de algún modo, que me dejaba la lluvia que no paraba de caer –aunque a ratos caía con más fuerza aun–.

Además, no creo que tenga que detallar las razones, después de un episodio violento y peligroso como el que acababa de añadir a mi currículum tenía la cabeza muy

mal estructurada, estaba muerta de miedo, confusa y muy excitada lo cual, siempre, es una combinación explosiva.

No sé del todo bien el por qué, pero acabé entrando en Róterdam y, después de callejear erráticamente, terminé en la zona de Charlois, y aparqué en la vía de servicio de la Dorpsweg, en la que había suficiente ruido, sobre todo por la lluvia –intensa y gruesa: era un frente cálido– como para que lo que pasara en mi furgoneta no llamase la atención de nadie.

Aparqué en la vía de servicio, pero lo hice en el lado de los carriles centrales. Desde mi posición, a dos carriles de distancia al otro lado de la vía de servicio, la otra fila de coches aparcados y la ancha acera que me separaban de las casas más próximas me dejaba a más de quince metros de los posibles chismosos. Además, el estar tan cerca de la Dorpsweg –de los carriles centrales yo estaba separada sólo por una estrecha franja de hierba y árboles–, que tenía pinta de estar muy transitada a algunas horas y ser tráfico pesado, había hecho que los vecinos de ese lado de las casas tuviesen todos doubles ventanas y las persianas bajadas. El otro lado de la Dorpsweg ni lo veía.

Yo también cerré cuidadosamente todas las cortinillas, incluyendo las de delante de la cabina.

Bueno, ya podía dar la luz y me podía ocupar de mis invitados con toda discreción.

Las heridas de sus cabezas no eran profundas ni graves por ningún otro motivo, por lo que me quedé tranquila: estaban relajados –les había embuchado a cada uno un par

de pastillas para dormir del bote que no había llegado a estrenar yo—. Tan fritos que les podía abrir los ojos sin que reaccionasen, aunque su iris se contraía ante la luz de la linterna.

Empecé por desnudarles de cintura para abajo. Luego les até las pelotas con un alambre que saqué de la caja de herramientas de la furgoneta y, el estrecho anillo de alambre de cada uno —seguro que les molestaba, y mucho, porque eran jóvenes y no las tenían nada colgantes—, lo até a su vez con una cuerda que, a partir de ese momento, siempre tuve a mi alcance. Las manos se las dejé atadas sin miramientos a las patas de los sillones de mi salón, firmemente sujetas a los carriles del suelo de la furgoneta y redondeé la faena atándoles por la barriga, con sus cinturones, también a los anclajes deslizantes de los asientos.

—Oye, Edit: ¿tendrás cuidado con lo que haces?

—Tranquilo, tendré tanto cuidado como miedo: muchísimo de cada.

Sus carteras no me dijeron nada de particular: identificaciones varias, permiso de conducir —los dos podían conducir camiones y tenían otro carné que les identificaba como conductores de seguridad, de lo que deduje que el jefazo les llevaba de guardaespaldas—, tarjetas de crédito, algo de dinero —bastante poco para una noche de viernes: o eran casados o pensaban repostar en un cajero antes de salir de juerga— y, los dos, tenían la sana costumbre de

utilizar transporte público y lo pagaban con tarjetas-chip recargables. Ninguno de ellos tenía permiso de armas.

Los dos llevaban unos intercomunicadores Motorola pero baratos y uno de ellos guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta una especie de mando a distancia que me imaginé qué utilidad tenía pero que, de momento, dejé en el asiento del conductor, con el resto de sus objetos personales.

La siguiente fase de mi plan exigía que estos ratoncitos se despertasen, pero no sabía cómo hacerlo. En el prospecto de las pastillas para dormir decía que dos píldoras eran una dosis razonable para dormir toda la noche alguien de su tamaño y peso –eran grandones– y ya llevaban más de cuatro horas desde que las tragarón.

Si dos pastillas les hacían dormir toda la noche en una cama, sentados en el suelo –esa moqueta ya no tenía remedio, pobrecilla... o más bien pobrecilla yo, que tendría que limpiarla algún día– y con las pelotas atadas a un alambre... era cosa de que se despertasen en algún momento por la incomodidad.

Pensé en descansar yo mientras se despabilaban, que también me hacía falta, así es que me cambié de ropa, me quité la que había utilizado para bañarme en el canal de Nieuwegein y me puse algo seco, incluyendo una compresa que no estuviese convertida, como la anterior, en una masa informe por exceso de agua de canal holandés. Pero cuando me iba a repanchingar de la mejor manera posible en el asiento del copiloto con una camiseta larga

sobre las bragas por todo atuendo, me di cuenta de que uno de los dos tenía una erección de esas que no pasarían desapercibidas incluso con el pantalón puesto.

Bueno: empezaba el baile y era importante que no se me notase el miedo en ningún momento.

–Buenos días, muchacho, ya te has dado la fiesta viendo mi striptease, y ahora te toca a ti hacer algo por mí.

–...–se hacía el dormido.

–Oye, que el numerito ya se ha acabado. Ahora cantas o me enfado.

–...

–Bueno, tú lo has querido –y tiré de su cuerda.

–¡HIJA DE PUTAAAA!

–No grites tanto, que eso me enfadaría más. Verás, estamos lejos de nadie que te pueda oír –y lo confirmaba el ruido de la lluvia en el techo de la furgoneta, que apagaba el del ocasional paso de algún coche por la vecina avenida–, pero a mí me molestan los ruidos, así es que si gritas... tiro de la cuerda –el amago que hice de ilustrar mi discurso con otro tironcito hizo desaparecer el poco color que quedaba en su piel.

–¡Hija de puta! –esta vez lo dijo en un volumen convenientemente medido y en un tono a juego con la mirada asesina que me dedicaba.

–Verás, guapo, necesito que me contestes unas cuantas preguntas... –yo, por supuesto, hacía como si no fuese conmigo su enfado.

–¿Y si no me da la...? –me había interrumpido con mucho brío, pero se apaciguó rapidísimamente según me vio el ademán de tirar de la cuerda.

–¿Te vale como contestación? –lo dije de la manera más sensual que pude, pero con la cuerda firmemente agarrada con la mano izquierda mientras dejaba la de su compañero en la derecha– Verás –continué– quiero que me digas, por ejemplo, quién os dijo que me siguieseis, ¿fue Stafel?

–No, fue cosa nuestra.

–Y ¿se os ocurrió a vosotros solitos?

–En el maletín iba mucho dinero –no era una pregunta sino una afirmación rotunda, sin matices de duda; el chico estaba muy seguro de lo que decía, lo cual podía ser síntoma de que decía la verdad en el resto de la afirmación: que eran unos vulgares chorizos que tenían formación como personal de seguridad y habían detectado las tirillas metálicas de los euros del maletín.

–Bueno, dejaremos eso a un lado de momento. Ahora cuéntame: ¿a qué se dedica la Bergen Elektro? –Empecé, mientras, a pegar tironcillos suaves a la cuerda de su compañero.

–No lo sé. Yo sólo soy de Seguridad.

–Mira guapo, eres un guardia de seguridad que conduce el coche del gran jefe, que puede permitirse cambiar su turno de trabajo en la media hora que estuve en el despacho de Stafel y que ha logrado *seguirme a través de la noche y la tormenta* –al decirlo se me escapó el tono declamatorio más épico de los que tenía en mi repertorio, lo cual sor-

prendió al muchachote—, así que no eres sólo un guardia de seguridad.

—Yo no sé nada.

—¡Y una mierda! —Un apunte en tono prosaico, que venía bien para barrer el tufillo épico de mi intervención previa.

Quizá fue lo animado del diálogo, o los tironcillos que notaba en sus partes nobles, pero el caso es que el colega durmiente se empezó a despertar.

—Bienvenido, majo, estábamos echando de menos tu conversación.

Estaba un poco espeso el nuevo, por lo que le llamé urgentemente al mundo real con un tironcito de su cuerda algo más enérgico, lo cual derivó en unos ojos como platos y un inicio de grito.

Procedí a explicarle las reglas del juego.

Estaba todavía medio dormido, pero al final de mi explicación parecía que algo le preocupaba y no le dejaba dar cabezadas; puede que fuese la cuerda que veía en mi mano derecha, a la que miraba con ojos de loco, pero el caso es que terminó atendiendo a lo que le decía.

Me confirmó que mi maletín contenía mucho dinero.

—Pues verás —terminé con el nuevo— ahora estábamos discutiendo si tu compañero es un simple guardia de seguridad o realmente sabe algo sobre lo que se cuece en la Bergen Elektro. ¿Tú qué opinas?

—Yo no sé nada ¡aaaayyy! ¡Cabronaza!

–Mirad –me puse lo más seria que pude-, y os lo digo a ambos: como tengo dos rehenes puedo permitirme el lujo de gastar uno en convencer al otro –hablábamos en alemán, y al decir ‘gastar’ yo había utilizado el verbo ‘*wechseln*’, como si gastase dinero, como si consumiese algo prescindible, despreciable, algo que no me preocupaba mucho perder.

–Me explico –continué: puedo cortaros las pelotas, de una en una –lo dije despacio, relamiéndome– a uno de los dos y tirarlas por la ventanilla sólo para convencer al otro de que voy en serio. ¿Enterados? Con que me responda uno ya me vale –conmuté a un tono frívolo y superficial–, así es que al que se porte peor de los dos le va a quedar una bonita voz de soprano.

–La buena noticia es que no tengo preferencias por ninguno de vosotros, por lo que ambos tenéis una auténtica y última oportunidad de contestar mejor que el camarada y salvar vuestras patéticas pelotitas. Yo os recomendaría que trataseis de salvar por lo menos una cada uno, ¡sois jóvenes!

–Bien: ¿quién de los dos quiere responder a unas cuantas preguntas muy fáciles?

Los dos querían.

El mayor problema fue conseguir que no hablasen los dos a la vez y a cual más fuerte.

Tuve que establecer un sistema de turnos y, si no me gustaba la contestación de uno, le preguntaba al otro y, si me gustaba más la nueva versión, punto que se sumaba o

restaba en el correspondiente casillero. No tuve que tirar de las riendas en ningún momento.

Por lo visto, la Bergen Elektro se dedicaba a fabricar sistemas de identificación a distancia, esas tarjetitas que al pasarlas cerca de un sensor nos abren una puerta –o nos la cierran, según de bien o mal le caigamos al sistema de ‘Control de Presencia’–: se llama tecnología RFid. Y la Bergen Elektro, recientemente, había conseguido dos contratos realmente importantes.

Uno de ellos estaba relacionado con la fabricación de etiquetas inteligentes para una cadena de supermercados –millones de etiquetas, a pocos cent la pieza–, para que bastase con que pasásemos el carro a menos de 6 Km./Hora por la caja del supermercado para que cada artículo quedase sumado en nuestra cuenta sin necesidad de ponerlos en la cinta de uno en uno.

Ese contrato iba a cambiar la forma de comprar a unos cuantos miles de personas, e iba a empujarles a que se envasasen y cayesen en el vil consumismo, por la facilidad de pagarlo todo sin volver a sacar las cosas del carro y por no tener una última oportunidad de cuestionarse si realmente necesitaban cada una de las cosas que habían metido en él.

Pero esa fabricación no justificaba medidas de seguridad especiales.

El otro contrato sí que explicaba todo el montaje.

El otro contrato era para la fabricación de unos microcircuitos integrados muy parecidos a los anteriores pero que, en vez de decir por radio, al pasar junto a la antena interrogadora, *'soy un pollo y valgo 1'15 €'* –todo tiene un precio, al menos en este mundo–, en este caso dicen –dirán– toda nuestra identidad, currículum, antecedentes penales y la talla de calcetines que llevamos ese día: eran los microcircuitos a insertar en los pasaportes de ciudadanos de la Unión Europea en algún momento del futuro cercano.

Eso sí que exigía unas medidas de seguridad como es debido.

Una bolsita de microcircuitos, bolsita del tamaño adecuado para llevarla dentro de un reloj de pulsera, por ejemplo, podría incluir la materia prima para darles pasaportes válidos a la mitad de los terroristas del planeta.

Y de paso aclaraba cómo me habían encontrado después de mi huida en taxi y, más tarde, *'a través de la noche y de la tormenta'*, porque la tecnología a utilizar para hacer un localizador es la misma que en las etiquetas, sólo es cuestión de potencia de la señal, sensibilidad de las antenas, que las antenas sean muy direccionales y, como máximo, que haya que poner una pequeña batería en la etiqueta.

–Y, a ver, que estamos terminando, quien me contesta ahora... tú, Dupond –les había asignado los nombres de los detectives de Hergé en las aventuras de Tintin, Dupond y Dupont en la versión original, pero luego les llamaba con uno u otro nombre indiferentemente; nunca me importó

cómo se llamaban ni real ni imaginariamente— ¿Dónde llevo yo el chip de seguimiento?

—Está en la base del maletín, te lo pegué al meterlo en la bolsa.

Efectivamente, eché para atrás el respaldo de uno de los asientos y recuperé el maletín de la popa de la furgoneta, donde había caído, lo saqué de la bolsa hermética donde todavía seguía y sí, allí estaba: una mancha con aspecto de chicle marchito que, en su interior, llevaba el microcircuito con su microbatería.

La especie de mando a distancia era, efectivamente, un localizador, y me enseñaron a utilizarlo para aprovechar el microcircuito pegado en mi maletín. Bueno, a partir de ese momento iba a ser más difícil que me robasen. La batería le duraría un par de semanas si no se le interrogaba demasiado —pulsando el botón grande del mando a distancia— y la batería no era más que una pila de botón del modelo más pequeño del mercado, bastante fácil de encontrar en cualquier relojería. En un paquetito de chicles llevaban otros cinco microcircuitos —eran como chicles, que se hacían blanditos y pegajosos en cuanto se aplastaban un poco y se rompía la cáscara seca que los protegía— y también me enseñaron a activarlos con el propio mando a distancia —que utilizaba pilas tipo ‘AAA’—.

Con chicos así de colaboradores daba gusto.

Pero, por simpáticos que estuviesen, el amanecer ya estaba cerca y esto era como cuando se hace un puzzle de 5.000 piezas, que el principal problema es decidir qué se

hace con él al terminar de montarlo, cuando ya no es una caja que puedes llevar bajo el brazo, sino un espectacular cuadro de 160x98 que no puedes volcar y que no te cabe en ningún rincón ni te queda ya pared donde colgarlo –sé cómo son estas cosas: tuve mi época de hacer puzzles–.

Yo no iba a seguir en Holanda mucho rato, pero no me apetecía que me acusasen de rapto, torturas ni nada parecido. Y tenía muy pocas evidencias en contra de los muchachotes, por lo que era bien posible que, por las claras, acabase yo en un calabozo y ellos como las víctimas de un retorcido complot en cuanto cualquiera de los dos bandos acudiese a la autoridad judicial.

Y de lo que diría Klaus si volvía a tener noticias mías por algo así... prefería no imaginarlo.

Evidencias...

Una buena declaración podía llegar a ser válida o, al menos, dejarles tan mal parados que no se animasen a explicarle nada a la policía.

Bien. Me aseguré de que el cordelito con el que tiraba de sus pelotitas seguía teniendo una enorme capacidad disuasoria, completamente desproporcionada si se comparaba con el tamaño de las propias pelotitas.

–Una, dos, tres y ¡cuatro pelotitas! Enhorabuena, habéis llegado a la final del concurso de amabilidad y buenas maneras con todas dentro del coche todavía –dije con mucho retintín lo de ‘todavía’–. Ahora falta la penúltima prueba, muy sencillita. ¿Estáis dispuestos a colaborar?

Lo estaban, y muy dispuestos si nos atenemos a la energía con que asentían con la cabeza. Así es que dispuse papel y bolígrafo sobre una carpeta dura, deposité semejante recado de escribir en la sufrida moqueta, justo delante de ellos, y me dispuse a la parte más delicada: acercarme a desatarles una mano a cada uno, por turno.

El primero no ofreció ninguna dificultad. Yo había pasado las cuerdas de sus cataplines por el interior de la rueda del volante y, al acercarme, me seguí asegurando de que las cuerdas –de su entrepierna al volante y, desde allí, de vuelta a mi mano– seguían tan tensas como las caras de mis invitados. Pasé por el estrecho espacio entre el chaval de la derecha y la puerta corredera lateral –el respaldo estaba ya tumbado– y le desaté una mano desde atrás.

Muy dócilmente, escribió de su puño y letra una detallada declaración en la que explicaba las aviesas intenciones con que fijaron un circuito localizador en mi maletín, cambiaron su turno con el vigilante de la puerta de atrás y se dedicaron a seguirme hasta Nieuwegein con ánimo de robarme. Allí atacaron al vigilante de la obra e intentaron hacer lo mismo conmigo pero, en una noble y justificada defensa propia, les dejé fuera de combate utilizando medios proporcionados y sin ningún tipo de ensañamiento. Una vez aclaradas las posiciones respectivas, yo había accedido a dejarles en libertad a cambio de esta detallada confesión que accedían a firmar como parte del trato en el que ellos se verían libres de toda acusación siempre y

cuando mantuvieran indefinidamente su propósito de enmienda.

Lo completaba con un resumen de lo más significativo de los cotorreos que me habían contado acerca de una empresa tan secretista como la Bergen Elektro, para asegurarme que tuvieran claro que, como mínimo, se quedaban sin empleo si yo me enfadaba.

Lo firmó y se dejó atar de nuevo la mano en el carril central de los asientos.

Su camarada fue más complicado.

Él no estaba accesible desde el lateral de la puerta, sino que estaba bien en el rincón junto a la cocina y, para desatarle, necesitaba ponerme encima de él y abrazarle amorosamente, amén de hacerlo utilizando en algún momento las dos manos. Con el otro, como lo hice casi desde su espalda, no fue tan complicado, pero en este caso resultaba, además, un ejercicio de alto riesgo.

Bueno, le desaté y el chico añadió un párrafo en el que reconocía un trato humanitario y correcto por mi parte, además de hacer suyas las palabras de su compañero. Firmó y... ahí vino lo difícil.

Ahora me tenía que abrazar a un tiote desatado, y atar-le.

Teniendo muy presente la recién terminada maniobra de desatarle y las dificultades que había tenido, lo de agarrar la cuerdecita de las pelotas, de pronto, me pareció insuficiente y me tomé la molestia de atármelas a la muñeca izquierda; ¡menos mal!

Porque cuando le dije que pusiera la mano detrás para proceder a atarle, el muy descerebrado se dedicó con ella, lo descubrí enseguida, a desatarse la otra y, cuando me acerqué a atarle me encontré, por sorpresa, con que con una mano me daba un puñetazo en la cara y, a continuación, me sujetaba por el cuello mientras que, con la otra mano, sujetaba la cuerda, por lo que mis intentos de pegar tirones eran, a partir de ahí, intentos vanos.

De alguna manera –puro instinto– conseguí darle un rodillazo en las costillas, justo bajo el brazo con que me estaba estrangulando, lo cual hizo que soltase momentáneamente mi cuello y yo, ya que estaba con la pierna doblada, estirándola di un salto completamente descontrolado que me llevó por sobre los asientos –a cuyos pies estaban mis rehenes– hacia la parte de atrás de la furgoneta. Habría llegado fuera de su alcance, y les habría dado un tirón de huevos realmente peligroso, si no hubiese sido por la fuerza con que el cabronazo de mierda sujetaba la cuerda, por lo que, finalmente, acabé yo casi entera detrás de los asientos pero con el hombro medio descoyuntado y un brazo estirado al límite de su capacidad de alargamiento hacia la parte delantera de la furgoneta. Un poco complicado de explicar, pero más aún de controlar.

La buena y mala noticia era que algo que había sobre la cama casi me rompe las costillas al caer en la parte de atrás del colchón.

La parte mala de la noticia era que me dolía mucho y que me había hecho una herida abierta y sangrante justo debajo de mi bonito pecho izquierdo.

La parte buena de la noticia era que lo que me había hecho tanto daño era el ladrillo que, junto con el maletín, había tirado hacia atrás al entrar en la furgoneta.

Y entonces me encontré sacudiéndole al rebelde un nuevo ladrillazo en la cabeza, esta vez en el centro, puesto que era la única parte de su cráneo libre de chichones y porque esta vez le atacaba desde atrás y arriba mientras el cabrón intentaba con una mano encontrar la hebilla del cinturón –estaba por detrás– para desatarse la cintura y soltarse por completo sin dejarme, mientras tanto, libre la cuerda de los cataplines.

Con el golpe que le di se le reblandecieron todos los músculos y dejó de moverse.

Yo me había salvado.

Me dolía el pecho, podría ser que me hubiese roto una costilla y tenía la camiseta manchada de sangre. Me la quité para examinar la herida, con lo que el camarada prudente y silencioso volvió a demostrar su facilidad para la erección.

No era más que piel cortada por el borde del ladrillo y una promesa de moratón para semanas. Me puse la misma camiseta y le di al mirón una patada –muy flojito– en la entrepierna que le bajó los ánimos en cosa de pocos segundos.

El retrovisor de la cabina de conducción me explicó con toda claridad que lo del ojo era algo más que una molestia pasajera: el muy bestia me había amoratado un palmo cuadrado de cara que iba cogiendo color por momentos. La patada que le di al inconsciente sí que se la apliqué con todas mis ganas; la pena es que, como estaba grogui, no pude disfrutar del berrido que hubiese dado en caso de estar despierto.

El trabajito que hice a continuación fue una obra de arte digna de una sesión sado-masoquista. Tuve una novia que tenía esas manías y, aunque no duró mucho lo nuestro, aprendí cosas muy raras.

Al dormido le tumbé sobre el despierto, y les até las manos, a cada uno, por detrás del otro, con un cabo extra que utilicé para que cada uno tuviese atado a sus muñecas, por entre las piernas del otro, sus propias pelotas. De esa manera podía contar con que el despierto haría todo lo posible por levantar al dormido y que, si se hacía daño, era cosa suya. El resultado es que cada uno de los mozos tenía las manos en el trasero del otro y, por la entrepierna del compañero, tenía sus propias pelotas atadas a sus propias muñecas.

Les até otra cuerda larga a los anillos de los testículos de cada uno, la agarré con determinación, apagué todas las luces y abrí la puerta corredera de la furgoneta, lo cual supuso un huracán de aire fresco y vivificante que ayudó

a terminar de despertar al cabronazo que me había dejado el ojo a la virulé.

Les hice salir a la calle y al diluvio que caía. Tapé la matrícula de la Mercedes con los calzoncillos de uno de ellos y les llevé hacia atrás cuidando de que no pudiesen tocar el trapo y ver la matrícula –de todas maneras estaban mirando a todas partes tratando de reconocer la calle en la que estábamos, seguro que contaban con que era Utrecht–. Debían ser las cinco de la madrugada, más o menos, y por la calle no pasaba ni un alma.

Llegamos al seto que separaba la vía de servicio de los carriles centrales hasta un par de metros tras mi camper y les hice sentarse en el suelo, sobre la hierba; se hicieron un lío de piernas que derivó en algún tirón desagradable, pero quedaron finalmente cómodos y, lo más importante, imposibilitados de levantarse deprisa. Allí había un árbol de cierto porte, con una rama fuerte y a la altura adecuada, sobre la que pasé la cuerda con la que les llevaba como corderos al matadero.

En el penúltimo momento les dejé que se aterrorizaran porque empecé a atar la cuerda de sus testículos al manillar de la puerta del conductor, y dejándoles darse cuenta de lo que hacía, por lo que visualizaron con toda claridad que lo nuestro iba a terminar con una despedida sangrienta, algo realmente gore.

–Dijiste que ibas a tener cuidado con lo que hacías.

–No te adelantes a los acontecimientos, veras...

Pero antes de que empezasen a gritar en firme deshice el nudo y até la cuerda a una señal que indicaba a los que circulaban por los carriles centrales que estaba prohibido detenerse.

Iba a meterme en la furgoneta cuando se me ocurrió que no era justo que me portase igual de mal con el que me había puesto el ojo morado que con el otro, que no me había puesto ningún ojo morado, por lo que saqué el depósito del retrete químico en el que, a esas alturas, deberían estar los desagradables resultados de más de dos días de utilización –y yo no estaba estreñida– mezclado con los productos químicos que lo convierten todo en una sustancia azul y asquerosa pero no maloliente. Se lo vacié al malo por todo el cuerpo procurando no manchar al menos malo más de lo imprescindible.

Metí el depósito, una vez vaciado, en su escotilla de la furgoneta y dejé que la lluvia limpiase un largo momento.

Les tiré los pantalones y su documentación encima y, al menos manchado de azul –ahora sí que les distinguía bien, pese a la poca luz del lugar–, le aflojé un poco el nudo de las muñecas para que, en un tiempo prudencial, se pudiese desatar y no tuviese que intervenir ni policía ni bomberos para que volviesen a casa, que cuanto más discretamente acabase todo, mucho mejor.

Entré en la furgoneta, cerré el portón lateral, puse otra toalla más sobre el asiento del conductor y me fui de Rotterdam y de Holanda.

No creo que a nadie sorprenda mi afirmación de que me alegro de que nunca más volviera a saber de aquellos cabrones y estoy segura de que ellos se alegran de no haber sabido nunca más de la hija de puta de Edit.

Mamá oca

Necesitaba lamerme las heridas.

Salí de Rotterdam sin fijarme demasiado en la dirección que tomaba y, de hecho, no encendí los faros hasta varias manzanas después de dejar en paz a los malditos muchachotes, quitar el calzoncillo de la matrícula y de vomitar por la ventanilla en el siguiente semáforo.

Por algún afortunado avatar, cuando me empecé a fijar en los carteles de la autopista resultó que estaba en la A16 /E19 que era la manera más directa de salir de Holanda y entrar en Bélgica, por Antwerpen.

Me hubiera gustado llegar directamente a París esa misma noche-mañana, pero al pasar de Amberes –Antwerpen en los mapas–, vomitar por tercera vez, y enfilear Gante se me cayó encima todo el cansancio de una noche sin dormir, con toda la violencia que había arrastrado. Cuando el nivel de adrenalina en mi sangre bajó a unos niveles humanamente aceptables me empezó a doler todo lo que era susceptible de doler en mi apaleado cuerpo.

El ojo debía de estar algo más que amoratado, porque ya no veía bien con sólo ese ojo, aunque el temprano amanecer del solsticio de verano compensaba con su luz la pérdida de enfoque –y la debilidad me hacía derivar hacia la poesía épica–.

La costilla tenía toda la pinta de estar rota: sólo podía soportar dos o tres posturas. Había dejado de sangrar, sin embargo, y la camiseta estaba pegada a la costra, por lo que era de imaginar que me iba a doler quitármela.

Una tos seca que me venía cada poco podía estar causada por el frío, el baño y las duchas de lluvia helada que llevaba encima sin tiempo para secarme y entrar en calor, por el golpe en la costilla o podía ser un efecto colateral del subidón de adrenalina y la taquicardia.

Había dejado de llover, aunque el cielo encapotado me decía que no por mucho tiempo.

Iba conduciendo descalza, pero no me detuve para arreglarme. Primero quería encontrar dónde parar.

Parar.

Y, si era posible, parar por un largo tiempo.

Llegando a Gante vi un bonito cartel que anunciaba un camping municipal, cerca del canal de competencias de remo. Me pareció que me anunciaban la puerta del paraíso.

Para bajarme a ajustar una parcela me puse lo que primero salió del armario, que era una elegante gabardina negra comprada en Viena, que complementé con unas viejas

sandalias deportivas que provenían de mi casa en Balatonfüred y que me puse sin medias ni calcetines. Con esta imagen, con el ojo amoratado, con gestos de dolor cada vez que me volvía a mirar en cualquier dirección, con el pelo empapado todavía, tosiendo –y doliéndome la costilla al hacerlo–... La mujer de la recepción, directamente, me ofreció ayuda para denunciar al marido que me había hecho todo aquello.

Le expliqué, lo mejor que pude –en mi limitado francés, del que no había estudiado el vocabulario de los malos tratos–, que sólo quería un poco de tranquilidad, descansar el fin de semana y tomar decisiones de una forma meditada y firme.

Me dio una parcela perfecta, cerca de los baños y muy cerca, como insistió en señalarme, de la cabaña en la que ella misma dormía y donde podía acudir *‘a la hora que fuese, sin importar la razón, aunque solo fuera para hablar, aunque solo fuera para estar las dos calladas’*. Me salió una inmejorable sonrisa amarga y un completamente sincero agradecimiento.

Aparqué la furgoneta y, utilizando la gabardina como albornoz y con una muda bajo ella, me fui a las duchas de donde salí mucho mucho tiempo después, completamente limpia y algo relajada.

Como estaba volviendo a llover, saqué la manchada moqueta de la furgoneta –miel, barro, lo que sea que destilasen los cabrones a lo largo de la noche, parte de un vómito mío...– y la extendí sobre el techo de la cabina, des-

pués de restregar con lavavajillas las partes más manchadas para que se lavase ella sola; entré, cerré puertas y cortinas, me comí con apetito un poco de queso que me quedaba y la última manzana, extendí la cama, perdiendo para ello todo el tiempo que necesité –que fue mucho más de lo normal con el dolor de la costilla rota– incluyendo poner sábanas limpias y la manta que reforcé con la última toalla seca. Y así me dispuse a dormir doce horas de un tirón.

A los diez minutos, vistas las horrorosas imágenes que me venían a la mente en cuanto cerraba los ojos, temblando con la posibilidad de soñar que volvía a estar en el fondo del canal respirando por el tubo del paraguas, helada y asustada, busqué el bote de las pastillas para dormir y me tomé una, la primera de mi vida.

Cuando me desperté era de noche, y estaba tan descansada que por un momento pensé que podía haber dormido más de un día de un tirón. Las compresas, como una maldita clepsidra, me indicaron que no había sido tanto, puesto que no había llegado a manchar las sábanas.

Me vestí decentemente, incluyendo calcetines para las deportivas, y salí a dar un paseo por el camping que, como todos los camping, era una buena aproximación a la aldea mítica y romántica, en la que muchos imaginamos una vida sencilla, con los bienes materiales justos, sin cosas superfluas y en comunión con la naturaleza, pero con

los cazurros de siempre que se empeñan en llevarse sólo lo peor de la civilización cuando se alejan de la ciudad –o sea, que había alguno viendo la tele a buen volumen–.

La costilla me molestaba un poco, pero parecía un dolor más muscular que de hueso. Tenía cardenales en los brazos de los agarrones que me dio el bruto aquél durante la pelea, tenía despellejados los dedos por los ladrillos, que debí agarrar con cierta ansia, y me dolían las manos no sabía de qué; quizá de la fuerza con que sujeté la cuerda de sus pelotas durante tanto tiempo.

La buena noticia era que tenía un saludable buen apetito, la mala era que no tenía nada en la nevera y todo estaba cerrado en el camping.

No he tenido nunca muy desarrollado mi instinto social, y los últimos acontecimientos lo estaban reduciendo a niveles indetectables, pero no tuve más remedio que llamar a la puerta de la señora de la recepción con la esperanza de que la lucecita que se veía por una de las ventanas fuera síntoma de que estaba despierta y dispuesta a ejercer de buena samaritana.

Sí, pese a lo discreto de mis nudillos dando tres golpe-cillos en la puerta, salió, me reconoció, y sonrió de una forma extremadamente maternal.

–Pasa, querida.

–¿No molesto?, estarás a punto de acostarte.

–No, estaba viendo la tele, pero prefiero una conversación –y me agarró con dos dedos de la manga del jersey y me metió en la cabaña prefabricada que era su vivienda.

–No creo que sea yo hoy una buena conversadora –la temperatura era agradable, la televisión tenía un volumen muy bajo–. ¿Estás sola?

–Desde que, hace seis años, mi marido dejó de beber cerveza de la única manera que resultó efectiva con él: se murió –su triste sonrisa tenía ribetes claramente amables–. Pero siéntate –lo hice–. ¿Has cenado?

–Una manzana –mentí.

No se tomó la molestia de preguntarme si quería tomar algo, sino que se metió en la cocinilla y salió un momento después con un enorme trozo de tarta de frambuesa y vainilla, una botella de vino rosado y dos vasos.

–Cuando se sale corriendo no se acuerda una de llenar la nevera, ¿verdad?

No tuve más remedio que sonreír con agradecimiento y atacar la tarta, que fue lo más rico, exquisito, apetitoso, oportuno y reconfortante que había yo probado en toda mi existencia.

No hablamos de nada hasta que habían alcanzado mi estómago la totalidad de la tarta y un vaso –¿o fueron dos?– del vino italiano que había sacado –un Lambrusco frío que entraba mejor que el agua.

Una tripa llena ayuda a ver mejor las cosas.

–Parece que tienes experiencia en casos como el mío.

–Amplia experiencia, querida. No te puedes hacer idea de lo normal que es tu situación.

–Y, ¿tiene algún remedio? –que sí: ya sé que el que me había sacudido no estaba casado conmigo, pero yo me

sentía hecha una piltrafa no creo que muy diferente de la piltrafa que se sentiría una esposa maltratada y, entre piltrafas, nos tenemos comprensión y camaradería ¿vale?.

–Lo siento, pero tengo que contestarte que no lo sé. Aquí llegáis amoratadas, llorosas y, a veces, empapadas como tú, os doy conversación, os recomiendo que no aguantéis lo que no tenéis por qué aguantar y, un par de días después, os vais de aquí para raramente volver.

–Qué triste. ¿Nadie vuelve a darte las gracias?

–Algunas sí, pero no a darme las gracias, sino a reponerse de la siguiente paliza, así es que cuando no vuelven lo considero una pequeña victoria.

–Trataré de ser la excepción.

–Muy bien, querida –pero las arrugas de su cara formaban un dibujo un poquitín cínico que expresaba con toda claridad algo así como *‘Sí, querida, todas decís lo mismo’*.

Estuvimos un rato juntas, menos de una hora. La mayor parte del tiempo calladas.

Por una parte, yo me sentía obligada, a pagarle la cena en conversación pero, por otra, estaba pensando que, probablemente, Olga –así se llamaba– estaba deseando acostarse, así que al primer síntoma de que era el momento de irse, me fui con un *‘gracias por todo, de verdad que me ha ayudado mucho’*.

Al salir de su cabaña estaba lloviendo suavemente pero, como ya he dicho, mi furgoneta estaba muy cerca.

Como no podía salir a pasear –aparte de la lluvia estaban mis diferentes dolores físicos–, ni tenía nada siquiera remotamente asimilable al sueño, ni podía comer nada –ni tenía hambre– y la cama estaba muy bien hecha; me senté en uno de los asientos de la cabina de conducción sin ningún proyecto en la cabeza.

Se me ocurrió que tenía que comprarme un ordenador portátil, pero la tienda de ordenadores portátiles también estaba cerrada hasta el lunes.

–Oye, escritor.

–Dime.

–Espero que todo esto no haya sido idea tuya.

–No sabría decirte, la verdad.

–O te explicas de una manera convincente o separamos nuestros destinos de forma inmediata.

–Quería decir que, moviéndote por la lógica de los acontecimientos, era de prever que cosas como esta te podían suceder: estás metiendo las narices en sitios delicados. En al menos uno de los sitios se cometen delitos...

–Bueno, dejémoslo por el momento. Prefiero no pensar en ello.

–Oye, y que conste que lo siento.

–Sí, seguro, pero quien tiene un ojo morado y dolores diversos es Edit, no tú, te llames como te llames.

–Si te sirve de consuelo, a ti te van a pagar un buen dinero por este trabajo, y ya tienes un adelanto en el maletín.

Yo, en cambio, ya veremos lo que saco.

–Oye: esto tienes que publicarlo, es el trato. Yo estoy cumpliendo mi parte, literalmente me estoy dejando la piel en ello; tú tienes que cumplir la tuya como sea.

–De acuerdo. Yo no voy a esforzarme menos que tú, tenlo por seguro.

–Bueno, venga, sigamos.

Pero lo más urgente, a primera hora de la mañana, era llenar la nevera.

–Oye, escritor.

–Dime.

–¿Dónde piensas publicar el libro?

–En la España que, previsiblemente, vas a conocer en los próximos días: la cita del viernes es allí. De momento se lo voy a enviar a un amigo que está relacionado con el mundo editorial en Astorga.

–Ojala le guste.

–Si sale todo bien, tú y yo iremos juntos muchas veces por Astorga y por Madrid: son sitios que te gustarán.

–Oye, no te líes: yo soy sólo un personaje. ¿Ya te imaginas paseando con una rubia despampanante colgada de tu brazo?

–Espero que vayamos de la mano: irás en la portada de un libro que llevaré en mi mano a todas partes.

–¡Que bien! Eso me ha gustado.

Si no llovía y no me dolía mucho la costilla, me daría un paseo por Gante.

Y ya no tosía. Lo de la tos debió de ser el calentón.

–Oye, escritor.

–Diime.

–¿Cómo te imaginas esa portada?

–Pienso en una estética de comic, y te imagino en el restaurante del embarcadero del lago Balaton, con el maletín encima de la mesa y Robert de espaldas. También puede valer un mapa de Europa y tú en tu furgoneta sobreimpresa encima.

–Me parece bien, muy bien. Lo dejo a tu criterio.

Y si llueve pegaré hebra con Olga.

–Oye, escritor.

–Diiiime.

–Tú crees que publicarás todo esto.

–Estoy convencido.

–¿Por qué?

–Porque lo que se busca para publicar es algo nuevo e interesante y yo creo que eres nueva e interesante.

–Gracias.

–Piensa en ello y cuenta ovejitas.

La mañana siguiente amaneció con unos cielos tersos y limpios, como si por allí no conociesen la lluvia más que por los reportajes sobre Inglaterra. Me levanté casi bien, al menos físicamente bien.

Y Gante resultó un lugar muy agradable para pasear.

Me fui al centro en el coche de un vecino de parcela que se iba del camping y, como era domingo, me tuve que conformar con los paisajes urbanos y poco más. Pero a la hora de comer me apeteció regresar al camping a meterme en mi furgoneta.

Comí en el restaurante lo que me dieron, hice colada, compré comida como para una semana y un estuchito de maquillaje –la tiendecita del camping era todo un mundillo y, en un rincón, tenían de esas cosas– y me metí en la cama a echarme una siesta que compensase lo poco que había conseguido dormir por la noche. A las pastillas para dormir y las drogas en general siempre les he tenido algo de miedo.

Los moretones de los brazos ya sólo molestaban y el ojo se había recuperado en cuanto a hinchazón y veía bien con él. La costilla no debía estar rota porque también se recuperaba rápidamente.

El estuche de maquillaje incluía un cortaúñas y me pude arreglar las dos que se me debieron romper manejando el ladrillo y que desde entonces se me enganchaban en cualquier cosa.

Olga me ayudó a maquillarme para disimular el moretón del ojo y me enseñó un par de trucos al respecto, aunque estaba claro que para la entrevista del día siguiente, en París, tendría que comprarme unas gafas oscuras tamaño Audrey Hepburn. Por suerte, me habían citado para poco antes de comer y eso me dejaba tiempo para ir de tiendas en el camino a la entrevista.

Total que trasteé un poco en Internet –tenía que preparar lo del día siguiente con una historia adaptada para la ocasión–, pagué la estancia del camping hasta esa noche, me despedí de Olga y, poco después de cenar, me puse en camino hacia París a través de una llovizna ligera. Tenía planeado entrar en la ciudad sin los atascos del fin de semana ni los del lunes por la mañana.

Nada más alcanzar velocidad en la autopista un ruido en el techo de la furgoneta me recordó que la moqueta seguía –había seguido, hasta ese momento– autolavándose con agua de lluvia. Por suerte no había tráfico y se cayó en el carril de la derecha, con lo que la llevé sin peligro hasta la furgoneta. Sin peligro, sí, pero más de cien metros cargando con ella, que pesaba de lo lindo tan mojada como estaba, aunque total, yo ya me estaba empapando con lo que caía del cielo y con lo que me salpicaron los pocos coches que pasaron.

Estaba francamente harta de pasearme por toda Europa con pinta de pollo mojado.

Para colmo, cuando me fui a cambiar de ropa dentro de la furgoneta, me vi en el espejo y se me había corrido el maquillaje.

Un pollo mojado y patético.

La moqueta la tuve que poner en el asiento del copiloto para que escurriese, y allí siguió toda la semana hasta que estuvo seca. Eso sí: había quedado limpia hasta la asepsia.

Entré en París desde el norte, por la A1 / E15 y fui buscando el Bois de Boulogne, donde sabía que hay un camping –no quería arriesgarme a aparcar mal en París, que no conocía la ciudad, y no me atraía nada la idea de tener que buscar la furgoneta en donde sea que la llevase la grúa de la policía municipal, así es que había reservado plaza en el camping ya desde Salzburgo, en cuanto me confirmaron la cita de París–. Bueno, sin prisas, llegué al Bois de Boulogne y localicé el camping por entre las prostitutas que habían salido como setas después de la lluvia, pero me quedé a dormir en el aparcamiento de fuera del camping hasta que, por la mañana, me pudiesen asignar una parcela –que no fue tal, sino que me las tuve que apañar en una zona bastante caótica en el extremo nordeste, entre tiendas y roulottes y sin toma eléctrica–.

Bueno, el resultado práctico es que dormí en París y, a primera hora de la mañana, con el maquillaje reconstruido de la mejor manera posible salí andando hacia el barrio de La Défense, donde estaban las oficinas de mi siguiente objetivo. No llovía, pero no me olvidé del paraguas, al cual en los últimos tiempos no hacía más que encontrarle nuevas utilidades.

Lo de '*a primera hora de la mañana*' quiere decir que llegué al Centre Commercial Les Quatre Temps cuando las tiendas estaban recién abiertas, y me pude comprar unas horribles gafas de sol que terminaban de disimular el ojo que todavía no podía cerrar y abrir con soltura.

La cabra

Y a las 11:00 –muy pronto, tenía la cita para las 12:00, pero no tenía otra cosa que hacer y pudiera ser que me recibiesen antes– estaba yo en la Place des Corolles, entrando en otro edificio de oficinas, otro más para mi biografía como investigadora, esperando que no fuese muy importante desde el punto de vista emocional y mirando a los vigilantes de seguridad con un recelo que habrían delatado mis ojos si no hubieran estado disimulados por las gafas oscuras.

–Escritor.

–Dime, Edit.

–¿Tú crees que aquí hay trampa?

–Trampas puede haber por cualquier parte, lo siento.

Tienes que estar atenta en todo momento.

–Necesito que me des ánimos, no seas cabrito.

–Si quieres verlo así: estadísticamente sería muy raro que en la misma investigación te encontrases dos lugares problemáticos, lo normal es que lo peor haya pasado.

—Eso está mejor. Gracias.

—Pero, oye: ten cuidado de a quién enseñas el maletín.

—Vale, gracias.

La información que tenía del bueno de Bandi era de que los del Institut d'Electronique Fondamentale (IEF) de la Université Paris-Sud 11 demostraban, en todos los congresos y seminarios en los que aparecían, unos medios técnicos muy por encima de los esperables para una universidad de su tamaño y los acompañaban de una ambición y prepotencia sin límites. Bueno, esto último formaba parte del tópico clásico acerca de los franceses y se llama chauvinismo, aunque a lo mejor no era más que un tópico; al menos en este caso.

Y Franka, la ardilla de Salzburgo, me había confirmado que estaban fabricando algo en mucha mayor cantidad de lo que hasta ese año había sido normal en ellos, pero que todos los pedidos se hacían y se pagaban desde las oficinas que estaba visitando en ese lunes sin lluvia: si había negocio es porque había dinero y allí, en esas oficinas, es donde olía a dinero.

Tuve que esperar a que el que había pasado antes que yo terminase las formalidades de entrada y, al llegar mi turno, yo no pensaba más que en los holandeses del viernes mientras los vigilantes de la Recepción no sólo no me asaltaron ni me miraron con avaricia, sino que, de hecho, ni siquiera me miraron. Pese a mis preocupaciones, ellos

estaban muy por encima de la situación como para preocuparse de una húngara que tenía cita con el director financiero: un tal Peregrin Gobichet.

Pero algo me estaba advirtiéndome de que un detalle importante se me estaba escapando...

Veamos, llevo un rato pensando en los vigilantes, pero algo se me escapa...

El directorio de la pared de la sala de entrada, con la distribución de empresas y despachos en el enorme edificio... allí explicaba que la empresa a la que yo iba ocupaba las plantas 5, 6 y 9: eso quería decir que se habían instalado en dos fases, tras crecer el negocio pero cuando ya no quedaban muchos metros cuadrados disponibles en el edificio... ¡tonterías! Eso no es importante.

¿Qué más?

En ese momento tuve el buen ojo de mirar en la lista de visitantes y, el nombre que estaba justo delante del mío me sonaba: un tal J. Ferenc... entré a la mayor velocidad que pude imprimir a mis piernas sin hacer sospechar a nadie de mis intenciones. En ese momento se cerraban las puertas de un ascensor... pero se abrían las de otro al que entré de un salto.

¡József Ferenc! No le había visto la cara, pero le debía de haber oído decir algo mientras estaba en mi nube particular meditando sobre si los vigilantes eran peligrosos o no y su timbre de voz es probable que tirase de alguna neurona anticuada y me intentase decir que esa voz la había oído yo antes.

El ascensor no hizo paradas intermedias y, efectivamente, en el antedespacho del director financiero, alcancé a József, el húngaro interesado en los estudios de mercado sobre consumos de dopantes, ese que me había advertido Klaus que iba un par de días por delante de mí en la investigación del caso y que reconocí como un investigador privado de Budapest con el que había coincidido –Elie– en algún asunto especialmente grande.

Al verle le terminé de ubicar en mi zarandeada memoria. Le recordaba como un tipo tan gris como el propio Elie. Educado y efectivo, pero que daba resultados sólo porque se lo trabajaba mucho y bien, pues tenía un defecto bastante grave para su profesión: no era desconfiado. Y, de paso, recordé que él era de Siófok... por eso Bob había planeado la reunión allí.

Él, por supuesto, no tendría ninguna pista de que tenía un competidor –Klaus no había podido advertirle de mi existencia y los otros que hubiese visitado... no eran tan perspicaces. Franka no nos hubiera relacionado aunque yo les hubiese visitado justo el día antes y a Monika no la imaginaba yo haciéndole confidencias a alguien como József.

Y mucho menos podría sospechar nada de la relación que había entre Elie y Edit... Así es que puse la cara que un húngaro espera en una financiera afrancesada y avallé con una entrada expansiva en la oficina:

–¡József!, querías hablar conmigo, me han dicho.

–¿Peregrine?

Un francés pronuncia igual el masculino Peregrin que el femenino Peregrine, con lo que el caballero József, puntual y educado hasta la timidez, asumió sin parpadear que iba a hablar con una financiera y no con un financiero: pan comido.

–Ahora vuelvo –le dije a la secretaria mientras agarraba del brazo a József para darle la vuelta y que ni viese la cara de extrañeza de ella, que estaba a punto de preguntarle su nombre y darle paso al despacho de Peregrin, el director financiero que le tenía citado para, seguro, esa hora exactamente–. Verás József, este lunes me vendría muy bien tomar ahora un café –puse gesto de resaca– ¡yo invito!, así es que, si te parece, tendremos nuestra reunión en la cafetería de abajo mientras me empiezo a recuperar del fin de semana... –e incliné la cabeza para indicarle el camino de la cafetería e insinuar que mejor no preguntase por las razones de la resaca.

–Por mí no hay ningún problema. –él hablaba un francés muy rudimentario, por lo que es fácil que no detectase que el mío tampoco era el de una nativa, ni muchísimo menos.

–¿Quizá prefieres que hablemos en inglés?

Así fue como conseguí, in extremis y por pura suerte, apartar a mi competencia del buen camino y meterle en un lodazal.

Le dejé que me hiciese, sin perder un minuto, una entrevista/encuesta, en inglés y bastante bien estructurada, sobre el mercado de dopantes, de los que nosotros –la em-

presa de Peregrin/Peregrine— éramos unos consumidores cada vez más importantes. Por supuesto, contesté lo que me dio la gana, pero manteniendo la seriedad y, supongo, la coherencia entre las respuestas.

Creo que él no se dio cuenta, pero su maletín era exactamente igual al mío... no había duda: trabajábamos para el mismo Cliente y me debería comprar un bolso. Yo mantuve en todo momento el mío fuera de su mirada en la medida de lo posible y, si en algún momento se me distraía, un gesto coqueto y volvía a centrar su mirada en donde a mí me convenía —ese día llevaba la misma camisa que en la entrevista con Bandi—.

Efectivamente, József estaba investigando quién y por qué estaba consumiendo dopantes de más, y yo le di pistas muy sutiles, pero a las que se agarró con ansiedad.

Porque le terminé contando un cotorreo muy divertido acerca de que unos laboratorios muy raros estaban teniendo problemas de suministro y le habían pedido a la Université Paris-Sud 11 dopantes e, incluso, obleas de silicio para hacer frente a un pico de producción de alta tecnología. Yo, como Directora Financiera, me había enterado por las facturas y abonos que había tenido que autorizar, todo lo cual me había extrañado mucho, por supuesto.

—Por lo que las estadísticas de consumo de la Industria Europea están un tanto desviadas. Se lo digo por si se está basando en ellas: los consumos reales de esos dos labo-

ratorios son mucho mayores de lo que parece y los de la Université que nosotros financiamos son algo menores. Tenga cuidado con esas cifras.

—Y... ¿me puede dar los datos de cuáles son esos laboratorios? —¡que poca agresividad la de este chico! Yo me habría tirado al cuello de quién me pudiese dar esos datos.

—Of course *mon ami*.

Y le di los datos de Bergen Elektro y del laboratorio de Düsseldorf.

Cuando me despedí de él en la entrada de ‘mi’ empresa, el caballero József se iba con un subidón de adrenalina hacia el aeropuerto porque ¡por fin! tenía una pista fiable a la que agarrarse en su investigación.

Y, ¡encima!, el caballerete me regaló un reloj Swatch que iba entregando como detalle atento por colaborar en el estudio de mercado. La verdad es que le daba un toque de realismo a su coartada, porque agradecer las colaboraciones de esa manera es algo muy normal en este tipo de estudios —que suelen suponer para el entrevistado un interrogatorio bastante aburrido y sin ningún otro beneficio—.

Él se lo había trabajado a fondo, pero yo había preferido pescar con un anzuelo más barato.

—*Has estado realmente oportuna.*

—*A veces la suerte hay que agarrarla por el rabo.*

—*Enhorabuena.*

–Gracias. A ver este otro cómo se me da.

–¡Que La Fuerza te acompañe!

Finalmente llegué a mi cita con quince minutos de retraso, pidiendo disculpas que fueron educadamente aceptadas –como su anterior anotación de la agenda ni siquiera se había presentado, yo no quedé demasiado mal por contraste–.

Y el director financiero resultó ser otro destacado miembro de la galería de bichos raros que me estaba encontrando en este caso.

Para empezar, me dio la sensación de que, como mujer, no tenía nada que temer de él. Nada que temer y nada que esperar, no sé si me explico.

Sus gestos ligeramente amanerados, su voz atiplada y el buen gusto que mostraba en su vestuario parecían síntomas de algo profundo.

Y era joven, quizá más joven que yo –me refiero a mis treinta años– y extremadamente joven para el puesto que desempeñaba. Era un francesito moreno, bastante más bajo que yo –1’80 yo, él debía estar en el 1’65– que un siglo atrás habría llevado un bigotito de puntas levantadas pero que, sin embargo, a punto de entrar en la era de Acuario, llevaba una pulcrísima perilla recortada con arte y una cocorota cuidadosamente afeitada.

Con la misma pulcritud estaba colocado cada objeto de su mesa, en la que las carpetas formaban ángulos estricta-

mente rectos y se alineaban en filas sin margen para el caos. El teléfono, la pantalla del ordenador, el teclado, el ratón, el cuaderno de notas y el portalápices –con coloridos bolígrafos publicitarios de la empresa– formaban otro polígono regular con alineaciones que eran exactas hasta el segundo decimal.

La decoración del despacho –aparte de una cafetera– incluía varias plantas en cada rincón y en cada superficie. Había drácenas a los lados de la ventana, aloe en varios estantes de una librería que originalmente estaba puesta allí, con toda probabilidad, para tener libros en vez de tientos, una espectacular *aspidistra elatior* para la que había preparado una mesita auxiliar al lado de su mesa de trabajo y un enorme *figus elástica* en donde cualquier otro hubiese puesto un perchero.

Inevitablemente me acordé de mis plantas de Balatonfüred a las que ahora no estaba Elie para cuidar. La asistente las regaría, pero me temía que, cuando volviese, encontraría alguna hoja seca, algún tallo doblado...

–Edit.

–Dime Escritor.

–Ahora estás muy dispersa.

–Es que mis plantas son muy importantes para mí.

–¿Para Elie o para Edit?

–...

–¿Edit?

–No sé que contestar.

–Pues más vale que te vuelvas a concentrar, o este individuo se te va a escapar de entre las manos.
–Vale, tienes razón: me he relajado. Perdona.

Peregrin Gobichet, ya dije que así se llamaba el personaje, me había recibido con amabilidad y tuvo a bien tragarse completa la historia que traía para la ocasión. Era una historia nuevécita, pues con él no me valía lo de que yo representaba a una sociedad de capital-riesgo que buscaba, dentro de la Unión Europea, destinatarios para sus inversiones y muy interesada en el mercado del silicio, etc., porque ellos eran también una sociedad de capital-riesgo con esos mismos objetivos. Ese día yo representaba, para variar, a una empresa que buscaba financiación para comercializar la patente que ostentaba de un interesante avance en la fabricación de circuitos integrados.

–Y perdóneme que no sea más específica y no explique en qué consiste el avance del que hablo, pero es que estamos en una primera entrevista, y estoy segura de que comprende que en este mercado la discreción es tan importante como los megahercios.

–¡Ja ja! Sí, querida, tiene usted toda la razón –se hubiese reído aunque le hubiera contado un chiste inglés: yo era una Cliente para él–, pero tendrá usted un proyecto que pueda compartir con nosotros, aunque sea en términos generales.

–Por supuesto, tengo una planificación de inversiones y una previsión de ingresos, pero antes de enviársela qui-

siera asegurarme de que sus objetivos de inversión y, sobre todo, sus niveles de tesorería están a la altura de nuestras necesidades.

Lo de dudar de si tenían dinero suficiente le picó.
Y mucho.

Me contó de corrido todo su plan de inversiones y, con poca discreción, me puso sobre la mesa –literalmente– algunas de sus referencias... quizá todas, y de alguna de ellas deduje, de forma inmediata, que no podían ser los que estaban vendiendo las cucarachas voladoras.

La primera razón podría ser que entre sus mejores referencias, dispersas por media Europa, se encontraban algunos de los fabricantes y distribuidores que estaban siendo perjudicados por el fraude que yo investigaba.

Eso hacía difícil que trabajasen a la vez para el otro bando, aunque no lo hacía imposible; pero es que estaban financiando también, y esa era la segunda razón, a fabricantes de sistemas de categoría militar –uno de ellos conocidos míos– cuyos procedimientos de autocontrol hacían imposible, en mi opinión, un desliz de este calibre.

Si alguien quería entregar sus productos a un cuartel de NATOlandia tenía que cumplir tantas homologaciones y normativas, que no podría ponerse una mañana unas bragas o calzoncillos que no fuesen de su marca habitual sin que saltaran alarmas en la primera puerta que tratase de cruzar.

Por lo tanto estos encantadores inversionistas tendrían expertos en seguridad que estarían inspeccionando sus

oficinas tanto entrando por las claras por la puerta principal como otros que se les colaban, seguro, por la puerta de atrás camuflados de empleados –y seguro que, además, lo eran– o de inspectores del gas. Esa manada de espías habría terminado mi trabajo mucho antes de dejarme entrar por la puerta.

No, ni la universidad ni la empresa de Peregrin tenían posibilidad de comercializar por canales informales lo que fabricasen. La visita a la Université me la iba a ahorrar.

Y ninguno de ellos podía fabricar nada de forma irregular.

Sólo me faltaba sacarle un dato, por puro pundonor.

–Y perdóneme una pregunta que puede considerar indiscreta, señor Peregrin. Según mis informes, alguno de sus financiados ha aumentado espectacularmente su producción recientemente, ¿es un aumento que nos pueda afectar a nosotros?

–No entiendo a qué se refiere.

–Quiero estar segura de que este aumento de la producción de un Cliente muy concreto de los suyos –jugaba de farol, pero estaba bastante segura de que estaba disparando en una diana muy grande: alguien de su rebaño sí que estaba aumentando la producción– no va a estar seguida de fabricaciones en áreas que compitan con nosotros y, a la vez, debo estar convencida de que pueden ustedes hacer frente a otro aumento de producción de igual o mayor envergadura... sin tensiones de tesorería.

–Ya entiendo –pero se estaba mordiendo una uña con gesto nervioso: acusarle de que no tenían suficiente musculatura financiera era lo que más le picaba ¡una y otra vez!–, y ya veo a qué se refiere, pero yo no puedo comentarle, en el improbable caso de que los conociese, cuáles son los planes de Schlumtronics –¡bien por Edit!: le había sacado el nombre de quiénes fabricaban lo que diseñaba el Institut d'Electronique Fondamentale de la París-Sud 11–. Pero le puedo asegurar –continuaba Peregrin–, e incluso demostrárselo documentalmente, que los desarrollos a que usted se refiere no pueden competir con los de ustedes pues, como seguramente sabe, ya que está tan bien informada, es un desarrollo a medida, por encargo de un gobierno extranjero, y tiene el horizonte concreto de la implantación de esas tarjetas-chip como identificación de sus ciudadanos. Usted me habla de avances tecnológicos y esto es un caso de producción en volumen bajo patente de una Universidad –que se estaba forrando pero, para mi desgracia, de una manera legal.

–Bien, entiendo que, efectivamente, no tiene nada que ver pero, caso de establecer una colaboración entre ustedes y nosotros, ¿podrán hacer frente a otro proyecto de esa misma o mayor envergadura?

–Señorita Harsányi, lo más que puedo hacer es invitarle a que nos pida una propuesta concreta y, en esa propuesta, le aseguro que encontrará las cifras que les podemos garantizar y el apalancamiento que les podremos do-

cumentar hasta el nivel que crean necesario en su proyecto...

Como yo ya había obtenido lo que necesitaba, y la pregunta era sólo para hacerle de rabiar –ponía un mohín muy gracioso el Peregrin–, en realidad ya no le estaba escuchando y tanto sus ansias como su francés contenido y diplomático me resultaban un poco cargantes tras más de una hora de soportar la situación –y de tratar de estar a su altura con mis oxidados recuerdos y limitado vocabulario del colegio de tantos años atrás–. Por eso, me fijé en la *aspidistra elatior* que tenía a su derecha: tenía las puntas enfermas.

No pude evitar levantarme a tocarlas, aunque le dije un educado ‘*siga usted, le escucho*’.

–¿Le gustan a usted las plantas? –él también estaba deseando cambiar de tema y se agarró a mi curiosidad arbus-tiva.

–Más de lo que me gusta la mayoría de la gente –dije esto recordando a los muchachotes de Utrecht–. Pero ésta la tiene usted un poco descuidada: las puntas se le han secado y eso es porque tiene exceso de humedad.

–¿Seguro?

–Puede creerme. Yo tengo una muy parecida en mi casa –ya estaba yo metiendo el dedo en la tierra y sacándolo con gesto de disgusto–. ¿Ve?, demasiada humedad: tendrían que sacar el dedo casi seco y, sin embargo, sale sucio. ¿Qué tipo de mantillo le puso?

–No sabría decirle, la compré ya en ese tiesto.

–Edit.

–Dime Escritor.

–¿Por qué te metes en ese charco? Ya tenías la visita terminada.

–Me gustan las plantas, tú déjame. Hasta el viernes no tengo que estar en Madrid para la siguiente entrevista.

¿Hay algo urgente de lo que me tenga que ocupar?

–Tienes que comprarte más ropa, maquillaje, ¿estás en París!

–Bueno, muy bien, pero siempre puedo ver París acompañada.

–Pero si éste parece homosexual.

–Un poco de pluma sí que tiene, pero de ahí a no ser aprovechable hay un buen trecho.

–¡Tú sabrás!

–Pues deberías cambiarle la tierra –era el momento de empezar a tutearnos–, ponerle tierra nueva, de interior y con mezcla de arena, bien abonada y regarla la mitad de lo que la regabas. Es una planta magnífica, merece la pena el esfuerzo.

–¿Se recuperará? –¡Qué tierno!, estaba sinceramente preocupado por su planta... yo no puedo dejar sin atender a alguien así.

–Si se la trata bien, es una planta muy fuerte, pero si tiene demasiada agua cría hongos que son los que te secan las puntas.

–Oye, ¿puede ser por lo mismo por lo que a otra que tengo en casa le han salido unos bultitos blancos en el envés de la hoja?

–Tendría que verlo, los bultitos son ¿duros o blandos?

–...gnnn no sé, no los he tocado –se volvía a morder la uña; me encantaría tenerle de adversario en una partida de póquer.

–Será algún hongo también, o algún parásito. En algún sitio de plantas –mi francés no llegaba a los matices de decir un ‘vivero’ o una ‘floristería’– tendrán algún antihongos, aunque también podría ser debido a una araña.

–Oye... yo vivo cerca de aquí, ¿por qué no?...

–¿...? –al chico había que empujarle un poquito con mi gesto de cejas levantadas a lo Audrey Hepburn (para hacer honor a las gafas).

–Nos acercamos a mi casa en un momento, la ves tú misma y, en agradecimiento, te invito a comer.

–A una propuesta así no puedo decir que no –y me las arreglé para decirlo con una pequeña dosis de picardía que no llegaba a la sensualidad, pero que la dejaba asomar–, pero me gustaría poner una condición –¡el factor sorpresa!, que es un estorbo en los negocios pero que, fuera de ellos, es una de los elementos que más efectivamente motivan las aburridas y predecibles vidas de la gente real.

–Tú dirás –Peregrin sonreía: ¡estaba en el bote!

–Es una condición muy sencilla y, espero, no sea ningún inconveniente: se trata de que no hablemos de inversiones fuera de esta oficina.

—¡De acuerdo!

Vivía realmente cerca, a un paseo, en La Défense. Era un apartamento con dimensiones como de una caja de zapatos, apilada —la caja— en una enorme estantería de incontables cajas de zapatos que también servían de apartamento a otros urbanitas y que, en conjunto, formaban uno de esos multicolores edificios de apartamentos del barrio. Seguramente, esa vivienda era más cara que mi enorme caserón de Balatonfüred, pero cabía perfectamente en mi trastero.

Sin embargo, estaba decorada con un gusto espléndido. Tenía plantas por todas partes —lo cual, para mí, ya es suficiente para demostrar buen gusto y estar completamente decorada—, desde un Poto que recorría la mayor parte de una de las paredes, hasta la enferma *aspidistra*, pasando, entre otras, por unas Calas con dos flores todavía abiertas, una de ellas inmensa y que perfumaba todo el salón.

Los muebles eran de calidad, aunque con demasiado cristal para mi gusto: resolvían la estrechez del espacio disponible a base mesas y estantes transparentes y de espejos en puntos estratégicos un poco por todas partes para tener amplitud visual, lo cual derivaba en algunas perspectivas un tanto mareantes.

Y los cuadros parecían elegidos de uno en uno en galerías de arte en vez de comprados por lotes en una tienda de decoración.

Una estantería, con baldas de metacrilato, mostraba un cierto gusto por libros de gran porte, especialmente de pintura, con especial acento en el periodo impresionista.

Muy mono.

El apartamento sólo tenía un defecto.

El defecto se llamaba Ulrike Gobichet –Ulrike Lecomte como nombre de soltera.

Ulrike era una flacucha y andrógina muchachita de, más o menos, la edad de Peregrin, con una media melena morena muy francesa y que, evidentemente sorprendida por la entrada imprevista de su marido, estudiaba alguna asignatura que exigía la utilización de infinitos apuntes de letra menuda y picuda –que retocaba con un costoso bolígrafo de colorines con publicidad de la entidad de Peregrin– y le hacía tener abiertas varias monografías de psicología por toda la superficie disponible de la mesa del salón –y esa era la única concesión al desorden en todo el paisaje–.

¡Maldita sea mi estampa! Si quería enrollarme con Peregrin tendría que pedirle permiso a su señora.

No recuerdo ni cómo me la presentó, ni mucho menos lo que yo dije, supongo que algo así como *‘encantada de conocerte’*.

La planta tenía unos hongos como setas. Limpiar cada hoja, cambiar la tierra, regar menos y, en su caso, un anti-hongos específico. Y ponerle una maceta de barro en lugar de la de plástico en que la tenía encerrada.

Me encontré comprometíendome a acompañar a Ulrike a un vivero para comprar todo ello.

Y sin saber muy bien cómo, terminé comiendo con los dos en un restaurante desangelado –pero caro– en el centro comercial en el que unas horas antes había comprado las gafas. Para colmo, en mi aturdimiento, acabé aceptando la sugerencia de Peregrin de irnos Ulrike y yo de compras por la tarde.

Sinceramente, no sé cómo me meto en estos charcos.

–Oye, Escritor, ¿lo sabes tú?

–Se podría analizar, pero creo que iría en detrimento del interés del relato.

–No se hable más.

–Oye: creo que deberías darle una oportunidad a Ulrike. A lo mejor tiene algún encanto.

–¡Vete al guano!

Peregrin, sin buscar más excusa que mirar el reloj y alzar las cejas, se fue a trabajar y allí nos quedamos, Ulrike y yo, intentando tomar un café con calma en aquel entorno neurótico, acelerado, rodeadas de urbanitas comprando lo que sea que necesitaban en una escapada de la oficina, de turistas tratando de llevarse de allí todos los recuerdos y encargos con que tenían que volver a su pueblo y, en general, con un decorado de portadoras de bolsas de diseño, bolsas que no habían sido pensadas con criterios de *‘elemento para llevar objetos en su interior’*, sino que estaban he-

chas para convertir en hombre/mujer-anuncio de la tienda durante el resto de la tarde a quién comprase un trapo cualquiera...

En ese entorno destacaban los negros ojos de Ulrike. O, al menos, yo me quedé mirándolos.

Ulrike tenía unos ojos que parecían ventanas al lado oscuro de la vida. Eso, unido a su delgadez, su ropa gótica, negra y llena de encajes y agujeros, y a que se pintaba al estilo Conde Drácula, hacía que fuese difícil sustraerse de una atracción morbosa que emanaba de sus silencios y de sus permanentes gestos de rechazo –jamás mostraba entusiasmo o aprobación–.

Pero había alguien dentro de esa máscara.

Alguien que se quedaba mirando un bebé de pocos meses y le hacía un saludo simpático con los dedos –sonreír parecía fuera de sus posibilidades–, alguien que te decía de repente *‘tú no eres quien parece’* con cara de haber descifrado tu genoma.

La gatita

Y era alguien que, de pronto, te coge de la mano y te lleva a través de todo París.

Media hora de metro, yo creí que íbamos al vivero, que era el plan de esa tarde –¡y con el maletín!: me tenía que comprar un bolso– para meterte en el enorme y espectacular cementerio de Père Lachaise –y me había dejado olvidado el paraguas en alguna parte.

Ulrike era alguien que lo recorre con un objetivo claro y sin pararse a explicar nada –y eso que pasamos por las tumbas de Oscar Wilde, de Balzac, de Chopin, de Proust y de algún otro que me sonaba el nombre pero que no lo recuerdo ya– para, por fin, detenerse en la única tumba que siempre tiene una cola formada para rendir homenaje al allí enterrado.

Todo el cementerio era una auténtica obra de arte en la que una lápida rodeada de esculturas de Praxíteles no habría llamado la atención de una forma especial. Y, sin embargo, terminamos haciendo cola para acercarnos a una

tumba singularmente sencilla, apenas un hueco en el suelo, cubierto de gravilla, con una pared muy baja alrededor y un monolito en su extremo, de granito, con una inscripción en la que ponía "JAMES DOUGLAS MORRISON / 1943 – 1971 / KATA TON ΔΑΙΜΟΝΑ ΕΑΥΤΟΥ".

Se me saltaron las lágrimas.

Yo –bueno, Elie– había bailado con la música de este hombre, había llorado su muerte poco antes de cumplir sus 28 años, cuando yo era un adolescente que buscaba el significado de la existencia.

Yo había meditado muy profundamente sus versos.

Jim Morrison, The Doors. *'This is the end', 'Riders on the storm'*...

Todavía tengo en mi casa su último disco, conseguido a través de los extraños vericuetos por los que la música occidental llegaba a la entonces comunista Hungría, con una anotación de su anterior dueño –lo que llegaba a Balatonfüred solía ser de segunda mano– que dice en inglés: *"No iniciados abstenerse"*.

"No iniciados abstenerse"...

Ciertamente, ese rincón del cementerio de los poetas y los músicos era sólo para iniciados.

Unos iniciados que estábamos haciendo cola para rodear la tumba –bajo la atenta mirada del policía que la vigilaba–, para tocar el monolito, haciendo turno, algunos, para sacarse una foto –en la que nunca salía el policía–, depositar una flor, una cuartilla con un verso...

–¿Por qué me has traído aquí?

Ulrike me miró a los ojos y, sin necesidad de abrir la boca, me explicó que era una pregunta muy tonta pero que, ya que yo quería que se dijeran unas frases me lo iba a contar con palabras en una concesión a mi fetichismo por la dialéctica.

–The Doors... ¿Sabes quiénes son? –dijo ‘*son*’, en presente, nada de ‘*fueron*’.

–Por supuesto.

–The Doors, Los Puertas. Ellos son la puerta al Más Allá, a un más allá que podemos moldear con nuestros deseos. Él –señaló la tumba– ya está allí, nos precedió, nos señaló el camino que, algunos, podremos recorrer.

–¿Algunos?

–KATA TON ΔΑΙΜΟΝΑ ΕΑΥΤΟΥ... quiere decir –aclaró ante mi cara de ignorancia frente al griego– algo así como ‘*el demonio dentro de sí mismo*’ o, también, ‘*de acuerdo con su espíritu*’.

”Si no menosprecias al demonio que llevas dentro de ti, si vives de acuerdo con tu espíritu, con tu esencia, sin concesiones a la sociedad, al momento, a lo que se espera de ti... en ese caso es posible que tu espíritu, tu demonio interior, encuentre su lugar en el mundo.

”Hay que pasar una puerta, hay que dar un paso difícil, un paso que, para la mayoría, es simplemente imposible pero que, si se da, te coloca en tu sitio, en el lugar en que debes estar –el misticismo de la forma de hablar de Ulrike se matizaba con un toque de nostalgia.

“Se dice que él ya está allí. Después de dejarnos su poesía y su música como guía... ya está allí –nostalgia... y algo parecido al cariño.

Yo estaba muy impresionada. Estaba ante la tumba de uno de los iconos de mi lejana juventud y me estaban diciendo algo que me llegaba muy hondo.

–Todavía no has contestado a mi pregunta: ¿Por qué me has traído aquí? –creo que me temblaba la voz al decirlo.

–Porque estoy segura de que tú ya has dado ese paso.

El entorno de un cementerio, incluso para mí que vivo enfrente del de Balatonfüred, es un lugar muy dado a la filosofía y a las emociones. Yo, por ver uno casi todos los días de mi vida, debería tener superada esa tendencia, pero las palabras de Ulrike me dejaron helada y sin habla.

–Tú, yo, Peregrin... –continuó, dado mi silencio– no somos más que personajes de un mundo falso, no hacemos más que representar un papel lleno de falsedades dentro de un mundo que es en esencia falso.

“Y lo irónico es que hemos llegado aquí a través de personas reales que podrían haberse enfrentado a las miserias del mundo real, pero que se han dejado envolver en las glorias de cartón de éste que nos rodea –las dos, mientras hablaba, habíamos vuelto a caminar por el paseo, entre tumbas que daban a sus palabras un marco monumental–. Han vendido su verdad, su autenticidad y su realidad a cambio de un éxito pasajero, de una notoriedad que sólo

es relativamente cierta mientras estás dentro de este mundo, falso, pero que tiene más brillo... algunas veces, aunque ni es un brillo auténtico ni en este mundo puedes encontrar de forma fácil a nadie que sea real, sincero, ni puede nadie, y eso es lo peor, dar marcha atrás.

"Tú parece que has llegado a donde querías, otros lo hacen peor. No siempre sale bien.

"Yo misma, con mi pose de malota y bruja –creo que estuvo a punto de sonreír, quizá con amargura, y me miró furtivamente, por si me había dado cuenta de esa grieta en su pose... si diera marcha atrás me convertiría en la hija de una prostituta de Saint-Denis. Ella apenas sabía de mi padre el dato de que era de Hamburgo, de ahí que me pusiese un nombre que le sonaba alemán.

"Si diera marcha atrás yo sería alguien que no ha terminado nada de lo que ha empezado, alguien que está ahora en el paro, al igual que casi toda la vida, y alguien que no sabe si con lo que esta estudiando ahora podrá servir para algo –Ulrike tenía los ojos brillantes.

"Sin embargo –y allí, en el cementerio de Père Lachaise, Ulrike se marcó un paso de ballet haciendo ondear sus trapos, negros y tan etéreos como una tela de araña–, puedo también ser la encarnación de una diablesa que, en la Edad Media, a causa de un embrujo del Maligno, me vi empujada a vivir en el París del 2007 calentando la mitad de la cama de un Peregrin que ha decidido poner una mujer en su vida.

"Y... –de un salto se plantó frente a mí, me miró a los ojos, ahora muy de cerca, con los suyos siempre tenebrosos que parecían necesitar un deshollinador– a enseñarle un cementerio a una húngara a la que lo que le hace falta de verdad es una borrachera y un buen polvo.

"¡Vamos a beber algo!

Y me agarró del brazo andando con nuevos bríos hacia la puerta principal del cementerio.

'No somos más que personajes de un mundo falso'...

Había dicho una frase muy manida, que yo ya había oído muchas veces en distintas variantes, pero que nunca había tenido tanto sentido como entonces.

Y, curiosamente, la había oído en un mundo al que creía mucho más real que éste y del cual, de repente, no estaba tan segura ni de que lo fuera con certeza ni del significado de la palabra 'realidad'.

Por supuesto, nos fuimos a eso de '*beber algo*' sin ninguna oposición efectiva por mi parte.

Me desperté mucho tiempo después y con la muy desagradable sensación de que algo iba mal, aunque enseguida me di cuenta de que estaba completamente equivocada: no había 'algo' que iba mal, sino que absolutamente todo estaba mal.

'No somos más que personajes de un mundo falso'...

Y la cabeza me dolía de una forma definitivamente irreparable.

Estaba tumbada y de mi ropa... sí, de mi ropa conservaba las bragas. Algo es algo.

Intenté abrir los ojos y, con la apertura del primero de ellos descubrí que el dolor de cabeza podía empeorar si seguía por ese camino. Lo cerré con fuerza y, el esfuerzo, también me incrementó el dolor.

Recordaba muy lejanamente que había estado en un local muy ruidoso de Les Halles, con unas sombrillas blancas en la calle... no, el ruidoso era un sitio y el de las sombrillitas era otro. Bueno: ya lo recordaría en otro momento, porque el esfuerzo de hacer avanzar algún pensamiento a través de un bosque de neuronas tan enmarañado como el de mi cerebro era, también, dolorosísimo.

Si me quedaba completamente estática y sin pensar en nada había momentos en que resultaba casi soportable, pero parecía que el cabello me crecía hacia dentro y que tenía la mente llena de pelos enredados.

'No somos más que personajes de un mundo falso'...

¡Mi maletín!

Me incorporé y abrí los ojos, pero resultó un esfuerzo más allá del umbral de lo soportable para mi castigado organismo y volví a quedarme más inconsciente que dormida.

Cuando se me volvieron a poner las ideas en fila, una detrás de otra, volví a abrir los ojos, pero más despacio, me incorporé con extrema lentitud y conseguí enfocar la mi-

rada en los alrededores. Buscaba algo y tuve la intuición de que lo hacía porque en el anterior despertar había tenido la sensación, difusa, equívoca, de que había captado un movimiento al abrir los ojos.

No tenía ni puñetera idea de qué habitación era ésta. Estaba en una cama enorme, incluso creo que me parecería muy grande aunque no estuviese acostumbrada, en los últimos tiempos, a dormir en la de la furgoneta. Y el culo que estaba en el otro lado de la cama, a falta de darle la vuelta al cuerpo y comprobarle su cara-A, por tamaño y proporciones parecía el de la cara-B de Ulrike. La profusión de espejos y plantas podía significar que estábamos en su dormitorio del apartamento / caja de zapatos de La Défense.

¡El maletín!

Estaba en el suelo, en mi lado de la cama, abierto y con el dinero a la vista.

Puffffffff.

Había dejado una parte del dinero, la documentación y el circuito electrónico, en diversos rincones de la furgoneta, pero la mayor parte de los euros los seguía llevando en el maletín. No parecía que faltase una porción significativa, aunque recordaba lejanamente haberlo abierto varias veces para pagar alguna ronda.

Me tenía que comprar un bolso.

—Oye, Edit...

—No estoy para nadie.

—Pero...

*—Que no, que bastante tengo con atender a mi resaca. ¡Ay!
¡qué dolor de cabeza!*

Conseguí alargar la mano hasta cerrar la tapa del maletín y ponerle la combinación a la cerradura... y no recuerdo lo que siguió, pero me debí quedar dormida otra vez.

El siguiente despertar fue mucho más llevadero. El dolor de cabeza había bajado mucho, estaba nada más en un casi soportable nivel de 'horrible', y un olorcillo de café recién hecho tiró con mucha fuerza —casi con brutalidad— de mi nariz hasta que me hizo levantarme y moverme, con grandes esfuerzos, hacia la cocinilla en la que Ulrike se estaba bebiendo una taza y ofreciéndome otra con gesto de pena.

Sólo cuando por mi garganta se abrió paso el sublime néctar pude empezar a hacerme consciente de que ella ya se había duchado y que estaba envuelta en dos toallas, una para su menudo cuerpo y otra para la cabeza. Estaba claro que Ulrike estaba en mejor forma que yo a esas horas: quizá la costumbre. Para mí era la primera resaca en treinta años.

—¿Qué tal estás?

Ella incluso podía hablar. Yo apenas pude decir que no con la cabeza, pero muy despacito. Mi paraguas estaba en el perchero de la entrada; un punto positivo: ya no lo había perdido.

Me pasó una aspirina que me tomé inmediatamente con el café. Ella se metió en el baño y abrió la ducha. Aunque

no fuese una insinuación, que seguramente lo era, yo acudí como un zombi a la llamada del agua caliente y abundante y me di una ducha larga y ancha, mucho más larga que las que me daba en la furgoneta y muchísimo más ancha, pese a que la ducha era la de un apartamento pequeño y apilable.

Para cuando salí estaba la cama hecha con sábanas nuevas y todo el apartamento en perfecto estado de revista, incluyendo a la señora de la casa –me refiero a Ulrike–, que se había vestido y arreglado hasta ser una imagen casi clónica de la Ulrike del día anterior.

–Está claro que me emborraché pero ¿llegué a lo de echar un polvo? –la voz me salía ronca, pero la combinación de café y ducha ya me había dejado apta para hablar bajo.

–No, estabas en muy malas condiciones. Te insinuaste a todo lo que llevaba pantalones, pero te las arreglabas para espantarles con tu cogerza y tu ojo morado. ¿Quién te lo puso así?

–Fue un accidente de trabajo: no todo el mundo es tan civilizado como Peregrin.

–Ya, Peregrin –en ese ‘*ya, Peregrin*’ me pareció que estaba condensada toda una enciclopedia de problemas conyugales, pero no era momento de escarbar por ese lado.

–Oye, Edit...

–Que no estoy para nadie. Bastante tengo ya con controlarme a mí ¡Ay! y a Ulrike como para atenderte a ti.

Ya te diré cuándo te toca. ¡No vuelvas a interrumpir!

–Oye, ¿dónde está mi ropa?

–No te la recomiendo: te vomitaste encima a última hora.

–Puaj. Pero así –me señalé la toalla, que no era muy grande, más bien era de un tamaño a juego con el apartamento– no puedo salir de compras: no es de mi talla.

–Espera, ven.

Me llevó al dormitorio y, del armario, sacó una túnica de aspecto árabe, una chilaba de tela un poco basta pero que me tapaba con bastante decencia.

Por cierto, dentro del armario hacía bulto una caja fuerte de las bastante grandes. Era una Gardall –eso ponía en el frente, en letras grandes– de unos 50x50x60 centímetros... demasiado para guardar el Rolex y los pendientes del regalo de aniversario; y muy corta como para ser un armero.

–Es lo único que tenemos que puede ser de tu talla –Ulrike se refería a la túnica, por supuesto–, lo compramos en unas vacaciones en España. Y mis bragas te iban a quedar muy pequeñas –Ulrike hablaba también con mucho cuidado, como quien tiene la cabeza llena de cascabeles e intenta que no suenen.

–Por un rato puedo pasar sin ellas –y menos mal que, por primera vez en los últimos e interminables días, podía andar sin compresas–. Con esto llego a la tienda y me compro algo como es debido. Oye, ¿dónde está Peregrin?

—Ahora trabajando, seguro, pero si te preguntas dónde ha pasado la noche te aseguro que no ha sido en la misma cama que nosotras —por segunda vez en la misma conversación me sonaban las alarmas respecto a la relación que pudiese haber entre Ulrike y Peregrin, pero no tenía todavía cabeza para afrontar ese meandro de mis ideas.

—Tenemos que pasar por el vivero para lo de las plantas y no te vendría mal maquillarte el ojo. Lo que yo tengo no vale para tu color de piel.

—Yo tenía unas gafas.

—Llegaste a casa con ellas en el pelo, pero en el último momento se las tiraste al taxista que nos trajo y se partieron por la mitad.

Media hora después estaba empezando a solucionar cosas. El día anterior había tardado dos minutos en elegir las gafas, pero esa vez tardé la mitad. Me compré unas iguales y en el mismo sitio —por primera vez guié yo a Ulrike— e hice la primera broma del día: le dije al vendedor que *'mañana, a la misma hora, espero que siga disponiendo de este modelo'*. Me pareció que Ulrike había estado al borde mismo de sonreír.

En la primera tienda de ropa deportiva que alcancé en el centro comercial me compré unos pantalones vaqueros cómodos y una camiseta negra para no destacar mucho al lado de Ulrike. En cuanto encontré ropa interior me cambié y empecé a sentirme algo mejor.

Ulrike y yo caminábamos como un par de amigas que van de compras y, según fue disolviéndose la resaca, incluso empezó a ser agradable la mañana.

La siguiente parada fue Campos Elíseos abajo, antes de la Place de L'Étoile en la acera izquierda, en una maravillosa tienda que parecía pensada para proporcionar a mi ojo el aspecto que yo decidiese: maquillajes, tintes, todo lo que un pelo más largo que el mío pudiese necesitar...

—¿Por qué te haría caso en lo del pelo corto?

—Oye, tenemos que hablar.

—¡Piérdete!

Salí de allí con una bolsa bien cargada de todo lo que pude imaginar que me sería útil y, como estábamos en otro complejo comercial, la Galerie Commerciale L'Atrium du Palais des Congrès, compramos allí mismo un GPS para la furgoneta y un antihongos y una maceta de barro para la plantita de Peregrin —Ulrike pasaba de plantas como de casi todo, para ella era *'la plantita de Peregrin'*—, un bolso —era mi primer bolso—, un juego de sábanas que me entró por el ojo derecho nada más verlo en el escaparate y algo más de ropa para ir haciendo armario —lo cual, en una vivienda como mi furgoneta, es una auténtica imprudencia—.

Como seguíamos dando vueltas más o menos por el mismo barrio de París, dio la casualidad de que habíamos acabado en una esquina del Bois de Boulogne e invité a Ulrike —¿a quién si no?— a comer en el camping.

Me engañó el tamaño del maldito Bois de Boulogne y tardamos más de media hora en cruzarlo hasta el camping y mi furgoneta, pero allí pude tirar las bolsas, saqué fuera la moqueta –pasó, de dentro de la cabina, otra vez a su techo–, para ponerla al sol un rato y dejé que se ventilase la cabina, que olía un poco a humedad.

Ulrike lo miraba todo con sus ojos, que eran cada vez menos misteriosos para mí, pero todavía más tenebrosos que oscuros. Me pidió permiso para abrir todos los armarios, la nevera, el retrete; le tuve que enseñar el funcionamiento de la ducha, de la cocina, de la calefacción...

La generación de Jim Morrison no sólo había mitificado a The Doors, también había mitificado la opción de agarrar una furgoneta y dedicarse a recorrer en ella el mundo, la vida. Y Ulrike estaba descubriendo que los mitos eran alcanzables.

Mi intención era comer en el restaurante del camping o, si no estaba a la altura de nuestras exigencias, irnos a otro mejor. Ulrike se había comportado conmigo como una buena amiga, había sostenido mi frente mientras yo vomitaba –en esas circunstancias, no todos los amigos que yo recordaba hubieran estado a la altura–, había cargado conmigo hasta su cama, me había desnudado y me había ofrecido café, una aspirina y una ducha. Yo le estaba muy sinceramente agradecida.

Pero ella se empeñó en que comiésemos en la furgoneta, por lo que se fue a comprar la comida en el restaurante

mientras yo reconvertía la cama en un comedor con cuatro asientos.

Comimos con todas las ventanas y puertas abiertas.

–No me extraña que hayas elegido esta vida –arrancó Ulrike de improviso–, se está muy bien.

El día era soleado y la verdad es que se estaba francamente bien.

–Tiene sus pros y sus contras, y no todos los días son tan bonitos como éste.

–Eres libre, tienes el universo por frontera. Puedes soñar.

–Pero no tengo a nadie que me espere en casa –no sé por qué dije eso; seguramente porque lo pensaba y porque era lo más pertinente en ese momento y lugar.

–Yo tampoco –siempre era tenebrosa Ulrike, pero ahora era tenebrosa y triste.

–¿Y Peregrin?

–Yo no soy para Peregrin más que un complemento necesario en su vida –lo decía sin rabia, como quien cuenta un rasgo de un paisaje sin importancia–. En determinado momento decidió poner una mujer a su lado y resultó que yo estaba a mano.

–¿Lo vuestro es temporal?

–No creas, estamos casados y todo, pero yo no soy importante para Peregrin... ni él lo es para mí, tampoco te creas –trató con escaso éxito de dar un tono superficial al

comentario—, verás: es un sencillito arreglo que a él le da la respetabilidad que necesita en su puesto y a mí una seguridad económica, lo cual a nadie le viene mal.

—Por eso no durmió ayer en casa.

—Le llamé y le dije que se tomara la noche libre. Seguro que durmió en casa de alguno de sus amigos. Con tal de que todo esté en su sitio, de que el apartamento esté impecablemente limpio y yo haga mi papel de cara a la galería, no hay ningún problema.

—Y no creas, que al principio fue de verdad. Me enamoró muy concienzudamente.

—No sé qué negocios tenéis entre los dos, pero te puedo asegurar que Peregrin lo hará perfecto, Edit, créeme: es muy sistemático en todo y muy seguro. Siempre consigue lo que se propone.

—Me trató muy bien, debo reconocérselo, pero... duró unos meses, hasta el primer veraneo en su casa de España. Luego la cochina realidad se terminó abriendo paso entre los dos.

—No pareces feliz.

—No le pido mucho a la vida —sus ojos estaban clavados en la mesa.

—Me dijiste que *‘no somos más que personajes de un mundo falso’*...

—Te aseguro que mi verdad es aun más triste. ¿Y tú? —seguramente no era más que una pregunta retórica para cambiar de conversación.

—Los húngaros somos tristes por tradición, y yo era una persona patética de un mundo con tantas falsedades como éste, pero en este otro, al menos, tengo un papel protagonista y algo más de dinero.

—Me gustaría que tú y yo intentásemos ser una pareja.

Lo dijo así: sin tomar impulso, sin música, sin, siquiera, un poco de énfasis. Simplemente lo dijo: *‘Me gustaría que tú y yo intentásemos ser una pareja’*. Sin cambiar el gesto, mirando al plato vacío y jugueteando con el tenedor de plástico.

Ulrike era una de esas personas que se mueven por las rendijas de la sociedad, furtivamente, sin llamar la atención. Aunque pudiese parecer lo contrario por su llamativa máscara, pero incluso eso le hacía ser una anónima sombra, una figura más en el baile de máscaras del París al que se había adaptado como un guante.

En ese contexto es en el que tenía sentido el cómo me lo había dicho: furtivamente, sin alzar la voz.

En realidad lo que había expresado con su triste mirada es algo así como *‘¿me dejas acurrucarme contigo en donde sea que estés, ir contigo a donde vayas, vivir en este universo pequeño y libre de tu furgoneta? Te prometo ser cariñosa y portarme como una buena amiga a cambio de que me cobijes y me permitas compartir tus alegrías y tus penas’*.

Poco más o menos.

Tardé una barbaridad en contestarle, si es que se puede decir que le contesté.

Por un lado, como ya dije, le estaba muy agradecida y mi aprecio era sincero... Pero, por otro lado, no era lo que yo hubiese planteado.

Fue una muy difícil decisión.

Miraba sus ojos tristes, oscuros, tenebrosos, que seguían clavados en la mesa... y no estoy segura de que ella se diera cuenta de lo que expresaban los míos.

Yo no quería dañar a Ulrike. De ninguna manera.

Pero Ulrike tenía una sensibilidad gatuna y la utilizaba para no romper nada. Era como el gato siamés que recuerdo en una tienda de fotografía de Budapest: era un agradable felino que solía estar tomando el sol en el escaparate entre cámaras, trípodes y objetivos, tan adaptado al entorno que parecía parte de la decoración y, cuando decidía irse a otra parte, era capaz de atravesar todo el montaje sin que se movieran siquiera las etiquetas y apoyarse para dar el último salto en una cámara carísima sin que, tras su desaparición, nada se hubiese movido lo más mínimo ni quedase huella alguna de su paso.

Y así me quedé yo cuando Ulrike se levantó, me besó acariciándome la mejilla, metió la chilaba en una de las bolsas de plástico y con ella se bajó de la furgoneta por el portón lateral y, cuando ya se alejaba, me dio un último recordo:

—Peregrin me ha llamado mientras compraba la comida; te espera para cenar en el restaurante La Bohème, en

la Place du Tertre, en la Butte de Montmartre. No tiene pérdida.

No me había cambiado de postura, no había alterado mi entorno de ninguna manera pero, al poco fui consciente, Ulrike había salido de mi escenario, se había ido sin dejar rastro de su paso.

Ningún rastro excepto, por supuesto, la afirmación que no podía apartar de mi panorama, como un obelisco en mitad del paisaje:

‘No somos más que personajes de un mundo falso’...

La cabra (2)

El restaurante era tan típico que daban ganas de reír.

Si alguien tenía que definir el París más romántico y turístico no tenía más que sacar un par de fotos de ese local. No hacía falta ni enfocar ni encuadrar: cada rincón, tanto de cerca como de lejos eran La Esencia de París.

Si alguien se tenía que montar una escena de seducción acaramelada para después enseñar, muchos años después, a hijas, hijos, yernos, nueras, nietas y nietos dónde empezó todo... también era el lugar ideal.

No se me ocurrían más posibles utilidades para un restaurante como Le Bohème, en pleno meollo del rincón más turístico de la ciudad más turística del mundo mundial. Y, por alguna razón, Peregrin me había citado en él.

Como no tenía ninguna pista acerca de la hora, me presenté en la zona con bastante antelación, en cuanto me puse un maquillaje a tono con la cita y elegí uno de entre los dos vestidos de que disponía –el resto del apretado armario eran vaqueros y camisas–; bolso sólo tenía uno, por lo

que esa decisión fue más fácil: le di la noche libre al male-tín. Llegué a las 18:00 –más o menos– y paseé por el Sacré-Coeur, a escasos metros de la plaza en la que tenía mi cita.

Desde lo alto de su escalinata llegué a la conclusión de que la puesta de sol era también obra de alguno de los muchos artistas y coreógrafos que habían poblado la zona en los últimos doscientos años, pero que la función tenía un horario poco conveniente, puesto que si me quedaba a su esplendorosa culminación se me iba a hacer demasiado tarde para la cena y, resignada, entre el corro de un cantante coreano con guitarra y una pareja de etnia ambigua que golpeaba un salterio, me levanté de mi escalón, me despedí del espléndido atardecer y me encaminé a mi cita con Peregrin sin terminar de disfrutar del interminable espectáculo de los infinitos actores que representan la función de La Vida en un escenario majestuoso como es El Mundo.

Y el caballerete, con la cabeza recién afeitada, con cada pelo de la perilla recortado a unos exactos 9 milímetros de longitud y vestido con lo que entiende por camisa informal alguien que ya llevaba traje y corbata cuando le paseaban en la cuna, exactamente ese caballerete me esperaba sentado en una mesita inmejorablemente posicionada a la izquierda de la entrada, en un rincón tan íntimo –léase ‘mínúsculo’– que corría el peligro de pasar hambre porque los platos grandes no cabrían en la pequeñísima mesa.

Al levantarse para saludarme dejó ver que el pantalón también era de alguna marca cara y que le sentaba admirablemente.

¿Se estaría planteando una escena de seducción? En ese caso, al menos, había que reconocerle un estilo mucho más clásico que el de su señora.

Hizo un intento de apartarme la silla para que me sentase, pero le quedó mal por la falta de espacio y al final movió la mesa y terminó quedando sentado él un poco encerrado para permitirme, a mí, algo de libertad de movimientos.

–¿Llevas mucho tiempo esperando? –había gastado los últimos silencios de esa tarde y no tenía día yo para técnicas sofisticadas, y menos recordando cómo me resultó con Bob.

–Un poco, pero no tiene importancia.

–Ulrike no me dijo la hora.

–No es muy rigurosa –el Señor Gobichet hacía que esa tontería sonase como una crítica en toda regla a la Señora Gobichet.

Pedimos la cena –yo me atreví con un solomillo al Roquefort, aunque sólo fuese para comprobar si cabía entero en la mesa o me lo traían en dos veces– y un buen vino –un Medoc, en honor del solomillo–, pero desaprovechamos la velada hablando de banalidades hasta que me empezó un dolor de cabeza que bien podía provenir de mis esfuerzos por mantener la sonrisa y por la ya enfermiza

curiosidad de averiguar qué puñetas hacíamos cenando en ese restaurante.

–Te tengo que pedir disculpas –le dije en uno de los raros momentos en los que me dejó la iniciativa de la conversación.

–¿Tú a mí?

–Sí: anoche te hice dormir fuera de tu casa.

–¡Oh!, eso... no te preocupes, no tiene ninguna importancia –se relamía de gusto al recordar la última noche: estaba claro que como mujer yo no tenía nada que hacer con Peregrin.

–Oye, te lo tengo que preguntar directamente: ¿Para qué me has citado aquí?

–Me pareció lo correcto.

–Mira: lo de cuidarte las plantas no implica una minuta tan alta.

–No tiene nada que ver –su expresividad era una exhibición de pulcros modales y diplomacia profesional–. Simplemente me hubiera disgustado que no volviésemos a vernos.

–Vale, me rindo: Te levanto la prohibición de hablar de trabajo fuera del despacho. ¿Qué te estás planificando?

–Bien...

Se esponjó, jeso era lo que le tenía nervioso y tan artificial!: lo que tenía en la cabeza era el proyecto de inversión que le había insinuado.

Quizá yo había estado pescando con un cebo demasiado grande; tomé nota para la próxima vez: el tío estaba obsesionado con el negocio que le había contado.

—¿Era eso lo que te tenía tan tenso?

—He de reconocer que sí. No quiero quedarme fuera de ese proyecto —tenía la mirada intensa, ahora no parecía dispuesto a reírse de mis chistes ni aunque fuesen buenos.

—He de mirar varias opciones de financiación, pero puedes contar con que os pediré oferta y que miraré la vuestra con toda la atención que necesite.

—Pretendo más aún —el tío estaba ya lanzado; había sido hablar de dinero y se le había subido la sangre a la cabeza.

—No te entiendo —mentira cochina: le estaba entendiendo a la perfección.

—Quiero que me asegures que mi sociedad de inversión será la elegida.

—No puedo garantizártelo, amigo mío: ni siquiera soy la única persona que formará parte del comité.

Yo lo decía con tanta naturalidad que casi me creía yo también que realmente había un proyecto a financiar que se podría llevar su empresa y que realmente había un Comité de Compras y todo eso. Y lo del ‘realmente’ también hacía derivar mi mente por recovecos filosóficos de los que no le gustan al escritor éste.

—Oye, Edit: tenemos que hablar.

—Ya te diré cuando te toca. Ahora desaparece.

—Ya no tienes resaca.

—Calla, que estoy muy concentrada.

–Pero tendrás mucha influencia –para Preregrin era obvio que no había más que una realidad y un objetivo a conseguir dentro de ella: el proyecto de inversión que se estaba imaginando–, y me puedes ayudar mucho si me adviertes de lo que proponen mis competidores.

–¡Menuda cara dura! Y, ¿por qué tendría yo que hacer algo así? Una cena no lo justifica, por muy bien elegido que esté el restaurante.

–No me dejas otra opción...

El muy cretino todavía decía que no le dejaba otra opción, que era yo quien le obligaba a tomar un camino que él no quería pisar, ¡cómo si fuese físicamente imposible resistirse a mis malas influencias! Porque la opción que yo le empujaba a tomar no era otra, ni más ni menos, que sacar unas miserables hojas de papel, con todos los síntomas de haberlas impreso en su oficina justo antes de salir hacia el restaurante y haberlas doblado apresuradamente hasta entrar en el bolsillo de su camisa.

Eran unas fotos, como ya me estaba oliendo.

Estaban tomadas a primera hora de esa misma mañana, con luz muy tenue, pero en las que se me reconocía perfectamente, en bragas –y con compresa, menos mal que limpia: Ulrike, ¡eres una bendita!–, en su cama, con el maletín abierto –¡dinero a la vista!– a un lado y con un brazo, por el otro lado, sobre el trasero de Ulrike a la cual había conseguido sacar la cara en una de las fotos como para justificar una identificación plena si hiciere falta.

No estaban impresas en buen papel, pero estaba claro que estaban hechas con una buena cámara –buena luz, para nada movidas ni desenfocadas, nada de aberración, buen control del contraluz, color intenso, una definición de, como mínimo, diez megapixel–. No pude evitar sonreír –casi se me escapa una carcajada– cuando me di cuenta de que había sacado fotos en círculo desde todos los ángulos: no había quedado un solo centímetro de habitación sin ser inmortalizado.

–Me las puedo quedar, ¿verdad?

–Por supuesto.

–Tendrás varias copias por todas partes, ¿no es cierto?

–Por supuesto, en la oficina e incluso aquí –y, siempre con elegancia, todo con elegancia, se sacó de debajo de la camisa una memoria-USB que llevaba colgando de una cinta alrededor del cuello con pinta de contener los originales.

Y yo se la arranqué de un tirón –el enganche de plástico es el punto débil de esos colgantes– me levanté y me fui al galope despidiéndome ‘a la francesa’.

Él tenía mucho más difícil que yo desembarazarse de la mesa y salir del rincón tan íntimo en el que estaba –y debería pagar la cuenta– pero, por si reaccionaba y me seguía con decisión, giré a la izquierda nada más llegar a la acera, doblé, a la izquierda también, por la primera esquina, corrí un poco, me metí en un callejón lleno de gente y zig-zagueé un rato por la cuesta de bajada de Montmartre hasta que me subí a un taxi que me llevó al camping.

- Oye, escritor: esto tú lo sabías.
–Llevo todo el día tratando de advertirte.
–¿Era eso lo que tratabas de decirme? ¡Desde cuándo un escritor advierte a sus personajes!
–Te iba a decir que sospechases un poco, que estabas demasiado relajada.
–Pues me alegro de no haberme enterado hasta el último momento. Ha sido una experiencia muy curiosa.
–Me alegra que te lo tomes así pero, ¿no crees que Peregrin puede ser peligroso?
–No sé. Es difícil.
–A mí me da mala espina.
–¿No será algo de homofobia?
–No, Edit, no: creo que es algo más técnico, más relacionado con el caso.
–Bueno: no espero volver a verle, así es que aquí pasamos página.
–Lo que tú digas.

Pagué la estancia en el camping y salí de él justo antes del toque de silencio –cuando ya está prohibido circular por el interior–, aunque todavía gasté un par de horas recorriendo la parte más turística de un París del que me iba a ir antes de que Ulrike ‘no tuviera más remedio’ que decirle a Peregrin dónde dormía yo cuando no lo hacía en su cama.

Plaza de la Concordia, las Tullerías, pasé por delante de la Madeleine, del Arco del Triunfo, por el túnel del Puente del Alma... Un paseo dando vueltas guiada por el GPS y despidiéndome de París, de un París del que me llevaba recuerdos indelebles, emociones profundas y una duda existencial acerca de la Realidad y de lo que era Auténtico y lo que no de mi propia Identidad.

Y otra vez una larga autopista por delante.

–Oye, Edit.

–Dime.

–¿Por qué no querías hablar conmigo antes?

–Bueno... *había varias razones.*

–¿Ya no las hay?

–*Alguna sigue ahí, pero la resaca ya se me ha pasado.*

–¿Y la otra razón?

–*Puffff.*

–¿?

–*Es un poco complicado.*

–*Yo no tengo nada más importante que hacer.*

–*Viene de lo de que ‘no somos más que personajes de un*

mundo falso’.

–¿Y?

–*Que a partir de eso, me he estado cuestionando muchas cosas. Entre otras, nuestros papeles en esta historia: me refiero a tu papel y al mío.*

–¿No están claros?

–Depende.

–Tú dirás.

–*Por ejemplo: trabajo yo para ti o tú para mí... O, y aún me preocupa más, ¿dónde está el límite entre realidad e irre realidad? ¿Dónde están las fronteras? ¿Cuál es mi lugar en el Todo?*

–*Lo de quién trabaja para quién me parece irrelevante: colaboramos y punto. Lo de la realidad, el Todo y sus fronteras es muy filosófico para discutirlo aquí.*

–*Sí, es posible, pero es muy importante. Y más para mí. Además acabas de reconocer que no tienes nada más importante que hacer.*

–*Touché! Te puedo decir cómo yo lo veo.*

–*Por favor.*

–*Pues veras: creo que el concepto de consciencia no está bien delimitado y que en una mente pueden residir más de una consciencia... simultáneamente, en distintos niveles de autonomía. Y creo que tú has invadido mi mente y, por tu cuenta, estás viviendo tu experiencia vital de esa manera. Yo la escribo, pero tú eres libre y autónoma, tanto en mi mente como cuando residías en la de Elie.*

–¡Pufffff!

–*Ya habíamos acordado que era un tema complejo.*

–*Y no sé si estoy de acuerdo con tu planteamiento.*

–*Lo cual no hace más que subrayar tu autonomía e independencia de criterio.*

–*Voy a pensarlo...*

Había salido hacia el sur por la autopista de L’Aquitaine –la E05–, pero no aguanté mucho. Poco más allá de Les Ulis había una de las áreas de descanso típicas de las autopistas francesas, con todo tipo de servicios y un rebaño de camiones y autocaravanas parados a dormir.

Vista la experiencia de la última vez que dormí al lado de un camión, merodeé un poco más hasta que encontré un buen aparcamiento entre los turismos, muy cerca de los baños –como había salido del camping de París con prisas, no había llenado el depósito del agua ni vaciado el químico, aunque tampoco había hecho mucho uso de la furgoneta en las últimas noches–.

La buena noticia es que había cenado bien –desde el punto de vista culinario–, porque había tenido yo el buen tino de no dejar descarrilar la situación hasta tener bien avanzada la tarta al whisky.

O, sea, que me acosté en cuanto monté la cama y le puse el juego de sábanas nuevo que habíamos comprado esa lejana mañana.

Y dormí como un lirón.

Y soñé con Ulrike.

Y lo que soñé me lo quedo para mí sola.

Por la mañana, sin madrugar, se me ocurrió comprobar el teléfono móvil: tenía toda la pinta de llevar varios días apagado por falta de batería. Me tuve que meter en los baños para enchufarlo un rato –aguanté casi tres cuartos de hora mientras me maquillaba y hermoseaba en la medida de lo posible–. En cuanto lo encendí le entró un mensaje de Bob pidiendo (educadamente) noticias de la investigación; si no hubiera tenido mensaje me habría extrañado. Bueno, ya le llamaría en horario de Texas.

Enfilé la autopista camino del sur y las largas rectas de las autopistas me dieron para mucho, además de para terminar de cargar el teléfono.

Para empezar, llegué a la conclusión de que había recuperado mi agudeza visual –y no sólo me refería a que el ojo tenía un aspecto casi saludable–. Bueno, me quedaba pendiente, quién sabe si para siempre, portarme un poco mejor con Ulrike, no me gustaba como quedaba ella, no podía gustarme su situación, atrapada en la jaula de oro de Peregrin, pero, aparte de eso, estaba contenta de cómo había manejado la situación en París.

Peregrin no era trigo limpio, pero no veía nada que le relacionase con la falsificación de circuitos integrados o, más exactamente, todos sus clientes estaban tan vigilados que no podían fabricar nada irregular en ese entorno sin que se les echaran encima militares y policías de varias nacionalidades. Estaba casi segura de que accediendo a sus

archivos privados encontraría más de un delito de qué acusarle, además de por tratar a Ulrike como la trataba, pero no estaba haciendo ese viaje para resolver todos los delitos de Europa, sino sólo uno.

Y, pensando en ese concreto delito, me quedaba una cierta duda de si en Utrecht, o en Düsseldorf no habría dejado escapar algún indicio significativo. Desde luego, si tras visitar Madrid no tenía ningún sospechoso claro tendría que repetir la ronda en esos puntos –se me pusieron los pelos de punta al imaginarme de nuevo frente a Herr Stafel– y tendría que imaginar algo para volver a pasear por Utrecht sin tener que preocuparme por los porteros de Bergen Elektro. Quizá lo que tenía que hacer era ir directamente a Bergen Op Zoom, pues en Utrecht no había nada interesante, ni laboratorios, ni fábricas... Y la empresa se llamaba Bergen Elektro, no Utrecht Elektro. También estaba la empresa de mensajería que la Bergen Elektro había desplazado del edificio... ellos a lo mejor me podían decir nombres de gente a la que contactar para no pasar a través del homúnculo.

Bueno, ya me ocuparía de ese problema si tenía que volver por allí.

La carretera era aburrida y los franceses, camino de sus vacaciones en España, conducen como diablos.

Y el propio Peregrin podía dar más jugo. Estaba dando por supuesto que sus clientes no podían fabricar nada, pero a

lo mejor no estaba de más visitarles personalmente. Recordaba la decena de referencias que me había mostrado y eran empresas fáciles de localizar. Sin duda, ese era el primer camino a seguir más allá de Madrid.

El anochecer me alcanzó a la altura de Biarritz. No encontré ninguna razón para resistir la tentación de conocer el lugar, así es que a la hora de buscar dónde cenar me estaba paseando por la playa, frente al casino, y llamando a Texas.

El lugar era francamente bonito, y la conversación fue francamente aburrida.

Sí, era lógico que Bob esperase ya algún tipo de resultados, pero yo no tenía todavía más que una vaga esperanza de que el siguiente contacto se me declarase culpable de fabricar unas cucarachas magníficas y, si no era así, debería recapacitar sobre todo lo averiguado y tomar decisiones a partir de ello.

Y así se lo dije a Bob: sacar conclusiones antes de tener una idea de conjunto era una receta infalible para fracasar.

Para cuando estaba llegando al puerto pesquero –anti-guamente pesquero: ahora eran yatecitos quienes lo ocupaban– ya había llegado con Bob al acuerdo de que el viernes por la tarde –la entrevista con el catedrático Señor Sanz era el viernes por la mañana– le haría un informe preliminar digno de lo que había pagado hasta ese momento.

Bueno, a los franceses hay que reconocerles, como mínimo, un sentido de la decoración: el paseo de la playa era

una monada. Incluso había unos focos –de colorines– que iluminaban las olas que rompían en los arrecifes que adornaban el centro de la bahía –era marea baja–.

Cené opíparamente en un restaurante tan típico como todo lo francés –había comido en un restaurante de carretera igualmente típico, pero a su manera–. Mi mesa, colocada con muy buen gusto al lado del paseo que comunica la playa con el casco antiguo, me proporcionaba una inmejorable vista de los cientos de veraneantes de lujo que, recién arreglados para salir a cenar, decoran cada noche los centros de ocio de cualquier parte (cara o carísima) del planeta con su exhibición de ropa de marca, joyas innecesarias, perritos absurdos y pieles curtidas por el tiempo libre y el dinero invertido en cuidarse.

‘No somos más que personajes de un mundo falso’...

No se me quitaba de la cabeza Ulrike y su visión de la Realidad.

Ni siquiera cuando me tocaba vivir en la parte más agradable de ese falso mundo.

El asno

El jueves amanecí en la última zona de descanso de la autopista francesa –muchos camiones, pero dormí bien–, conduje perezosamente a través de España haciendo un poco de turismo, comí en un sitio que se llama Lerma y anochecí entrando en Madrid, con el GPS haciéndome un lío entre los diferentes anillos de circunvalación de la ciudad.

Hice un reconocimiento de la zona en la que tenía la cita del día siguiente, en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Telecomunicación –abreviado en algún cartel como la ETSIT– de la Ciudad Universitaria, en el noroeste de Madrid, y me pareció un lugar apartado del mundo en el que iba a ser fácil aparcar y dormir, pero difícil cenar o salir de copas.

El primer estudiante al que pregunté me informó sin margen de error que la zona de copas más próxima era por los alrededores de la plaza de Moncloa y allí me fui, en autobús, con la habitual intención de hacerme la encontradiza con estudiantes que me pudiesen informar de lo

que se cocía en los laberintos de la ETSIT pero, por primera vez en toda la investigación, no conseguí ningún resultado.

Para empezar, ni yo hablaba español ni nadie parecía entender ninguno de los idiomas en los que me dirigía con entusiasmo a todo el que se ponía a tiro. En inglés me terminaban entendiendo, me contestaban a la pregunta y seguían a lo suyo.

Y para rematar, nadie había oído hablar de ningún estudiante de ingeniería de telecomunicaciones.

Finalmente –y con cara triste– una muchacha que bebía sola, igual que yo, en una terraza al aire libre en la que todos los demás tomaban helados, me informó que los estudiantes de ‘teleco’ son una especie rara y en claro peligro de extinción, pues se reproducen con mucha dificultad por culpa de su patológica tendencia a estudiar a todas las horas y a no hablar más que de electrónica, redes y teoría de campos electromagnéticos. Me terminó recomendando que, si quería ver alguno en relativa libertad, me dirigiese a las bibliotecas que estuvieran abiertas toda la noche y me fijase en los que tuviesen la mirada más perdida y vidriosa y que no se acordasen de hacer descansos.

Por lo que decía de ellos –a la tercera copa–, si tenía algún problema de identificación y quería señalar sin equívocos a algún miembro de tan aburrida especie, no tenía más que desnudarme en medio de la biblioteca: los únicos varones que se quedasen sentados estudiando sin hacerme ningún caso serían, sin margen de duda y de forma

irrecuperable, estudiantes de ingeniería de telecomunicaciones.

Sí: la chavala había tenido un novio de teleco.

Y no: no recordaba ningún rumor interesante de lo que se cocía en esa parte de la universidad –creo que estaba convencida de forma irreversible de que nada que viniera de ese rincón del campus podía ser interesante–.

Bueno. Hay que reconocer el fracaso cuando se presenta de frente y sin tapujos, así es que me dirigí en taxi a la ETSIT y me metí en la Mercedes que había dejado estacionada en la zona de alumnos. Iba dispuesta a descansar tranquilamente hasta la hora de la entrevista, pero mis intenciones se vieron dificultadas por la llegada de dos grupos de jóvenes que se empeñaron en hacerorros en la hierba junto al aparcamiento para beber y charlar hasta bien entrada la madrugada, momento en que tuvieron a bien dejarme dormir.

La cita era a las 10:00, y yo me desperté a las 10:12.

Y con resaca.

Por suerte no estaba lejos del despacho del Señor Sanz, a unos cincuenta metros, y llegué a él, bien maquillada y vestida con el traje de chaqueta oscuro de las mejores ocasiones, a las 10:30.

El Señor Sanz no había llegado todavía.

Para cuando llegó, con un reloj Swatch en la muñeca –regalo ‘de empresa’ por participar en una encuesta sobre

el mercado de dopantes de Europa—, le reconocí inmediatamente aunque apareció con una bata blanca —bueno, más bien blanca, tenía muchas manchas, alguna de las cuales tenía pinta de ser antigua— y me di cuenta de que yo me había vestido de la peor forma posible para esa cita: me había puesto exactamente la misma ropa que en aquella entrevista de la Doctora Harter en la que le había medio-visto salir a él con el rabo entre las piernas... ¿me habría reconocido al volver a verme tan exactamente igual arreglada? Tuve la duda todo el resto de aquel día. Aunque si me preguntaba sobre qué hacía yo en Viena aquel lunes, le podía decir sin sonrojarme que lo mismo que en Madrid ese viernes: buscar bolsillos en los que meter el dinero de mis inversores.

Me hizo pasar a los pocos minutos, el tiempo justo para mirar el correo electrónico, y se disculpó por su tardanza causada por unos alumnos que le habían entretenido con preguntas muy difíciles de resolver.

Seguía teniendo el hablar desenhebrado y errático de un sabio despistado de los de toda la vida. Su despacho era un caos de carpetas que casi enterraban el teclado del ordenador que, por otra parte, estaba apagado de nuevo, como quien no espera mucho más del día. De todas formas, la proliferación de papeles llenos de subrayados y anotaciones, así como el lugar preeminente en el que mantenía un pesado portalápices con rotuladores, lápices y bolígrafos de todos los colores, daban la imagen de que Fernando Sanz era de esos que se encuentra más cómodo

tratando las cosas en un papel y que se imprimen los mensajes antes de leerlos.

Nada más empezar la entrevista le pregunté si prefería que hablásemos en francés o alemán –el ruso o el húngaro ni se lo planteé– y se le iluminó la cara para contestar que prefería el francés.

–Soy de una generación de españoles que teníamos mucha más relación con Francia que con los ingleses, quizá por lo de Gibraltar, ¿sabe usted?

–Sí, claro –yo no sabía nada de la problemática específica de su generación ni de lo que Gibraltar pudiera influir en nuestro asunto, pero no había ido allí para explicarle esas cosas–, en mi Hungría también me enseñaron francés ¡y ruso!, pero se les olvidó lo del inglés que tuve que estudiar por mi cuenta.

–¡Lo mismo que yo! –bien: ya teníamos algo en común o, al menos, él creía que teníamos algo en común.

Su francés era claramente más fluido que el mío, pero empezamos haciendo unas gracias superficiales y encaucé la charla hacia donde me interesaba.

Se tragó la historia habitual acerca de los misteriosos inversores empeñados en poner dinero en los proyectos de su laboratorio. Escuchó con cara de circunstancias y sin dar ninguna muestra de estar mínimamente interesado.

–Me temo, señorita Harsányi –dijo mi apellido leyéndolo de la tarjeta que le había dado, pero al menos hizo el esfuerzo de pronunciarlo correctamente–, que no estamos

interesados, en este momento, en buscar nuevas fuentes de financiación.

–Pero, según mis informes, ustedes están aumentando su producción –no puso cara de que mi afirmación le diera ni frío ni calor, quizá es que no se estaba enterando de nada– y, si siguen así, necesitarán disponer de mayor capital y, además, nuestros inversores disponen de redes de distribución que también pueden servirles a ustedes para optimizar sus procesos de comercialización.

Al mencionar lo de *‘procesos de comercialización’* se le cambió el gesto de forma ambigua, pero siguió en sus trece de que no nos necesitaba para nada –¿me recordaba del antedespacho de la Doctora Harter de donde salió con una negativa a lo que sea que propuso a la fogosa austriaca?–, pero sí, definitivamente me pareció que un leve tic nervioso le crispó la mirada cuando yo hablaba de las redes de distribución que ponía a su alcance.

Y, sin embargo... no: no había nada que hacer. Ellos se dedicaban a producir células solares fotovoltaicas, como era bien sabido, y tenían un merecido prestigio en esa especialidad. Una serie de pruebas realizadas de cara a experimentar la fabricación en serie antes de registrar definitivamente unas nuevas patentes justificaban sobradamente el aumento de la producción de los últimos meses en su laboratorio y, llegado el final del curso...

–...entregaremos los diseños que nos han encargado, pagaremos las últimas facturas y no necesitaremos los servicios de la sociedad que usted representa.

¡Facturas! Había dicho '*facturas*'. ¿Le preocupaban las facturas?

Allí había algo, pero el tipo no soltaba prenda. Y encima me estaba contando cómo, en los años setenta, el catedrático entonces al cargo había comenzado a producir con éxito sus primeras células solares, cómo la células experimentales del laboratorio había alcanzado un rendimiento del 18%, record en aquel momento –y una magnífica marca, todavía en la actualidad–, cómo se le había ocurrido lo de las células bifaciales... ni siquiera al ingeniero que alguna vez fui le conseguía entusiasmar, y empecé a dar la razón a la muchacha de la noche anterior, tan desilusionada sobre las posibilidades reproductivas de los ingenieros de teleco.

Pero ahí había algo.

Algo que me estaba haciendo tilín en la cabeza. Algo que ni siquiera la resaca conseguía esconder por completo.

Como cuando en la recepción del edificio de Peregrin me estaba encontrando con József y yo seguía concentrada en si los empleados de seguridad me asaltaban o no.

Bueno. Se imponía un cambio de ritmo, dejar entrar otros aires en la conversación.

La excusa del calor era bastante realista, por lo que procedí a quitarme la chaqueta mientras le preguntaba por el rendimiento de las células solares fotovoltaicas bifaciales bajo luz difusa y si creía que se podían instalar con garantías en países cálidos y húmedos –le estaba dando pistas de Brasil, incluso le insinué que en Copacabana yo podría

encontrar clientes para desarrollos tan interesantes como los suyos-. Su entusiasmo por la explicación subió de tono en cuanto se terminó de dar cuenta de que yo no había tenido tiempo de ponerme el sujetador esa mañana.

Desgraciadamente, en ese momento un estudiante con piel de color tiza y un aspecto general de acelga pocha le vino a recordar que nos habían dado las 12:10 y estaba llegando tarde a su siguiente clase.

–¡Qué lástima, señorita!, tendremos que dejarlo aquí –pero se le veía deseoso de no dejarlo ‘aquí’.

–Pues sí que es una lástima... oiga, ¿por qué no seguimos esta conversación mientras comemos? Yo no tengo ningún plan hasta mañana, que despegas mi avión... –El estudiante no parecía hablar francés y creo que no se enteró de nada, pero Fernando Sanz, por el contrario, me había entendido lo que había dicho, lo que había insinuado y lo que le había dejado a él para que lo insinuase en el momento apropiado.

Incluso me dejó que le esperase a que terminara su clase merodeando por la instalación haciendo una visita turística –‘*Le resultará muy interesante, ya verá*’– guiada por el fantasmagórico alumno al que le pasó el muerto –el muerto era yo-. Aunque el estudiante me pasó a su vez a un becario del laboratorio con la excusa –no entendí su español, pero sí sus gestos– de que si no se libraba de mí, se perdería la clase.

El becario tenía un poquitín de sangre en las venas, hablaba un inglés bastante fluido y me enseñó las instalacio-

nes como quien se las enseña a un periodista de los normales, de esos a los que hay que explicárselo todo con manzanas y con la fatalista convicción de que después va a tergiversar todo lo que le han dicho –en parte por las normales ganas de incordiar de cualquier periodista, pero sobre todo por la ignorancia que con tanto éxito inculcan todas las escuelas de periodismo–. Sin embargo, cuando le dije que yo era ingeniera de electrónica por la Universidad de Budapest, algo cambió en su actitud: por una parte me habló, a partir de ese momento, en un formato más técnico y con cierto compañerismo pero, por otra parte, se dio la vuelta a la mitad del pasillo que estábamos recorriendo para dejar sin enseñarme lo que sea que estaba en la sala del fondo...

Como la visita acabó quizá más rápidamente de lo previsto, sobró un tiempo que me ofreció pasar en la cafetería, ofrecimiento que decliné, y no tuvo más remedio que volverme a dejar en el despacho del que habíamos salido: el del Señor Sanz. De todas formas tuvo la prudencia –o quizá, por qué no, la amabilidad– de quedarse conmigo mientras llegaba el jefe.

Ciertamente, si me llegó a quedar sola me habría dedicado a revolver cajones y carpetas en la mejor tradición del espionaje clásico, con la esperanza de que guardase los planos de la base enemiga o los diagramas de su arma secreta con una flecha en tinta roja, en ambos casos, señalando con claridad cuál era su punto débil.

Pero como se quedó conmigo, preguntándome amablemente cómo era la vida de un ingeniero en Hungría y tonterías por el estilo, me tuve que conformar con mirar y remirar los lomos de los pocos libros que se podían reconocer –casi todos en español– y hacer el papel de ingeniera en visita de cortesía.

Y justo cuando ya entraba Fernando Sanz –con su inconfundible voz, que sonaba vacilante en cualquier idioma que hablase– por la puerta, contestando otra sesuda pregunta de una estudiante que no se había mirado al espejo en varios años, cuando ya mi mirada abandonaba con matices de fracaso los estantes cuyo contenido estaba intentando descifrar desde la distancia, por fin una pista me empujó en la dirección correcta: la estudiante le arrebató al catedrático un bolígrafo que éste debía de haberle cogido en un despiste; se lo arrebató cuando Fernando Sanz estaba a punto de ponerlo con gesto distraído en su escritorio... y allí vi lo que llevaba toda la mañana tratando de llamar mi atención desde el centro de la mesa, lo que me hacía tilín una y otra vez...

El portalápices.

Era un portalápices, ya lo dije, pesado y atiborrado de todo tipo de chismes de escribir pero, en medio de todo ello, había un elegante bolígrafo con aspecto de ser muy caro y con un diseño colorido y muy llamativo.

Yo había visto antes ese bolígrafo.

Y lo había visto en dos sitios muy significativos.

Era el bolígrafo que utilizaba Ulrike para repasar sus apuntes en su apartamento / caja de zapatos de La Défense y había otros iguales en la cartesianamente distribuida mesa del despacho de Peregrin Gobichet: era un bolígrafo con publicidad de su sociedad de inversiones, pero era suficientemente caro como para que no se lo dieran a cualquiera –a mí no me había ofrecido uno, de hecho había preferido invitarme a cenar–.

Y ni esa sociedad figuraba entre los patrocinadores que sostenían el laboratorio del Señor Sanz, ni entre la prolija lista de referencias que Peregrin me había mostrado figuraba ni la Universidad Politécnica de Madrid, ni la ETSIT ni nada de nada que estuviese al sur de los Pirineos.

Se me iluminó el gesto de una forma que no pude disimular pero, por suerte, en ese momento se encaraba Fernando Sanz conmigo y pareció que la mejor explicación de mi alegre mirada era que me hacía mucha ilusión salir a comer con él.

Veamos...

Por un lado tenemos a un cátedro muy especializado en células fotovoltaicas, que probablemente tiene deudas, que es cliente de Peregrin pero ni uno ni otro lo van diciendo por ahí.

–Edit, ¿puedo llamarte Edit? –El chico conducía igual que hablaba: lleno de vacilaciones y cambios de trayectoria.

–Por supuesto, Fernando.

–Los amigos me llaman Fer. ¿Prefieres comer carnes o pescados?

–Tengo entendido que en Madrid lo mejor es ir de tapas.

–¡Muy bien! Entonces iremos por el barrio de los Austrias, aunque te advierto que no tengo mucha costumbre de ir por allí y no soy muy experto.

Por otro lado está un director financiero que se pica cuando le dices que no tiene dinero, probablemente porque tiene más dinero del que puede declarar –¿dónde lo está ganando?–; un petimetre que me pone encima de la mesa infinidad de referencias pero que se preocupa de ocultarme una.

Era una sospecha, pero así sí que me cuadraban todas las ecuaciones.

Veamos...

Mientras pensaba en todo ello, habíamos aparcado en un parking de la Plaza Mayor de Madrid y ya nos habíamos metido al estómago unas tortillas –pequeñas– de patatas con salsa picante y un par de cervezas, unos calamares rebozados, con otras dos cervezas, unos chorizos cocinados en algún tipo de vino... con otras dos cervezas, unos trozos de bacalao rebozado que ayudamos en su tránsito por la garganta con unos vinos blancos secos y unas gambas acompañadas de vino tinto semidulce; todo ello de pié, y cada especialidad en un bar diferente, aunque cada uno parecía estar muy cerca del anterior.

Un amigo que había estado en España unos años atrás me dijo que en Madrid había una barra de bar nada más, pero que era una barra muy larga y tras cada puerta que cruzabas veías una parte diferente de esa barra infinita que atravesaba paredes y portales y que te encontrabas entrases donde entrases. Seguramente le habían llevado a una ronda parecida a la mía.

Fernando Sanz me fue contando, mientras tanto, que salía poco, que desde que se quedó viudo unos años atrás era, prácticamente, la primera vez que salía de juerga y que no tenía costumbre de beber lo cual, al principio, me lo dijo con insistencia, pero a la tercera cerveza dejó de mencionarlo.

Fer tenía una figura engañosa. Por una parte, la primera impresión era la de sabio despistado, siempre distraído y de conversación errática cuando no era de cuestiones técnicas. Pero por otra parte, conservaba rasgos de que debió ser realmente apuesto veinte o treinta años atrás y que, un cuarto de siglo de desatender su imagen, vestir los mismos trajes, hablar con la misma gente y dejarse llevar por la pendiente del descuido le habían hecho desembocar en un pantano social en el que chapoteaba sin entusiasmo.

Pero todavía conservaba rasgos atractivos, su mirada era, algunas veces, aguda y chispeante y su mente tenía una gran potencia... si la dejabas escurrir el alcohol en el que se estaba empapando en las últimas horas.

Pero veamos... mientras Fernando Sanz se quedaba viudo y salía poco, el laboratorio de la ETSIT, que llevaba produciendo células solares desde antes de la presunta fecha de nacimiento de Edit Harsányi, había multiplicado por tres su consumo de ácidos y dopantes... lo cual es mucho para unas preseries de comprobación para la producción masiva de los destinatarios del diseño; además, las pruebas de producción hay que hacerlas con las herramientas y, sobre todo, con los equipos de producción, no con los del laboratorio de diseño.

—Este restaurante —tratábamos de terminar aquella comida, estirada hasta ser merienda, en algún sitio en el que nos pudiésemos sentar— es famoso por sus *huevos estrellados* —me contaba Fer, mezclando español y francés entre espasmos del hipo que le había dado hacía unos minutos.

Le hice que me tradujese lo mejor posible el nombre de lo que íbamos a comer, y ello desembocó en nuevas risas, cada vez más francas y relajadas.

—De huevos estrellados te podría yo contar un par de cosas —yo estaba un poco tocada por tanta cerveza, pero creo que todavía estaba mucho más entera que él.

Y entramos en un restaurante de la calle de El Almendro, en la parte antigua de Madrid, en donde tuvimos que hacer una interminable cola para que nos concediesen el privilegio de pedir la especialidad de la casa, que era eso que llamaban ‘huevos estrellados’, que tardaron un tanto

en tener listos para nosotros, dándole a Fer ocasión de describir con detalle lo solo que se sentía desde que se quedó viudo y, más aun, desde que hacía unos meses se había ido de Madrid su hija pequeña para vivir en Nueva Inglaterra, y que sólo se veía con su hija mayor, pero que estaba casada con un ejecutivo impresentable... Cuando anunciaron con una campanilla que ya podíamos levantarnos de la mesa para ir a la cocina a recoger nuestro menú, quien se tuvo que levantar a por la comida –y pagar– fui yo porque al amigo Fernando le había dado tristona y estaba para el arrastre.

Y a la doctora Harter le había propuesto algo que chocaba con su ética...

Ese fue el momento que eligió Bob para pedirme un informe detallado.

Salí a la calle para atender la llamada.

–Hola Bob.

–Hola Edit. ¿Cómo estás? –su inglés tejano sonaba nervioso, tenso; quizá se sentía en la obligación de ponerse autoritario pero no sabía cómo hacerlo conmigo.

–Bieeen, lo estoy pasando estupendamente –lástima de cámara de videoconferencia: seguro que ponía su mohín más atractivo cuando le hacía rabiar un poco.

–¡Pero la investigación, Edit!, ¿cómo va la investigación? Ya han pasado dos semanas...

Y todavía no estaba yo completamente segura de cual iba a ser el resultado...

—¡Ah!, eso...

—Sí, eso. ¡Deja de tomártelo a broma! Los informes decían que eras una persona seria.

—Y lo era, no te quepa duda. Por cierto, en esos informes qué nombre ponía.

—No sé a qué te refieres.

—¿Cómo me llamo en esos informes?

—Edit Harsányi, por supuesto.

—Mira mejor. ¿Pone *Edit*?

—Sí... bueno, no: pone '*E. Harsányi*', ¿cuál es el problema?

—Ninguno, sólo quería que te preocupases de otras cosas. Te notaba un poco tenso.

—Vale, ya has conseguido desestabilizarme. Y ahora, ¿me vas a decir cómo va la investigación?

—Síiii, vaaale. Mándame los contratos que quieras que firmen a la dirección de correo... toma nota.

—Dime.

Le di mi dirección de la empresa ficticia que había creado

—Has dicho contratos, en plural.

—Sí, un laboratorio los está fabricando y será quien te proporcione todas las explicaciones técnicas de cómo optimizar vuestros diseños, y otro contrato lo firmaréis con una sociedad financiera que será quien os conceda las pa-

tentes y derechos de explotación, pero no les exijas los números de patente.

Quizá estaba siendo un poco atrevida... lo achaqué a tanta cerveza.

Y le contesté un sinfín de menudencias sobre el papel de cada cual en el negocio y a qué se comprometía cada una de las partes. Todo ello aparentemente imprescindible para matizar las cláusulas de los contratos... ¡abogados!

Cuando me hizo la pregunta número 101 me harté.

—Mira, tú pon lo que te de la gana, que yo me encargaré de que firmen aunque hayas puesto que deben posar para Play Boy gratis.

—Pero dime al menos los nombres.

—Que no: déjalos preparados para que yo le ponga los nombres y direcciones.

—¿Seguro?

—Y te buscas unos billetes de avión. Quiero verte en París el lunes a mediodía, en el restaurante Le Bohème du Tertre, en la Place du Tertre, en la Butte de Montmartre. No tiene pérdida. De allí te buscas otro billete hacia Madrid, al día siguiente.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que ahora le estás haciendo señas a alguien para que te vaya gestionando los vuelos antes de que la agencia de viajes con la que trabajáis cierre pronto porque es viernes —había notado cómo tapaba el micrófono del teléfono, seguro que para dar el recado a alguien.

–Vale, allí estaré. ¿Cómo se deletrea boem?

–Tienes hasta el lunes para averiguarlo. Ciao! ¡Ah!, no te olvides de traerme mis cheques, y que sean de un banco que tenga oficinas en París.

Cuando volví al restaurante –esa noche era el turno de ‘*El Almendro*’, en Madrid, no nos desorientemos pensando en futuras escenas de seducción en Monmartre– Fer dormía profundamente. Me parece que me había pasado con lo de elegir tanto picante y con la manía de apagar el sofofo de lo que comíamos con cervezas y más cervezas. Además, el chico no estaba en forma, me lo había advertido.

El resultado de todo ello es que me comí los huevos yo sola. Eran unos huevos fritos pero que se habían terminado de hacer sobre las patatas fritas y con unas virutas de jamón por encima... estaban buenísimos, ya me explicaba yo la cola que habíamos tenido que aguantar para tener mesa.

Cuando salimos de allí era yo, también, quien dirigía con paso firme a un Fernando muy dócil en busca de un taxi, con una mano, y con dos botellas de vino blanco de El Almendro, bien fresquito, en la otra.

Como tardé en encontrar el taxi –Fer no era de mucha ayuda– y pasamos por delante de una tienda de fotografía a punto de cerrar, dejé a Fernando en la puerta mientras me compraba un par de cámaras de fotos de las de usar y tirar, una cámara deportiva de video, pequeña, con conexión al mechero de un coche y muchos gigas de memoria disponibles –me pusieron pilas en un adaptador que

tenía la cámara para que la pudiese utilizar inmediatamente, pues la batería no estaba cargada-. Pagué en efectivo e incluí una mochila para llevar las cámaras, tan grande que me entraron también las botellas.

El taxi nos dejó en pleno atardecer de verano español en el aparcamiento de la ETSIT, que ya estaba prácticamente vacío –efecto viernes–.

Me volvía a encontrar al inicio de un fin de semana, al lado de donde estaba aparcada mi furgoneta, y con alguien a quien me convenía interrogar. ¡Todos los viernes lo mismo!

–Oye, Edit.

–Dime.

–¿No estarás pensando en lo que creo que estás pensando?

–No, no te preocupes. Tendré que improvisar, pero a éste le necesito entero, no es de los de usar y tirar: me tendrá que firmar después unos contratos.

–A ti todos te firman después algún papel si se lo pides.

–Que no te preocupes.

–Bueno, ¡a ver qué haces!

–Improvisar, ya te he dicho, desgraciadamente improvisar, que esto no lo enseñan en ninguna de las escuelas que he conocido.

Y esta vez no me parecía justificado utilizar los métodos que habían demostrado ser efectivos la semana anterior.

Quizá para sacarme de dudas, quizá para ponérmelo más difícil, o para hacerme improvisar a pie forzado, cuando el taxi se alejó hacia la salida Fernando tuvo uno de sus esporádicos momentos de lucidez.

—¿Dónd (¡hip!) de estoy? —lo dijo en español, pero le entendí perfectamente.

—Estamos en tu escuela, amigo mío —yo le hablaba en francés, idioma para el que el ‘*mon ami*’ es lo más correcto en esta situación—, que veníamos a que me enseñases el laboratorio del final del pasillo.

—Realmente inspirada, Edit.

—Gracias.

—¡Ah, sí!, vamos —dijo dócilmente, sacando de su bolsillo un manojo de llaves.

Con discreción, puse en marcha la cámara, y me dispuse a seguirle por los pasillos de la solitaria Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Telecomunicación. En la grabación no se veía a Fernando más que cuando se ponía delante de mí para, con caballerosidad, abrir puertas y dejarme pasar delante. No se veía que, entre puerta y puerta, yo le iba sujetando con energía y cariño maternales mientras le iba dando a beber de una de las botellas de vino —no disponía de otro biberón, ¡qué se le va a hacer!—. Así bajamos por unas largas escaleras —la ETSIT está edificada en la ladera de una pequeña colina y las escaleras eran lo que, con grandes esfuerzos si se ha bebido demasiado,

unía la entrada principal, que estaba en lo alto, con los laboratorios que estaban en la parte de abajo de la colina, ya cerca de la Facultad de Ciencias.

Abajo del todo, a la derecha, abrió la puerta del Departamento de Electrónica Básica, y avanzamos hasta llegar, esta vez sí, al final del famoso pasillo que no me dejaron recorrer entero por la mañana. Allí abrió una puerta que estaba cerrada con llave y combinación y entramos, tras ponernos cada uno una bata blanca de un perchero de la entrada –eso no limpiaba nada, pero supongo que para él, ir en bata, era una costumbre arraigada a lo largo de treinta años de docencia–, en una sala ya bastante aséptica en la que se manejaban los controles de la siguiente sala que estaba al otro lado de unos gruesos cristales: la sala de los hornos, que en ese momento estaban inactivos.

Allí es donde se cocían las obleas de silicio cristalino para que las sustancias dopantes penetrasen en la superficie del cristal y convirtiesen determinadas zonas en áreas con exceso de electrones o de huecos, regularmente conductoras –semi-conductoras– que, con el adecuado estímulo eléctrico conducían o aislaban formando las infinitas puertas lógicas que componen una cucaracha, un microcircuito electrónico, un ‘chip’ para los que suponen que decirlo en inglés coloquial es signo de cultura.

En principio esa sala no era ningún misterio en sí misma. Estaba claro que en alguna parte estaban haciendo sus famosas células solares fotovoltaicas, las que habían dado prestigio al laboratorio de semiconductores de la ETSIT.

Lo malo estaba en que la fila de hornos era interminable, y para un laboratorio de una universidad, un horno era suficiente –dos como máximo, a base de mantener en funcionamiento en horno antiguo aunque estuviese ya superado por el otro de nueva factura–.

Pero lo peor estaba en las pantallas de las paredes: se veían unos muy complejos diagramas en las estaciones de trabajo, en los ordenadores que controlaban la óptica de las máscaras con las que se dibujaban las zonas de electrones y de huecos sobre las obleas.

Una oblea de silicio es una superficie redonda de unos 15 centímetros de diámetro, con un mordisco en uno de sus lados para que se pueda alinear siempre con precisión. En ella se dibujan –por métodos ópticos¹– los circuitos que luego se van a construir en su interior a base de ácidos y dopantes. Si se están construyendo diodos, que sólo tienen dos zonas –y las células solares fotovoltaicas no son, en el fondo, más que diodos un poco especiales– su pequeño y simple esquema se repite con artística regularidad por toda la superficie. Cuando se termina la fabricación, si son diodos se parte la oblea en pequeños cuadraditos,

¹ Se cubre la oblea con una sustancia que cambia su composición química con la luz y, sobre ella, se proyectan las líneas y zonas que se deben convertir en semiconductoras de un tipo u otro en cada fase. Luego se quita lo que se necesita quitar de la cubierta con ácidos que sólo disuelven la parte que no ha recibido luz –sí: los ácidos de precisión del los que hablábamos en Salzburgo– y, con ello, la zona a dopar queda expuesta para el siguiente paso por el horno en el que se somete a una atmósfera saturada de dopantes. Ese proceso se realiza una y otra vez para construir las diferentes zonas positivas y negativas –dicho de forma simple– de las capas del circuito.

con un diodo en cada trozo, a los que, de uno en uno, se les sueldan las patitas, se envuelven en un plástico duro y se venden en las tiendas de electrónica. Si son células solares, se deja entera la oblea porque se aprovecha toda su superficie para un mismo panel –por eso los paneles solares fotovoltaicos están llenos de redondeles: las obleas–.

Pero si es un circuito más complejo, lo de la *‘artística regularidad’* se convierte en un caótico barullo que se parece más al plano de la Roma Imperial o de México DF, que a nada que posea algún tipo de organización.

Y los esquemas que mostraban las pantallas eran extraordinariamente complejos...

Lo que estaban cociendo no eran células solares, imposible: eran procesadores, CPUs... y de un diseño especialmente sofisticado.

La cámara de fotos de usar y tirar la disparé hacia todo lo que se me ocurrió.

Una caja de metacrilato, junto a la puerta, contenía obleas ya terminadas pendientes de cortar y encapsular, cosa que no podrían hacer en una instalación tan pequeña como la que me estaba enseñando. Seguro que eran obleas terminadas para entregar a Peregrin o a quien sea que remataba la faena con los procesos de encapsulado. O quizá había otra sala en la ETSIT con la maquinaria de encapsulado.

–Fer, guapo, ¿quién os ha hecho esta preciosidad de diseños?

–Sssson bonitoss, ¿verdazz? –la botella estaba casi vacía, en la reserva, y el Señor Sanz estaba con el depósito prácticamente lleno; la segunda botella me la reservé para mejor ocasión.

–Te los ha pasado Peregrin.

–¿Conoces a ese hijj-jjo de pp-puta? ¡Mno me habless de (¡hip!) Pegeggín! Es un cabgonazo –mientras lo decía, braceando con ímpetu, se desestabilizó y casi se cae al suelo, y se habría caído si no se hubiese agarrado a una silla, porque yo no le podía ayudar: estaba robándole una de las obleas con la mano que la cámara me dejaba libre.

–Mira, en eso de que es un cabronazo podemos estar de acuerdo, a mí también me ha intentado hacer alguna jugarrreta. Pero todo esto os lo ha pasado él –yo señalaba a las pantallas–, ¿a que sí?

–Sí, perro no... –se me estaba quedando dormido, y eso no habría quedado bien en el reportaje que estaba grabando, así que le hice un gesto coqueto, un sacudir de mi pecho a un lado y a otro que le despertó instantáneamente: recordemos que por la mañana no me había dado tiempo a ponerme el sujetador–, perro no ssé de dónnde lo sacó (¡hip!) él.

–Seguramente de sus clientes medio-militares. ¿No?

–No ssé, oye, Eddit –la lengua la seguía teniendo de trapo, pero mi gesto erótico había despertado algo en él, lo malo es que lo que se le había despertado estaba por debajo del cinturón, y el resto de su cuerpo esmirriado se mo-

vía a rastras hacia donde sea que apuntase su pito–, esto es muu(¡hip!)uy aburrido. ¿Noss vamos a mi desspacho?

–Sí, cielo, pero antes dime, ¿qué tienen de bueno estos esquemas?

–Mira, esto de aquí –señalaba, con aires de auténtico catedrático, en el borde de una de las pantallas, un conglomerado relativamente compacto de rayas muy densas– es la unidad aritmética-lógica, que en el diseño de Intel va en el cc-cc-ccentro –tras el impulso pedagógico, se atasca de nuevo el chico–, y es lo que (¡hip!) más se calienta... oye, ¿no estás caliente tú? –babeaba el mozo, pero no podía soltarle en ese momento.

–Sí cariño, pero termina.

–Pues eso, que en esssste diseño lo han conseg-gg-guido colocar en un bordde sin que las líneas del buss radd-dien demasiadddo, de hecho –ahí sacó pecho: estaba orgulloso de lo que iba a decir– parte del bus es óptico, y hemos metido láseres de fosfato de indio en el silicio... con lo que refrigg-gera algo mejor. Es para los casos de cálculo intennnn(¡hip!)sivo ¿sabesss?

–¡Justo y cabal! Oye eso es una chulada. Y dices que te lo pasó el cabronazo de Peregrin.

–Sssí, no le interesan mis células sssolares, ssólo quiere estos cci-ci-ircuitos y me los paga muy mal, ¡el muy cabgonazo!, así es que también los vendemos por nuestra cuen ¡hip! ta y ¡que le den por c-c-culo con un condón de papel de lijj-ja! –por un momento no estuve atenta y me agarró una teta; es increíble con qué habilidad de carterista metió

la mano por el escote de la camisa-. ¡Cariño!, dame un besito.

Me traté de zafar con agilidad felina pero no por ello se soltó de mi pecho –me faltaba experiencia en lances como ese–, y a partir de ahí la situación se desmadró de forma irremisible, con Fernando Sanz babeando hacia mí y desabrochándose el cinturón –menos mal que se le ocurrió desabrocharse el cinturón, porque para ello tuvo que soltarme–, bajándose la bragueta y dándose un traspiés morrocotudo por el pasillo de salida de los laboratorios. La grabación no era digna de National Geographic, pero quedó divertidísima.

–Oye, Fer, cielo, súbete los pantalones que no vas correctamente vestido.

–¡Dame un besito!, pero si es sólo un besito.

Lo de que era '*sólo un besito*' me lo decía con los pantalones ya quitados, los calzoncillos a media asta y una erección digna de un asno semental, todo lo cual tuvo dos claras consecuencias. La primera fue que yo no me fiase de que sus intenciones se limitasen a un besito. La segunda es que las largas escaleras de subida hacia la puerta principal las recorrió con grandes dificultades y que yo, pese a subirlas de espaldas, manejando la grabadora y la segunda cámara de fotos, cargando con la bolsa de las cámaras –en la que iban una botella de vino y una valiosa oblea de silicio– y riéndome a carcajadas, le saqué mucha ventaja antes de llegar arriba, a la entrada de la escuela, discretamente guardada a esas horas por un vigilante desde su

garita, con cara de haber visto de todo en su vida, pero que lo de ese día estaba un poco por encima de la media.

Al llegar a la puerta dejé de grabar el reportaje, ya tenía material de sobra, y me apliqué a llegar a la furgoneta a la carrera antes de que el animoso Señor Sanz llegase a la acera y pudiese tomar nota de en qué vehículo me movía yo –aunque el chaval no estaba como para tomar apuntes del natural con un pincel, la verdad–.

En la explanada del aparcamiento ya era de noche, y había variosorros de adolescentes pasándose botellas y hablando a gritos, por lo que tardé un poco más de la cuenta en salir del aparcamiento esquivando a unos y otros.

Lo último que recuerdo de esa estancia en la ETSIT fue al Señor Sanz con una bata sobre la camisa por todo atuendo, corriendo por el aparcamiento de corro en corro y gritando '*¡Edit, cariño, dame un beso!...*' bajo una cerrada ovación de todo el chiquillerío que bebía en la cálida noche española sin fijarse en una Mercedes que salía del aparcamiento con poco ruido del motor y mucho de las carcajadas de la rubia que la conducía vestida con una bata de laboratorio sobre un traje de chaqueta muy formal.

La cabra (y 3)

De nuevo camino de París.

Era viernes ya muy tarde y, de una manera o de otra, el lunes a primera hora tenía que tener todo resuelto, por lo que el tiempo estaba justo, sin mucha holgura, para llegar a París a lo largo del sábado.

Empecé por dormir sin salir de Madrid, para evitar que algún alcoholímetro me retrasase en mis planes y tuviese que explicar qué hacía una rubia húngara con documentación alemana, en un coche de segunda mano, circulando con papeles todavía de un concesionario que lo vendía a 3 000 kilómetros de allí *–‘verá, agente, es que le estoy haciendo una prueba a fondo’*–, con más de 50 000 € en el bolso y una película porno-cutre en la grabadora.

Dormí en el Paseo de la Castellana, justo enfrente del Estadio Bernabeu. Me prometí volver algún día para ver un partido del Real Madrid.

–Toma nota chaval.

–Anotado.

Pero me había vuelto a quedar sin agua en el depósito, por lo que tuve que prescindir de la ducha, que buena falta me hacía.

A la mañana siguiente empecé por comprarme en unos grandes almacenes de allí cerca otro teléfono móvil antes de salir de Madrid y, tras darle un repaso al motor de la furgoneta y desconectarle un artilugio que le sobraba, me apliqué en moverme hasta París mientras recargaba la cámara, llenaba el depósito de agua en la primera gasolinera en que paré, e iba haciendo cábalas del siguiente movimiento, que era clave para ganarme el último medio millón.

Porque Peregrin no tendría ningún derecho sobre los diseños con los que había estado trapicheando, seguro, peeeero –y eso era lo importante– de los diseños de categoría militar no se suele tramitar ningún tipo de registro de propiedad intelectual, porque sólo dejarlos en la oficina de patentes aumentaría de forma inaceptable el riesgo de que acabaran en manos de ‘La Competencia’, como decía el querido Klaus.

De alguna forma Peregrin había hecho un trabajo de espionaje digno de Mata-Hary.

No, no había sido Peregrin: seguro que había sido el tandem Peregrin-Ulrike.

Sí: eso tenía sentido.

De alguna manera Peregrin había tenido acceso a los esquemas y cifras de alguno de sus clientes militares y le había pasado el diseño a Fernandito Sanz, Fer para los ami-

gos, para que lo produjera en serie y así respondiese de algunas facturas pagando en especia. Después, mientras Peregryn había hecho lo que sea que hiciese con sus cucarachas, Fernando Sanz se había sacado unos ingresos extra vendiendo más cucarachitas por canales informales. Quizá los canales comerciales de sus patrocinadores.

Los patrocinadores del laboratorio de la ETSIT eran unos grandes almacenes españoles y unas bodegas de vinos de calidad de Valladolid.

¡Vinos!

Bandi, allá en Budapest –¡cuánto tiempo parecía haber pasado desde aquello!– me había mencionado que le habían ofrecido Tokaj en combinación con las cucarachas... Vinos húngaros... vinos españoles...

El teléfono nuevo lo llevaba encendido con el manos libres y le sonaban interferencias cada dos por tres, pero lo dejé hacer sin preocuparme. Estaba pasando a la altura de Deva, poco más allá de Bilbao, por la autopista por la que me iba guiando el GPS, y me desvié –con grandes protestas del GPS, que me acusaba de despistada por equivocarme de ruta– para comer como es debido y, si podía, ratonear por Internet a ver si había una relación entre todo esto.

Empecé por aparcar al lado de la playa y darme un baño. No me había comprado bañador, pero unas de las bragas oscuras dieron el pego.

La comida fue sencilla pero espléndida, en un restaurante en el que se empeñaron en destacarme lo típico de

la zona que era el lomo alto de buey que me comí. De allí me fui buscando un cibercafé sin encontrarlo por ninguna parte hasta que descubrí la razón: el gobierno local regalaba la conexión de Internet a cualquiera que se tomase la molestia de pasarse por una biblioteca pública.

Me registraron como socia de la Biblioteca, pese a que no pensaba volver por allí, y me dejaron un terminal.

Empecé por repasar la memoria USB de Peregrin con las fotos que me había hecho el muy cabrito mientras yo dormía mi borrachera.

La verdad es que algunas de las fotos estaban de vergüenza. Yo babeaba sobre la almohada y, aunque tengo un desnudo digno de la Venus de Milo...

—Gracias escritor

...allí despatarrada, con la compresa en las bragas y durmiendo la cogorza yo estaba muy poco digna. Elegí un par de ellas de lo más presentable, y amplié la parte que me interesaba que, pese a que el objeto central de la artística composición era un par de jóvenes desnudas en una cama, la parte que detallé estaba en los márgenes del encuadre, en las paredes de la habitación. Lo imprimí con la mejor calidad disponible y pasé a otra cosa.

En el correo estaban ya los contratos que le había pedido a Bob. Los personalicé a la medida de quiénes los iban a firmar y los imprimí por triplicado: una copia para Bob, para que me pagase, otra para el que lo firmaba, para que supiera a qué se había condenado, y la última para mí, pa-

ra encuadernarla en piel y guardarla con lo más selecto de mi biblioteca.

Y me dediqué, finalmente, a buscar conexiones entre la ETSIT y el Tokaj, el orgullo de Hungría, el vino de los emperadores por excelencia.

Una pena: no me costó ningún esfuerzo. Los patrocinadores de Fernando Sanz eran una prestigiosísima bodega de Valladolid que, ¡mira tú lo que son las casualidades!, eran los dueños de un importante porcentaje de la producción de vinos Tokaji.

Anoté las referencias –para decorar el informe final con datos lo más floreados posible–, cerré la sesión y me volví a la carretera.

Bien, ya lo tenía todo. O, más bien, casi todo: Bob me iba a pedir un par de firmas en los contratos que llevaba para pagarme el resto del millón prometido, y era a lo que me dirigía por las super-rectas autopistas de las Landas francesas con el teléfono viejo apagado para no tener interrupciones molestas.

Fernandito había utilizado las redes de distribución y las facilidades de exportación de los bodegueros para sacar una serie de partidas de cucarachas, que se habían vendido por toda Europa y, a través de los canales de importación-exportación de las bodegas habían llegado con cierta prioridad a Hungría, donde tenían una importante delegación y habían llegado a copar un 5% del mercado; a consecuencia de ello los analistas japoneses de Texas habían señalado a E. Harsányi como la persona –o persona-

je— ideal para resolver este embrollo. Bueno, al fin y al cabo no parecía que se hubieran equivocado en la designación: yo lo había resuelto.

Quizá las ventas de Fer en Hungría eran las únicas que habían salido del control de Peregrin. Tenía pinta de ser, en general, un negocio privado de Fernando que se aprovechaba del chanchullo que Peregrin había montado. Lo malo —para todos ellos— es que el amigo Fer lo controlaba con menos precisión que Peregrin.

Había sido algo muy parecido al chanchullo de un camarero que conocí, que se llevaba al trabajo una botella de whisky y algunas de las copas las servía de su botella: lo que cobraba de esas copas lo metía directamente en su bolsillo y al dueño del bar le cuadraban consumos e ingresos a la perfección. Con el agravante de que la botella era, originariamente, robada de otro bar.

Me quedaba sólo la curiosidad de cómo el francesito metrosexual había burlado los controles militares para hacerse con un diseño como ése, pero no era mi problema ni me pagaban por averiguarlo, por lo que decidí que podía dormir tranquila sin saberlo.

Quizá alguien como Klaus sí estaría interesado en preguntarle a Peregrin cómo se habían distribuido —y, sobre todo, a quién— las cucarachas que no había vendido Fer por su cuenta...

Dejémoslo así, por el momento.

Viajé a toda velocidad y sin paradas turísticas, por lo que llegué a ducharme y dormir en la misma área de des-

canso que en el viaje de ida por la E5, poco antes de Les Ullis. Había conducido con una túnica muy veraniega, pero por la mañana me vestí con una ropa también cómoda e informal, pero con la que me pudiera mover por cualquier parte –camisa y vaqueros: los vaqueros siempre fueron muy apreciados en mi lado del telón de acero y siempre escaseaban; desde la caída del Imperio Soviético me estaba desquitando de aquella escasez–.

Me presenté en la puerta del apartamento de Peregrín y Ulrike poco antes de las diez de la madrugada del domingo.

No había nadie.

Me organicé una postura cómoda y me preparé mentalmente para una larga espera. Tras un par de cambios de sitio, según se quedaban plazas libres, terminé aparcando la furgoneta justo enfrente de la puerta de su edificio, así es que era una espera muy relajada y confortable.

Hice un intento de escribir mi informe en el tratamiento de textos del teléfono, pero a la tercera frase saqué el informe que inicialmente venía en el maletín y utilicé la parte de atrás de sus páginas para redactar un boceto del mío. Como los japoneses se habían enrollado a gusto, tenía papel de sobra, incluso con florituras.

Fue una larguísima espera.

Corregí una y otra vez el informe, y terminé gastando casi todo el papel disponible. Cuando lo pasase a limpio

en un ordenador personal le daría los últimos retoques de estilo, pero lo fundamental ya estaba.

Había que seguir esperando.

Comí a base de fruta.

Ninguno de los dos –Monsieur et Madame Gobichet– me había dado el número de su móvil, y yo no sabía si los domingos iban a comer en casa de los padres de él o de la madre de ella o se dedicaban a montar a caballo o ir a misa.

Hacía falta una paciencia de monje tibetano.

La oblea que le robé a Fer y los tres procesadores –el falso que me quedaba, después de regalarle el otro a Klaus, y los otros dos de buena familia– que iban en el maletín los pegué en el techo de la cabina con un pegamento que había en la caja de herramientas. Empecé a planear utilizar la placa de ordenador para hacer un cuadro que colgaría en el caserón de Balatonfüred, pero no tenía materiales en la furgoneta como para hacerlo.

No veía del todo bien los coches que entraban en la cochera, por lo que varias veces me tuve que apeaar para volver a llamar a la casa y volver a comprobar que seguía vacía.

Bueno, todavía me quedaba la posibilidad de verle en sus oficinas a primera hora de la mañana. Había tiempo de sobra para cerrar el negocio, pero prefería el apartamentito.

A las 21:43, ya anocheciendo, aparecieron los Señores de Gobichet en un BMW serie 5 negro. Les reconocí de lejos por la perilla de Peregrin y el aspecto de máscara de ojos negros de Ulrike. Les concedí 17 minutos para que se pudiesen cómodos –y para que entrara alguien por el portal y me facilitase el acceso sin llamar al apartamento– y, a las 22:00 exactamente, de nuevo armada con mi mejor –y único– maletín, llamé al timbre de su caja de zapatos.

La mirada de Ulrike nunca mostraba alegría, pero sí que podía mostrar un grado extra de tristeza y, en esa ocasión, lo mostró con claridad e incluyó unos hombros caídos por el abatimiento; la cortísima falda que llevaba permitía apreciar, también, que cruzaba las piernas con timidez al apoyarse en el marco de la puerta. Es muy probable que pensase que yo volvía sólo para rendirme a las malas artes de Peregrin, en cuyo caso su tristeza era por ver caer a una amiga en las redes de la intriga; por si acaso le agradecí mentalmente el detalle y entré cargada de optimismo y pensamientos positivos.

–Peregrin –dijo Ulrike añadiendo un punto de humildad a su gesto–, tenemos visita.

–¿Sí? –salió abrochándose los puños de una camisa limpia– ¡Edit!, no te esperaba.

Decidí que era momento para uno de mis famosos silencios.

Pasé, y me senté teatralmente en el silloncito biplaza desde el que el panorama estaba centrado en una televisión de tamaño medio, colgada en la pared de enfrente, en

la que se veían las noticias sobre los últimos atentados suicidas de Bagdad.

Me fijé en la *aspidistra elatior*, a la que habían cambiado de maceta y habían limpiado las hojas; me levanté para comprobar su buen aspecto, ya sin hongos, hice un gesto de aprobación hacia Peregrin y me volví a sentar mirando fijamente la botella de Cointreau que, según todas las evidencias, Ulrike había sacado para Peregrin. Me apropié del único vaso disponible, preparado con hielo picado, y me serví una ración generosa, para que se relajasen pensando que iba derecha a otra de mis conocidas cogerzas. Ulrike sacó otro vaso, con más hielo que picó en el momento, en el que se sirvió el propio Peregrin. El aire acondicionado lo debían haber puesto en marcha al llegar, y la temperatura estaba bajando de un minuto al siguiente.

El chico tuvo el fino detalle de sentarse en una silla delante de mí –tapándome la televisión, pero no salí ganando respecto al panorama social irakí que era lo que mostraba la pantalla cuando se puso delante– y dejando a Ulrike la plaza libre del sofá.

–Bien, tú dirás.

El chico se estaba empezando a poner nervioso. Esa era mi intención, pero le necesitaba en plenitud de facultades para que considerase positivamente mi propuesta, así es que di por terminada la Terapia de Silencio.

–Sí que me esperabas, no lo puedes negar.

–Bueno, ciertamente, pero no un domingo por la noche.

–¿Hubieras preferido hablar de estas cosas en donde has comido? –su gesto adusto me dijo que no: o había comido con sus padres o con su jefe; y llegó a pensar, seguro, que le había seguido todo el día– o lo prefieres hablar en otro lugar ¿en la oficina?... no, tampoco –su cara era un confuso poema de versos trufados con vergüenzas y prepotencias a partes iguales.

–Si tenías algo que contarme lo podíamos hablar por teléfono.

–Pero es domingo, amigo mío, y no tengo el número de tu móvil.

–¿Tan urgente es lo que me quieres contar?

–No es que sea urgente, pero quiero que firmemos un contrato, y eso no se puede hacer por teléfono.

–¿Un contrato? ¿Ahora?

–Sí, la gente a quien represento lo considera necesario y forma parte de mi compromiso con ellos.

–Pero mi entidad tiene que estudiar la forma de colaboración, nos tienes que presentar el proyecto...

–No –le corté en seco y la momentánea euforia que le había invadido se desvaneció en un parpadeo–, no se trata de *ese* contrato que estás pensando. Verás...

Y le explique, muy gentilmente, mi papel en este negocio, que era muy diferente del que él imaginaba. De momento no le dije nada de la existencia de alguien llamado Klaus.

–Pero entonces –el estaba muy serio y Ulrike estaba al borde de la media sonrisa– no intentas obtener financiación de mi entidad.

–No, en absoluto, se ve que estabas atento. Lo que te voy a pedir es algo así como apoyo, quiero tu aprobación, quiero que nos des tus bendiciones y todo tipo de facilidades para que mis representados puedan explotar ciertos avances técnicos que has manejado en los últimos meses.

–No sé a qué te refieres –y se tapó la boca, a continuación, bebiendo Cointreau para que yo me viera impelida a hablar ante su imposibilidad de hacerlo mientras saboreaba el dulce licor: es la jugada más recurrida del juego social de tener una copa o un cigarrillo en la mano.

–Muy sencillo –yo hice una pequeña pausa para saborear unas gotas de mi copa, anular su jugada con ello y, de paso, hacerle esperar en un momento intenso de la charla para tensar el muelle que iba a hacer saltar con mi siguiente frase–... me refiero a los diseños que está fabricando el Señor Sanz –del respingo que dio al oír el nombre de su compinche casi se atraganta–, queremos explotarlos por nuestra cuenta, sobre todo la técnica de embutir láseres de fosfato de indio en obleas de silicio y utilizar buses ópticos para bajar las pérdidas por radiación.

En algún momento de mi discursito saltó por los aires y escuchó los detalles recorriendo los pocos metros cuadrados del apartamento como gato enjaulado y restregándose la pelada cocorota. Se terminó deteniendo frente a la

ventana y encarándose conmigo brillándole la cabeza por el sudor.

–Pero esos diseños no son míos.

–No, tu sólida formación financiera no te capacita para ese trabajo, pero tampoco son de Fernando Sanz y, sin embargo, él los está utilizando en su laboratorio. Nosotros pretendemos, sencillamente, hacer lo mismo. Y, por cierto, a mí me da igual quiénes son tus otros asociados para el encapsulado y distribución de la mercancía, no me pagan por averiguar ese detalle.

–Pero Sanz no tiene ningún contrato conmigo.

El chico se estaba calmando, veía una salida sencilla a la situación: que fabriquen lo que quieran, yo les paso el diseño y me olvido del incidente; pero ese panorama que era satisfactorio para Peregrin me dejaba a mí con medio millón menos en el bolsillo, por lo que tenía que dar alguna vuelta más a la tuerca.

–Cierto, pero mis representados quieren un contrato, y yo les voy a dar un contrato firmado por ti. Y quizá tengas que abrir tu cajita de seguridad del armario ropero y pasar los datos a mis amigos, incluso los datos que no le hayas pasado a Sanz.

–Pero, ¿qué valor tiene ese contrato, si no soy el dueño de las patentes? –se centró en el contrato desviando su mirada hacia Ulrike e ignorando la referencia a la caja fuerte: seguro que allí había algo interesante.

–Ese es el quid de la cuestión, amigo mío: mis representados quieren un contrato para, si alguien les pregunta,

poner cara de inocentes y decir que creían que tú actuabas de buena fe y todas esas tonterías que los jueces escuchan con cara de circunstancias –se estaba poniendo pálido, mientras Ulrike, de la que yo veía su cara reflejada en uno de los espejos de la pared de enfrente, tenía una mirada muy intensa, esperando acontecimientos–. Créeme, he oído muchas tonterías así en juicios muy graciosos y la jugada suele salir bien para quien tiene un contratito en regla.

“De todas formas, no te preocupes demasiado: como bien sabrás, esos diseños no están patentados, por lo que las cosas son mucho más ambiguas y, en seis meses, estarán superados por otros avances. A lo mejor nadie llega a protestar nunca.

“Mira –saqué el contrato del maletín y le pasé una copia– léelo si quieres, dedícale cinco minutos si lo necesitas, me lo firmas y no vuelves a hablar conmigo nunca más. Seguro que eso de no volverme a ver te anima –le puse mi mejor gesto pícaro-, ¿a que sí?

–No pienso firmarlo –ni lo miró–. No tengo por qué involucrarme en este asunto; si has hablado con Sanz entiéndete con él.

–Yo creo que sí que te interesa firmarlo, porque tienes una posición que defender, que se vería perjudicada si ciertas fotos salieran a la luz. Imagínate: recuerda las fotografías que hiciste a tu esposa desnuda en la cama con otra mujer. Sería un escándalo.

–En el peor de los casos me tendría que divorciar –ni parpadeó: no era algo que le importase demasiado.

–Me temo –excepcionalmente, intervino Ulrike con timidez– que firmé al casarnos una serie de documentos aceptando divorciarme sin reclamar nada en casos como este, por ejemplo –es más: viendo la sonrisa de complacencia de Peregrin ante el planteamiento llegué a la conclusión de que un divorcio causado por su mujer le dejaría a él tan respetable como siendo casado, pero sin tener que aguantar a una mujer en casa.

–No te preocupes, querida mía –le palmeé en el muslo y una extraña sensación me recorrió el cuerpo empezando por la mano; algo así como si la frialdad de la piel de Ulrike se me introdujese en el corazón y, desde allí, se desparramase por todas mis arterias y capilares–, esto, en el fondo –conseguí continuar–, no va contigo.

”Pero sí va contigo –la frialdad me llenaba y mi mirada a Peregrin estoy segura que era la de una serpiente–, porque la acusación no sería contra Ulrike que, a todos los efectos, estaba inocentemente dormida, cualquiera puede haber compartido cama con alguien para descansar y, si de pijama se utiliza Chanel del nº 5 es, meramente, una cuestión de costumbres que un juez francés entendería perfectamente.

”Eso no te iba a costar el empleo, tu carrera profesional y, quizá, la cárcel –hice muy especial énfasis en esa parte de la frase: le conseguí expresar que eso es lo que sí se estaba jugando.

”Lo que no sería fácil explicar –continué– es esto otro.

Ahí saqué, con cierta ceremonia, la primera de las fotos que yo había impreso. Estaba en blanco y negro, y la impresora láser de la biblioteca pública de Deva, allá en España, no era de alta calidad, pero se reconocía clarísimamente la situación. Peregrin no le hizo el menor caso –se ve que ya había visto antes la foto– y la dejó en la mesa.

–No parece que te impresione especialmente –yo sonreía, pero seguía fría y la sonrisa me debió de quedar tan amigable como la de un cocodrilo.

–No sé por qué tendría que impresionarme, Ulrike ya me había contado esto, y yo no me escandalizo si no hace falta –el muy cabrito sonrió con superficialidad; enseguida iba a darse cuenta de que no se puede tratar a Edit Harsányi con superficialidad.

–Fíjate mejor en la foto –se la volví a ofrecer e hice que la cogiera. Permíteme que llame tu atención sobre el lateral derecho del encuadre, sobre lo que se ve reflejado en la pared.

Ahí fue cuando se derrumbó.

Ya no era necesario que sacase la ampliación que había preparado, pero, ya que me había molestado en imprimirla y la había traído hasta París, se la ofrecí a Ulrike que todavía no sabía lo que hacía que su marido, al otro lado de la mesa, se hubiese puesto rojo como un tomate y, desmadrado en el sillón, mirase la foto con ojos de loco.

Estaban tan acostumbrados a vivir en su apartamento que, como nos pasa a todos con nuestro hogar, no lo veían. Las cosas están donde están, están allí desde hace tiempo

y no hace falta vigilarlas ni comprobar que siguen siendo igual que cuando se pusieron en su sitio.

Habían decorado todo a base de muchos espejos en sitios estratégicos para, muy inteligentemente, dar una cierta sensación de amplitud a la caja de zapatos. Esos espejos estaban allí, por todas partes, y ya nadie se fijaba en ellos –aunque seguían cumpliendo su labor de dar amplitud al agobiante paisaje cerrado del apartamento–. Por cierto, ¿qué es lo que refleja un espejo cuando nadie lo mira?

Y en un lado de la foto, en el espejo decorado con una foto de Hamilton –de la película Bilitis– que estaba sobre la lámpara del lateral de la cama, se reconocía perfectamente el reflejo de... ¡Peregrin! apuntando su cámara hacia el lecho que Ulrike y yo compartíamos durmiendo inocentemente mientras una sardónica sonrisa iluminaba el gesto del paparazzi en el que la perilla hacía juego con unos cuernos que, aunque invisibles, cerraban la imagen de cara de cabra que tiene en mi recuerdo.

Él había intentado chantajearme, ignorando que yo era inchantajeable porque no había proyecto de inversión que firmar ni yo tenía un honor ni un pasado que proteger.

Pero ese encuadre era delator –benditas las cámaras digitales con las que se dispara sin taparse la cara con ellas– porque en él se veía que Peregrin Gobichet sonreía mientras estaba haciendo fotos a su esposa desnuda en compañía de otra mujer: ¡sonreía en lugar de poner gesto de enfado! Eso le convertía en chantajista... lo cual era una acu-

sación de la que se podían extraer muchas consecuencias... y más aun si se sacaban a relucir los tratos a los que había llegado con Fernando Sanz y con quién sabe qué otras víctimas de sus manejos.

—Estás sonriendo, amigo mío, y eso no hace juego con tu versión de lo que pasó, pero sí confirma la mía. Y, si esto sale a la luz, que espero que no, y aprovechamos para preguntar a determinados expertos en electrónica relacionados con el ejército, estoy segura de que se apuntarán a la versión de que eres un chantajista.

El encontrar contratos preparados con su nombre y dirección —los había redactado con la dirección de su oficina— le dejaba claro que poniéndose violento no resolvía nada, puesto que esos papeles se habían escrito e impreso en otra parte y, por lo tanto, alguien fuera de allí podía tener toda la información que le inculpaba.

En ese momento se oyó a mi lado, en el sofá, un ruido ronco, extraño, como un gemido rítmico e insistente que fue recorriendo la escala tonal hacia el agudo, que fue ganando rápidamente en intensidad hasta que se empezó a reconocer como una especie de risa, la torpe risa de alguien que llevaba tantos años sin encontrar razones para reír que había olvidado cómo hacerlo con soltura.

Cuando me fui de allí —con los contratos debidamente firmados, que nadie lo dude, y me llevé de propina el bolígrafo de colorines de Ulrike como recuerdo— ella se seguía

riendo a carcajadas. Yo creo que desde la calle todavía me llegaron los rastros de esa risa, la risa de alguien que tiene que reír mucho para equilibrar la balanza risas-llantos de esta vida, la risa de alguien que se alegraba de que le hubieran parado los pies al prepotente de Peregrin.

Alguien que, por fin, podía soñar con la liberación, con una separación del marido que la esclavizaba haciéndole desempeñar actos degradantes y que me había pasado, mientras Peregrin firmaba, mi olvidado paraguas y una bolsa con mi abandonada ropa, ya limpia, libre de vómitos, y planchada y doblada con pulcritud; entre la ropa se descubría una apresurada notita con su correo electrónico para que le enviase los originales de las fotos más interesantes.

¡Bien por Ulrike!

El águila (2)

Al alejarme del edificio en el que estaba apilada la caja de zapatos de los señores de Gobichet, necesitaba encontrar un lugar para tener 48 horas aparcada la furgoneta, sin pasármeme por la cabeza repetir el camping del Bois de Boulogne –además, no tenía reserva–, y prefería aparcar, a ser posible, cerca de Montmartre. Y como ese día iba a ser, precisamente, un lunes, di todas las vueltas necesarias para encontrar un aparcamiento público... sin éxito, hasta que se me ocurrió encender el GPS y pulsar el botoncito que dice ‘buscar aparcamiento’. Me llevó rápida y eficazmente hasta la puerta del parking del Mercado de los Batignolles, en la Rue Brochant, relativamente cerca de Montmartre.

Dormí de una forma discretísima, en la oscuridad del pequeño garaje, hasta primera hora de la mañana, pero no me pude duchar a gusto porque el techo de la cochera era allí muy bajo y no podía extender el de la furgoneta, pero tampoco se me pasó por la cabeza registrarme en un

hotel ni camping: desconocía los medios de que disponía Peregrin o quien sea que estuviese interesado en localizarme pero, por si acaso, tenía un enorme respeto por quién había burlado los sistemas de seguridad de la NATO para fabricar cucarachas de categoría militar a escondidas y por todo aquél que se relacionase con la seguridad militar.

El resultado es que me duché en cuclillas, entre arrugas del plástico de las paredes –una chapuza, pero me tomé mi tiempo hasta que quedé presentable–. Me puse mi mejor vestido, uno un poco transparente de flores verdes sobre fondo color mandarina, después de meditarlo mucho me puse un sujetador y terminé con unas sandalias cómodas y el maletín, abrí la puerta de la furgoneta y dije eso de *‘París, jallá voy!’*

Empecé por transcribir el informe e imprimirlo en un cibercafé. Mi copia, además de enviármela a mi correo, la guardé en la memoria USB de Peregrin que volví a la furgoneta para guardarla. Luego pasé por el restaurante y reservé una mesa, aunque insistí en que fuese algo más cómoda que la que me había preparado Peregrin, y salí a dar un paseo hasta la hora de comer.

Con mi teléfono nuevo hice una llamada, a la centralita de la ETSIT, desde la que me pasaron con el despacho del Señor Sanz sin preguntarme quién era yo.

–¿Señor Sanz? –hasta ahí llegaba entonces mi español, poco más, el resto en francés.

–Sí, dígame –voz ronca y hablar lento; parecía que todavía le duraba la resaca.

–Estaba preocupada, amigo mío, la última vez que te vi estabas en muy malas condiciones.

–¡Edit! Por Dios, ¡qué vergüenza!

–Los dos estuvimos bastante espectaculares, me temo.

–No recuerdo gran cosa, pero no sé si alguna vez podré volver a mirarme en un espejo.

–No es para tanto, Fernando.

–Puede que tú estés acostumbrada a que los hombres pierdan los papeles así contigo, pero en mi caso te juro que es la primera vez que me sucede ¡y la última! Si mis hijas se enterasen me moriría.

–¿Tuviste algún problema con los chicos del aparcamiento?

–¿Me viste allí?

–Según me iba en mi coche.

–Pufff –el resoplido fue seguido de una larga pausa–... eso no fue lo peor.

–¿No?, pues ¿qué te pasó después? –yo no me lo estaba pasando especialmente bien, no quería hacer daño a Fernando, al menos no un daño innecesario, pero me resultaba inevitable estarme riendo a carcajadas allí, sentada en las escaleras del Sacre-Coeur.

–Pues que tropecé con una acera y me di un trastazo. Tengo un chichón como un puño. Eso me despejó y, por suerte, no había ninguno de mis alumnos en el aparcamiento. Salí de allí a la carrera tapándome con la bata.

–Tus alumnos no están en ninguna parte en que la gente se divierta. Les tendrías que dar un poco de mar-

gen para que vivan. Entonces... dices que lo peor fue el golpe.

—No, ¡que va!, lo peor fue entrar otra vez en la Escuela sin pantalones y con el vigilante de la tarde preguntándome si necesitaba ayuda: él sí que me reconoció y se acordará toda la vida. No sé cómo haré para que no me mire con guasa cada vez que salgo del edificio a última hora.

—Pues eso seguro que tiene solución.

Se lo dije con sinceridad y con la voz más animada que me pudo salir en aquella bonita escalera de mármol blanco, bajo un sol radiante, contemplando París a mis pies y esperando tener un millón de euros en mi bolsillo al final del día; o, sea, me salió una voz verdaderamente alegre y expansiva.

—Gracias. Y gracias por llamar, yo pensaba que no querías saber nada más de mí y no me extrañaría.

—Pues ya ves, no sólo te he llamado, sino que te voy a presentar a otro amigo mío —era inevitable entrar en materia en algún momento.

—¿Cómo dices?

—Verás, es que tengo un amigo al que me gustaría que le contases más en detalle las ventajas de poner la Unidad Aritmética-Lógica en el borde del chip para evitar recalentamientos en el caso de procesos de cálculo intensivo, así como la forma de que el alargamiento del bus interno no empeore las pérdidas por radiación, lo de los láseres de fosfato de indio y todo aquello.

—¿Te conté eso?

–Sí, amigo mío, pero a él se lo deberías contar con más detalle, y con todas las indicaciones que puedas darle para que su equipo de trabajo pueda diseñar así sus cositas.

–...

–¿Fer?

–Yo no puedo hacer eso. No debería haberte dicho si quiera nada de lo que dije –hablaba en voz muy baja: de repente se había dado cuenta de que estaba metido en una novela de espionaje industrial.

‘No somos más que personajes de un mundo falso’...

–Fernando, Fer, amigo mío, puedes hacerlo por varias razones. ¿Quieres que te diga tres de ellas?

–Por favor.

–Pero prométeme que vas a escuchar las tres.

–Vale, prometido.

–Primera: no se va a enterar nadie. Te lo garantizo.

–Eso es muy fácil de decir –todavía no estaba convencido, pero la siguiente le haría cambiar de actitud.

–Bueno, pues te recuerdo que hay una tercera razón, pero vamos con la segunda: el viernes yo llevaba una cámara de video –por el teléfono me llegó un agónico ‘¡Noooo!’–, y la grabación, que no ha visto nadie más que yo y nadie sabe que tengo, estoy segura de que no quieres que la vea nadie más. De hecho estoy segura de que ni siquiera quieres verla tú. Eso te convence más, ¿no es cierto?

–...

–¿Fer?

–Sssí

—¡Qué susto!, creí que te habías desmayado o algo así. Pero te voy a dar la tercera razón, que es más positiva y que te va a animar un poco.

—Dímela, necesito algo que me anime.

—Bueno, pero no te animes demasiado —no sé si entendió la ironía, pero creo que ahí me pasé un poco, así que recogí velas—, que es sólo para que duermas mejor. Se trata de que este amigo mío que te va a visitar, ya hablaremos de cuándo cerramos la cita, llevará copia de otro contrato en el que Peregrin Gobichet nos concede todo tipo de permisos para acceder a esa información. ¿Más tranquilo?

—Poco más. Debes saber que Peregrin no es el dueño de esos diseños.

Respuesta binaria para eso.

—Lo primero es que me da igual, y a ti te debe dar también igual, pues lo que dice ese contrato es que es él, el cabrito de Peregrin, quién nos da permiso. Si no podía darnos permiso, es su problema y él se tendría que explicar con quien sea si le preguntan. Por cierto, ¿sabes tú quién es el que hizo ese diseño originalmente? ¿Quién domina la tecnología de embutir fosfato de indio en el silicio?

—No, no lo sé —estaba seco Fernando; no era cosa de presionarle por algo que, para mí, no era más que cotorreo.

—Bueno, pues lo segundo es que ese diseño no está protegido por ninguna patente. Seguro que es militar, por lo que no pueden enfadarse por vías legales y, las otras vías, pues resulta que desembocan todas en Peregrin que, como ya sabes, es un cabronazo que estaba haciendo negocios

privados y te involucró al margen de la entidad financiera en la que trabaja. Es él quien tendría que responder de todo, y ni a ti ni a mí se nos saltarían las lágrimas si le cae algo más que una bronca, ¿verdad?

—Cierto —sí, ya sonaba algo más animado.

—Pues eso: tú y yo hemos trabajado honradamente confiados en la buena fama de la entidad en la que trabaja Peregrin, cumpliendo contratos firmados por él. ¿Algún problema?

—Tendrá que ser como tú dices —la inflexión de su voz me confirmaba que no iba a haber ningún problema.

—¡Magnífico! Pues mira, yo voy a comer ahora con el amigo que te he mencionado.

—¿Quieres que coma con vosotros?

—No, querido mío, prefiero que sea una comida íntima pero, por favor, no te ofendas. De todas formas no llegarías a tiempo, porque estoy en París.

—¡Ah! —ahí le sorprendí: él me imaginaba todavía por la Plaza Mayor de Madrid.

—Pues eso: yo como con él, le doy tu dirección y él te llama para concertar una cita. Firmas tu contrato para que todos estemos a salvo de abogados y otros peligros de ese pelaje, le cuentas lo que sabes y este asunto se habrá terminado para siempre.

—¿Para siempre?

—Bueno, creo que te debo una cena, pero esta vez te prometo que será sin cerveza ni vino. ¿Vale?

—De acuerdo... Espero tu llamada.

—Para eso me vendría bien tener tu móvil.

Me lo dio, nos despedimos educadamente y ya era la hora de pasarme por Le Bohème.

Estaba contenta. La charla con Fer me había dejado un buen sabor de boca. Él no tenía más remedio que pasar un mal trago, pero creo que le ayudé a que fuera lo más soportable posible e, incluso, la existencia de ese contrato con Peregrin le daba una cierta tranquilidad legal si las cosas se torcían. Una tranquilidad que antes no tenía.

La Butte de Montmartre estaba encantadora en aquella soleada mañana de principio del verano. Las flores se abrían frescas, los pájaros piaban con la maestría que proporciona la experiencia, mi ojo ya no estaba morado, las perspectivas eran de hacerme rica en las siguientes horas...

Era el momento de meditar positivamente, y de resumir emocionalmente las últimas experiencias.

En las últimas semanas había dado un vuelco completo mi vida, mi realidad había pasado de ser la de un don nadie sin futuro a ser la de alguien con toda una vida por delante y con dinero para hacerla agradable.

Aunque *‘no somos más que personajes de un mundo falso’...*

Además había pasado a ser una mujer y, cada vez más, a sentirme como una mujer, lo cual me parecía más y más interesante por momentos.

Pero también había estado muy cerca de perderlo todo, todo lo que tenía y lo que iba a tener, todo lo que era y todo lo que podía ser. Todo lo cierto y todo lo falso.

Cuando estaba volando por encima de los asientos de la furgoneta con el pánico dibujado en mi cara, peleando con el muchachote indisciplinado de Nieuwegein, vi muy cerca el final, vi muy posible que aquel angelito me podía estrangular con una sola mano, dejar mi anónimo cuerpo en la furgoneta y perderse en la lluvia sin que nadie, y menos yo, se lo pudiese impedir. Sin el ladrillo que estaba por allí, ése habría sido el final de la historia y E. Harsányi no volvería a dar que hablar nunca más, ni como Elie Harsányi, persona prescindible para la Historia, ni como Edit Harsányi, personaje de una novela corta, a esas alturas apenas un relatillo todavía sin pies ni cabeza que ni tenía un final vendible. Unos papelotes que habrían acabado en un estante del escritor como proyecto sin terminar para siempre jamás.

—Oye, Edit...

—Déjalo, no te molestes. Ya es algo pasado.

En esas situaciones se dice que toda tu vida pasa por delante de tus ojos... mentira. O al menos a mí no me sucedió —quizá a los personajes de ficción no nos ocurre, porque no tenemos mucho pasado—. Pero sí que tuve tiempo después, en los días siguientes, y ahora de nuevo, de rebobinar una y otra vez los acontecimientos... y hay algo muy concreto no me ha dejado de hacer un ruidito en la cabeza:

No dejaba nada en este mundo.

Ni como Elie, pues ni siquiera llegué a publicar nada, ni como Edit, en este mundo de ficción –*‘No somos más que personajes de un mundo falso’*– en el que aquella escena habría sido un final absoluto y definitivo.

Era un punto importante alrededor del cual giraban mis pensamientos, pero erráticamente, sin un enfoque claro de a dónde me dirigía. A dónde me dirigía mentalmente, puesto que mis pasos estaban perfectamente apuntados a la roja puerta de Le Bohème, en la que, le vi de lejos, me esperaba Bob con su mejor sonrisa, su abundante pelo brillando al sol y destacando con su estatura por encima del mar de turistas.

–*Era otra de las ideas que me tenían tensa el otro día: que no veía porvenir para mí en este mundo.*

–*Pero...*

–*Déjalo, ya lo voy teniendo más claro.*

En ese momento lo tuve completamente claro, nítido, cristalino.

Fue como si un cartel que decía machaconamente *‘No somos más que personajes de un mundo falso’* rebotando de un lóbulo de mi cerebro a otro, diese vueltas alrededor de ese punto de mi lugar en el mundo, de si dejaba rastro o no de mi paso por la vida– a veces más cerca y a veces más lejos de esa idea, dibujando la trayectoria de una elipse, con mis ansias de dejar huella en uno de los focos y, en el otro foco –toda elipse tiene dos focos– se hubiese posicio-

nado Bob con toda naturalidad, nada más verle, haciendo que cuando me alejaba de las ideas de perdurabilidad me acercase a él y a su sonrisa. Y viceversa.

Entonces, según seguía andando por la Place du Tertre, esquivando descuidadamente turistas de todos los pelajes y acercándome a él, paso a paso, los dos focos de la elipse se iban también aproximando y terminaron fusionándose, y la elipse se convirtió en círculo y todo tuvo un nuevo sentido: lo que quería, lo que yo quería realmente, lo que necesitaba para redondear mi universo personal, era... ¡tener un hijo!, un hijo que perdurase mi memoria y mi apellido –más o menos– más allá de mi existencia.

Y quería que Bob fuese el padre.

Estaba muy claro.

Como debía estar muy clara la cara de boba con la que le saludé.

–Hola Bob.

–Hola Edit. Me alegro de verte –clarines, timbales, pífanos y trompetas atronaron en Montmartre.

–¿Llevas mucho esperando? –yo seguía con la cara de boba, seguro.

–No, hemos llegado hace un momento.

‘Hemos’, ¡ha dicho *‘Hemos’*!

–¿Has dicho *‘Hemos’*?

–Sí, permíteme que te presente a Seppo Paatalo –un chaval con los pelos revueltos que salía del restaurante abrochándose la bragueta–, es uno de los técnicos del Cliente final, que tiene que dar el visto bueno a la información

técnica de la persona que nos vas a presentar. Después de comer os iréis los dos a Madrid a terminar el asunto.

Juro que incluso me mareé. Las piernas se me aflojaron, pero sólo un poco y, creo, pude mantener la compostura, pero la verdad es que visualicé muy claramente –expresión de mis deseos más profundos– cómo un bloque de piedra de unas cinco toneladas caía desde alguna parte del cielo parisino sobre Seppo y Bob convirtiéndoles en una mancha en el suelo. Uno se lo merecía por entrometido y el otro por estúpido.

Me habían jodido, entre los dos, la magnífica escena de seducción que me había preparado con tanto trabajo, y el desenlace que se me había ocurrido unos momentos antes lo habían dejado convertido en menos que una mancha en el suelo; como mucho una mancha borrosa.

Un glorioso día de culminación de todos los deseos se había transmutado en ese tipo de recuerdos que no se pueden evocar sin ponerse colorada.

¡Mierda!

–Oye, escritor.

–Dime.

–Esto es cosa tuya.

*–Claramente no. Tienes que ponerte en los zapatos de
Bob.*

–¡No me menciones a Ése!

–Como quieras pero, para el Inmencionable, era una

*medida lógica. No te puede pagar 900 000 € sólo porque
tú le digas que conoces a un tipo que le va a decir todo lo que
necesita. Y él es abogado, o al menos lo parece, por
lo
que necesita ir a todas partes con el experto que sí
sepa lo que hay que saber.*

—...

—¿Edit?

—*Que sí, que vale, que tienes razón. Es una jugarreta, pero
vale. Me lo tenía que haber preparado mejor, lo tenía que
haber previsto.*

La mesa de dos se convirtió en mesa de tres, con lo que todos mis recuerdos de ese restaurante incluyen siempre mesas insuficientes. Allí les conté la parte que necesitaban saber de mis aventuras.

—Y ¿cómo has convencido a Monsieur Gobichet y al Señor Sanz de que colaboren? —se las daba de idiomas el gringo por decir ‘*Monsieur*’ y ‘*Señor*’.

—Eso es cosa mía. No me pagas para que te enseñe mis métodos. Pero no te preocupes, si te ponen la menor pega, me llamas, les pasas el teléfono para que yo les convenza y te los vuelvo a dejar marcando el paso de la oca antes de un minuto.

—Por cierto, tienes el teléfono apagado.

—No te preocupes, en cuanto cobre lo encenderé otra vez.

Sus planes eran que él se quedaba hablando con Peregrin –concertó la reunión para esa tarde, en su despacho de La Défense, desde la misma mesa del restaurante– mientras Seppo y yo nos íbamos en avión a Madrid a que Fernando me firmara en persona el contrato, y le diese una primera charla a Seppo sobre los matices técnicos del diseño. Si Seppo quedaba convencido, él mismo me pasaba los cheques con mis honorarios y allí acababa nuestra relación.

Amén.

¡Una mierda!, pero amén.

Seppo era un finlandés soporífero con el que no hablé de nada en las cuatro horas de aeropuerto y avión.

No me gusta volar, y experiencias como la de ese día no son de las que crean afición.

Fernando nos recibió ya atardeciendo en la ETSIT. Un buen atardecer, pero que yo había soñado con presenciarlo desde Monmartre y con muy diferente compañía.

Mientras bajábamos a los laboratorios, Fernando me preguntó cómo le había descubierto –lo hizo en francés para que el gringo de origen finlandés no pillara una sola palabra–.

–La envidia: en alguna conferencia alardeaste de tener medios de fabricación sofisticados y hay quien sintió envidia... y yo estaba investigando a todos los europeos con

medios suficientes para esta fabricación; además aumentaste tu consumo de ácidos y dopantes.

–De hecho no tenía dinero para pagarlos y los pagué en células fotovoltaicas.

–Pues no lo detecté por ese lado: La pista clave que os relacionó a los dos fue un bolígrafo de la empresa de Peregrin, uno que tienes en tu despacho. Y, para que te hagas idea de cómo están las cosas, ese reloj que llevas te lo regaló otro detective que trataba de averiguar lo mismo que yo, y contratado por los mismos clientes, pero al que engañaste mejor que a mí –se puso colorado por enésima vez.

Ya habíamos llegado al laboratorio y Seppo pasó a monopolizar la conversación con Fernando, un Fernando con cara de cordero a medio degollar. Podían llegar a aburrirme, pues más que hablar de conceptos de fabricación, pasaron a hablar en cifras y se emocionaban con variaciones que afectaban al tercer decimal, así es que allí me olvidé por un momento de mi alma de ingeniero y me di una pequeña satisfacción: mientras Seppo y Fernando hablaban de sus cosas en la sala de monitorización de los hornos, yo me tomé la molestia de subir las largas escaleras hasta la puerta principal de la escuela.

Y sí, el portero de la entrada me sonaba que era el mismo que el del célebre viernes pasado, de unos sesenta años, pelo blanco y cara de haber soportado de todo, siempre metido en su pecera, rodeado de estudiantes al principio de su turno, y sintiéndose muy abandonado, día tras día, en esa solitaria última hora de cada tarde.

Me acerqué a él con bastante movimiento de caderas – yo seguía con mi vestido de flores–, lo que hizo que sonriera muy amablemente al principio pero, según fui estando más cerca, debió de entender a través de mi gesto cuáles eran mis intenciones, para nada positivas hacia su integridad física, y se puso muy serio.

–¿Qué desea, señorita?

–¿Habla inglés o francés?

Resultó, después de un par de vueltas, que lo que mejor hablaba era alemán, pues en su juventud había trabajado en Munich y todavía tenía allí una hija a la que visitaba algunos veranos.

–Muy bien, me alegro. ¿Tendría cambio de estos cincuenta euros? –le dejé el billete en su mostrador, de forma que no tuvo más remedio que cogerlo–, por favor.

Un portero de cualquier facultad tiene siempre multitud de negocios secundarios vendiendo tabaco, sellos, impresos... o necesita pequeñas cantidades de dinero para pagar mensajeros, floristas o taxis y luego ir cobrándole al destinatario de los mensajes o flores no sólo el objeto recepcionado, sino también el favor –propina al canto– de no hacerles bajar corriendo hasta la puerta principal, en mitad de una clase por ejemplo, para hacerse cargo del envío de moscas mutantes para un experimento del laboratorio de genética.

–Me parece que no –abrió un cajón, sacó una cajita metálica y me mostró que sólo había calderilla.

–Bueno, no importa –me devolvió los cincuenta euros, yo se los cogí con mucho cuidado y los metí en alguna parte del bolso–. Seguramente se acuerda usted de algo de lo que pasó el viernes pasado a estas horas.

–Sí, de algo –la sonrisa que se le escapaba quería decir que se acordaba de detalles muy concretos.

–Verá, yo estoy preocupada por la posibilidad de que se llegue a saber.

–Puede estar tranquila, yo ya he visto muchas cosas desde aquí... soy discreto –y, con la mirada que le estaba yo echando, debería tener muy claro que tenía que ser una tumba para salvar su lengua.

–Estoy segura, pero para que tanto él –señalé escaleras abajo, donde estaba la caverna del Señor Sanz– como yo estemos todos igual de seguros, le voy a contar dos cosas.

Una –dejé la frase en suspenso más de un segundo, yo creo que dos segundos completos–... que a los que me caen mal les corto los huevos –por si su alemán no llegaba a esas expresiones soeces, gesticulé de una forma muy didáctica acerca de la forma en que yo cortaba los huevos de la gente–. Le puedo dar las señas de dos chavalotes que no volverán a mirarse la entrepierna con la misma sonrisa que antes de conocerme –creo que el farol me quedó muy bien, porque se puso pálido y le empezó a temblar el labio inferior.

Y dos, que ese billete de cincuenta que me he guardado con tanto cuidado tiene sus huellas dactilares –su vocabulario alemán no era tan completo como el mío, pero yo

gesticula muy bien– y, si cualquiera me llega a preguntar mi versión de lo que sucedió el viernes... porque alguien se haya ido de la lengua, por ejemplo, diré que usted me pagó 500€ con el encargo de que me las apañase para emborrachar y desnudar al Señor Sanz, diré que usted me proporcionó una droga que me facilitó mucho el trabajo y que este billete es el último de los que me pagó, que lo guardaba de recuerdo.

¿Entendido?

Voy a empezar a pensar que soy mala, como persona, pero eso no es inconveniente, sino todo lo contrario quizá, para ser buena como investigadora y, en este caso, para garantizarle a Fer que el vigilante, que se llamaba Pepe, no le iba a molestar jamás.

Cuando volví al laboratorio estaba Seppo hablando por teléfono con Bob, diciéndole que todo estaba en regla. Me terminó pasando el terminal.

–¿Edit?

–Dime Bob.

–Parece que todo está como decías.

–Por supuesto. ¿Todo bien con Peregrin?

–Sí, muy bien.

–¿Te dio toda la documentación que tenía?

–Incluso me llevó a su casa y me sacó la información de la caja fuerte que me mencionaste. El lugar estaba muy desordenado y el hombre un poco preocupado, porque parece que se divorcia. ¿Tienes tú algo que ver?

–Si se divorcia, será de su mujer, no de mí ¿por?

–Me pareció que te acusaba de algo relacionado con su divorcio. Bueno, le he dicho a Seppo que te puede pagar toda la suma de que hablamos.

–Muy bien.

–Yo salgo esta misma noche para mi casa, así es que...

–Sí. Esto es una despedida, ha sido un placer.

–Si en el futuro tengo otro caso que resolver...

–Ya sabes dónde encontrarme... Y oye: supongo que tienes que llamar a József Ferenc para decirle que no siga intentándolo –un audible ‘¡mierda!’ alegró mis oídos.

–Supones bien –sonaba dolido en su amor propio; bien: era mi última ocasión de pisoteárselo.

–Pues si está en algún lío, si tiene problemas legales en algún país, dímelo, que quizá yo pueda ayudarle.

–¿Qué le has hecho?

–Nada, de verdad. József no necesita mi ayuda para meterse en líos, pero si puedo ayudarle, no deja de ser un compatriota metido en el patriótico papel de perdedor.

Como mínimo, le enviaría una edición completa de los poemas de Elie a la cárcel en que residiese.

Me llevé a Fer a un aparte, justo tras recibir mis cheques y mi copia de su contrato y, a modo de despedida, le conté un resumen políticamente correcto de mi conversación con el vigilante de la puerta; la historieta le hizo sonreír con gratitud.

No aceptó que cenásemos juntos –seguro que todavía le daba verdadero pavor cenar conmigo–, Seppo sí que quería cenar conmigo –él planeaba quedarse toda la semana terminando de entender los matices de los diseños–, pero le dije educadamente que no y todavía alcancé a presentarme en Barajas y subirme a un avión de última hora con destino a París, a mi Mercedes y al resto de mi futuro.

El oso (2)

A la mañana siguiente, en París, y después de concentrarme y planearla con mucho cuidado, hice la llamada que realmente terminaba con el caso y me dejaba libre de deudas con mis amigos.

Para ello encendí el teléfono viejo y marqué uno de los números que tenía memorizados en él.

–Klaus?

–Ja voll!

–Espero que no estés enfadado conmigo.

–Bueno, al final ha sido un poco sorprendente tu actitud –sí: estaba un tanto enfadado conmigo.

–Te llamo para pedirte disculpas y darte la información que necesitas.

–Tú dirás –respuesta seca: de mis siguientes palabras dependía que me llevase un zarpazo o un lametazo.

–Te dejé que siguieras mi rastro hasta Madrid y París, pero con ello no te decía nada que no supieses ¿verdad?

–Sigue.

—Pero es que si interveníais antes de tiempo yo me quedaba sin cobrar una buena suma. No quería que mis clientes encontrasen razones para regatearme en la minuta.

—¿Has cobrado ya?

—En este momento estoy en el banco haciendo las últimas transferencias a mi cuenta en Suiza.

—Entonces ya no hay ningún problema.

—No, ninguno en absoluto.

—Pues cuéntame.

Y le conté mis últimas aventuras. Le expliqué, con un poco más de detalle de lo que le había contado en Munich, los porcentajes de aparición de cucarachas voladoras que habían hecho sospechar de una distribución con origen en Hungría, le detallé que los de Bergen Electro tienen un par de chorizos en el departamento de seguridad, que Peregrin debía tener una red de distribución bien camuflada para colocar las cucarachas falsificadas que Fer le entregaba a él...

Esa red de distribución era una trama mucho más interesante que la derivación de Fer y sus pecadillos, y a Bob ni le interesaba ni le dije nada de ello. Pero para Klaus era la tajada más sabrosa de la cacería: puede que entre los Clientes de Peregrin hubiese alguno de La Competencia. No me apetecía estar en la piel de Peregrin en los próximos días.

Le insistí en que Fer era un elemento inofensivo en este asunto, que se había limitado a pagar deudas en espe-

cias y robar a un ladrón... Le expliqué prácticamente todo, pero dejando fuera a Bob.

–Comprenderás que no te diga quiénes son mis Clientes.

–No tenemos... me refiero a que mis amigos no tienen nada contra ellos. De hecho, el diseño que estabas investigando ya está superado y no hay mayores problemas en que lo utilice la industria civil, pero tenía... mi amigo, claro, tenía curiosidad por saber quién había sido tan listo como para engañarnos ¡engañarles! quiero decir –se estaba acelerando Klaus... era ¿entusiasmo o cabreo?-, y a quién de los nuestros teníamos que mantener apartado de informaciones sensibles. ¡Ya sabes cómo es todo esto! –explotó finalmente en un grito de rebeldía contra toda norma.

¡Por fin me hablaba relajadamente! Me había ganado el lametazo.

–Eso último se lo tendrás que preguntar al propio Peregrin Gobichet, que es el listillo de todo este asunto –me pidió datos precisos de él, pero no le pude dar su número de la seguridad social ni los teléfonos de sus amigos, aunque preguntó por detalles como esos-. Si tienes dificultades con él a lo mejor yo te podría ayudar a ablandarlo un poco, pero no me gustaría que fueseis duros con el chico: la pensión de su ex-mujer peligraría y ella es amiga mía.

–No te preocupes, tenemos intención de hacerle trabajar para nosotros.

–Muy buena idea, aunque no os fiaréis de él, supongo.

–Para nada.

“Oye, Edit: antes de que llegaras a París nosotros ya habíamos puesto patas arriba la Universidad París-Sud 11 y, cuando vimos que volvías desde Madrid, la volvimos a radiografiar, pensamos que regresabas al lugar del crimen después de tu ronda, pero ese Peregrin consiguió despistarnos hasta el último momento.

“En otras palabras, lo hiciste muy bien. Enhorabuena.

–Gracias, yo siempre cumplo –¡Yupiiii!–. Pero por vuestra parte fue una chapuza lo de ponerme un localizador en la furgoneta: lo encontré a la primera en Madrid. Y teniendo mi móvil identificado no necesitabais nada más para seguir mis andanzas.

–La chapuza estaba para eso, para que la encontrases. Además, tu móvil estuvo desconectado a partir de determinado momento en París, cosa que nos alarmó bastante. El segundo localizador te costó algo más y siguió funcionando hasta la vuelta a París, cuando ya tenías el móvil desactivado, pero lo debiste encontrar el domingo por la noche que es cuando más atentos estábamos acerca de a dónde te presentabas el lunes... y allí perdemos tu rastro. Ciertamente yo estaba muy enfadado en ese momento.

–Bueno, con mi móvil nuevo, que sí estuvo encendido, seguí detectando las interferencias cada vez que el localizador transmitía mi posición en el viaje de Madrid a París –ignoré lo mejor que pude el rugido del oso: simplemente tenía que desahogarse Klaus–. Pero por si las moscas, por si la cosa se torcía en el último momento y tenía

que llamar a la caballería, dejé que supieseis que estaba en París para que os mantuvieseis cerca. De todas formas la furgoneta está ahora en un garaje muy profundo en el que no hay cobertura de móvil, porque no quería que aparecieseis en un momento delicado. ¿Me vas a decir dónde está ese trasto para que lo pueda anular?

—Te enviaré un correo electrónico con los detalles, que no los sé. Pero teniendo en cuenta que dispusimos de un par de horas y era una furgoneta Mercedes, es probable que te cambiásemos la centralita electrónica por otra aparentemente igual. En ese caso tendrás que ir a un taller y comprar una pieza estándar.

—Bueno, puede valer. Y... creo que con esto queda saldada la deuda. Ya no te debo ningún favor.

—Desde luego, pero me reservo la opción de ponerme en contacto contigo si necesito tus servicios. —¡Bien!

—De acuerdo, estaré encantada, pero utiliza el correo para ello: próximamente voy a valorar en mucho mi intimidad y no le voy a decir a nadie mi teléfono móvil. Oye, una última cosa: ¿Sabes algo de József Ferenc?

—Tuvo algún tropiezo en Düsseldorf, pero nada importante. ¿Te preocupa?

—Ya no.

POSTÁMBULO DRAMÁTICO

LA CRÍTICA

Dieciséis horas de vuelo con escala en Frankfurt y Dallas.

Menos mal que desde Europa el cambio horario juega a favor y, simplemente, los europeos resultamos más madrugadores que los gringos. A la hora de trasnochar, como los yankees no aguantan gran cosa, solemos mantener bien alto el pabellón hasta después de cenar.

Mi todavía breve historia había ido dejando gente feliz a un lado y otro de mi estela. Klaus se había marcado un buen tanto al descubrir la red de Peregrin, Ulrike se había liberado de sus cadenas y Fer había encarrilado la redención de sus pecados. Peregrin y los muchachotes holandeses no habían aumentado su grado de felicidad por el hecho de conocerme, pero ellos eran los malos y se habían ganado eso y mucho más; en el fondo habían tenido suerte y, si se hubiesen topado con alguien que no fuese Edit, podrían haber salido mucho peor parados.

Ahora le tocaba a Edit el turno de alcanzar sus metas personales.

Lo primero que hice fue buscar un buen restaurante, lo cual, en Texas y en San Antonio, no es una tarea difícil. Elegí uno de ambiente francés, Le Reve Cuisine, que no sólo estaba junto al paseo del río San Antonio, sino que pillaba enfrente de la pretenciosa torre en que se encontraba la oficina de Bob.

Elegí una mesa con buenas vistas, saqué el teléfono e hice la última llamada desde aquel móvil. Le había avisado por correo de que estuviera preparado para cualquier cosa ese mediodía y, efectivamente, contestó la llamada inmediatamente.

—¿Sí?

—Hola Bob.

—Hola Edit. ¿Qué sucede?

—Nada grave, simplemente que te debo un par de cosas.

—¿Tú a mí?

—Sí. Y estoy dispuesta a pagar mis deudas ahora mismo.

—Tú dirás.

—Pues te espero en Le Reve Cuisine, sabes dónde está, ¿verdad?

—...

—¿Bob?

—Sí... por supuesto —me pareció que ese no era mi Bob: estaba tan arrugado que se le notaba hasta por teléfono.

—Pues venga, ¡vaquero!, que tengo hambre.

—Vale, ya voy. Oye —añadió cuando lo procedente hubiera sido no añadir nada y venir al galope tendido— ¿por qué precisamente ese restaurante?

–No quiero que te pierdas por el camino.

–Bueno, voy.

Yo me quedé más mosca que un pavo en la víspera del día de Acción de Gracias –por explicarlo con una referencia local–, pero la verdad es que no tardó más de lo necesario para bajar cuatro plantas en el ascensor y cruzar el río por el puente de Pecan Street.

Al igual que cuando le conocí, apareció a pie, lo cual en un norteamericano es raro, y en EE.UU. es francamente exótico. Pero, a diferencia de aquella vez en el puerto del lago Balaton, su sonrisa ancha y su mirada profunda se había transmutado en una cara tímida y una mirada huidiza.

Y se había cortado el pelo de una forma muy vulgar.

Se sentó en la mesa sin preámbulos y sin ningún tipo de saludo, lo cual a mí, que me había puesto para la ocasión un escote ‘palabra de honor’ que quitaba el hipo, me dejó ya más que mosca.

–¿Qué hay?

–Hola Bob.

–Hola Edit.

Resulta que no era momento para silencios sugerentes.

–Que tengo un par de deudas, como ya te he dicho.

–Tú dirás –¡y encima nos repetimos los dos! Estaba claro que los augurios no eran favorables: tenía que haberme largado en ese mismo momento.

–Una de ellas es el teléfono –se lo pasé por encima de la mesa, dejando mi mano en su mitad del territorio–. Te

lo quería devolver en persona, lo cual como excusa no es gran cosa, pero así me daba la oportunidad de pagar la otra deuda.

—¿? —el chico seguía espeso.

—Te debía una comida, que las del lago Balaton y Montmartre las pagaste tú.

Su mirada ya era de pánico sin paliativos. Pensé que le estaba asustando, pero no se me ocurría otra manera de asaltarle.

Y, la verdad: no me esperaba ningún tipo de resistencia. No iba yo preparada para tener que seducirle en un asedio complicado y de aproximaciones sutiles e indirectas. Él era un tejano que estaba como un tren y yo una húngara en celo y perfectamente a la altura de las circunstancias. Y teníamos una habitación esperándonos en el hotel de al lado, el Crowne Plaza...

Tras unas largas semanas de líos hormonales y sentimientos contradictorios, por fin me sentía plena y completamente femenina, estaba sólidamente asentada en el mundo que me tocaba vivir, por falso que fuese o dejase de ser y tenía clarísimo lo que quería de la Vida... pero Bob no se daba por enterado de que tenía un papel que cumplir en todo ello.

¿Qué más tenía yo que hacer? ¿Qué me faltaba?

Estaba a punto de contagiarme su cara de pánico cuando la respuesta a todas mis preguntas llegó por mi derecha, en forma de camarera, rubia y delicada como una mu-

ñeca. Alguien que seguro que se llamaba Nancy o Linda o cualquier ñoño nombre típico del ñoño lugar.

–Hola papá. ¡Qué sorpresa!

–Hola hija, nada: una comida de trabajo que me ha surgido a última hora.

Yo ya estaba tratando de desaparecer bajo el mantel, con nulo éxito.

Al menos, mis disimulados intentos de subir un poco el escote parece que dieron mejor resultado.

–Pues he quedado con mamá para irnos de compras dentro de un rato. A lo mejor os veis.

–Muy bien, si no, luego me lo contáis en casa. Mira, te presento a la señora Harsányi. Es una Cliente europea –no sé si me molestaba más que me tratase de ‘señora’ o que pronunciase ‘*Cliente*’ con tanta ceremonia– que ha venido a cerrar un asunto –y encima, lo de ‘*cerrar*’ me sonó con retintín.

–Muy bien, encantada de conocerte. ¿Qué vais a comer?
–la sonrisa de la niña era de las de caricatura de anuncio de dentífrico de marca ñoña.

Yo comí poco, si es que comí algo, pues mis recuerdos de aquella comida se pierden en una densa niebla de color rojo muy muy oscuro. Enseguida me fui arrastrando los tacones –que tanto esfuerzo me había costado dominar–, hasta el aeropuerto, para adelantar mi vuelo de vuelta a ver si estando lejos podía olvidar lo antes posible ese negro episodio de mi biografía.

Tuve que esperar tres interminables horas a que saliera mi vuelo de huida de San Antonio, horas que entretuve en la cafetería escribiendo un largo poema épico en húngaro sobre un héroe que, de vuelta al hogar, se encuentra con la incompreensión de sus paisanos y cuya cólera (la del héroe) le lleva a romper con su prometida y emprender el camino del exilio; lo firmé como 'E. Harsányi' y lo dejé en aquella mesa.

—Oye, escritor.

—Dime.

—*Esto ha sido una superguarrada de las más imperdonables que puedo imaginar. No esperes de mí ninguna colaboración hasta que no escribas una convincente disculpa y, aun así, no sé si volveré a trabajar contigo de ninguna forma.*

—Pero...

—*¡Se acabó!*

